
MAGDALENA JUAN AMPUERO

Criando tigres de peluche



Criando tigres de peluche

Magdalena Juan Ampuero.
c/. Salvador Dalí 19
06700 Villanueva de la Serena
Badajoz.
e-mail: magdalenajuan@gmail.com

4 de Julio 2013

A mi hija y su padre.

INTRODUCCIÓN.

He escrito este libro para dismantelar muchas de las leyendas negras que hay en relación a la adopción. Aunque en nuestro país hay una sensibilidad especial ante esta realidad social, he comprobado personalmente que es mucho mayor el desconocimiento y el oscurantismo que hay sobre este tema, por no hablar “del morbo que suscita”. Se confunden los motivos y también los afectos que los padres adoptivos tienen en relación a sus hijos. Hay mucho prejuicio y muchos juicios de opinión que son equivocados. La adopción es simple y llanamente “un acto de amor” y todo el que quiera ver otras cosas, se equivoca.

Por supuesto este libro va dirigido a los padres que están inmersos en la gran aventura de la adopción, pero también a los profesionales de la salud y la

educación que desconocen las necesidades educativas y emocionales de estos niños. Los niños adoptados son niños “especiales” y los padres adoptivos necesitan ayuda. Como tercera razón para escribirlo decir que es un alegato a favor de la adopción de niños mayores. Nuestra hija llegó a nuestras vidas con 6 años recién cumplidos procedente de Colombia. Actualmente en este país es imposible la adopción de bebés y cuando leo en la página del ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar) los plazos de espera para adoptar niños menores de 3 años me lleno de tristeza y desolación por los niños y por lo padres porque es demasiado tiempo y demasiado sufrimiento. Nadie puede esperar a un hijo 8 ó 9 años. Nosotros esperamos 5 años y medio y fue realmente difícil. En otros países de adopción, la realidad no es muy distinta. La adopción internacional de niños menores de dos años cada día es más compleja, más difícil y por tanto se hace técnicamente inviable. En cambio, tanto en la adopción internacional como en la adopción nacional, hay muchos niños mayores de cinco años que esperan ansiosos unos padres y una familia en la que sentirse queridos y protegidos.

Con este libro mi familia y yo pretendemos que se reflexiones en la adopción de una forma diferente y por supuesto que se pueda pensar que adoptar a un niño mayor es una opción válida y posible para realizar el ansiado deseo de ser padres. Para ayudarles a tomar su decisión vamos a contarles este primer año de vida juntos como familia. Cuando dijimos a la familia y amigos qué íbamos a adoptar a un niño de entre 5 a 7 años nadie nos negó la ilusión, pero no comprendía muy bien nuestro deseo. Lo normal es que los padres quieran adoptar niños lo más pequeños posible. Se supone que el proceso será más fácil y gratificante para todos. Nosotros tampoco queremos negar esa ilusión a nadie, desear ser padres es un deseo legítimo como ser humano y por tanto digno de respeto. La decisión siempre es una decisión íntima y sabemos muy bien por propia experiencia que es algo difícil de tomar, son muchas las variables internas que se tienen que poner en juego y nada ni nadie puede cuestionar ese deseo.

Decirles que nuestra experiencia ha sido muy que positiva en todos los aspectos, además en este libro también están las historias de muchas otras familias que consiguieron adoptar niños con 7, 9 ó incluso 12 años y su historia y la nuestra son muy parecidas, es decir “todas felices”. No es cierto que estos niños sean niños imposibles para crear un vínculo amoroso, más bien todo lo contrario, son niños perdidos que necesitan que unos padres les encuentren. Es cierto que son niños “fieros”, porque si no hubieran sido así no habrían sobrevividos, por eso he titulado este libro así: “**Criando tigres de peluche**”. Los niños mayores colombianos son niños fuertes pero al mismo tiempo muy vulnerables, son muy conscientes de su realidad, tienen una capacidad de ternura infinita, pero tienen mucho miedo y quieren salir lo antes posible de un país que les dio la vida pero no la alegría. En este libro no encontrarán páginas que hablen de trámites burocráticos, organismos ó instituciones que les ayuden a decidir el país de origen de sus hijos, todo eso lo pueden encontrar fácilmente en Internet. En estas páginas encontrarán solo nuestra experiencia que está llena de emoción, risas, lágrimas y amor, mucho amor.

Les doy las gracias a todas las familias que tuvieron el valor como nosotros de “arriesgarse en esta aventura maravillosa”. Me han ayudado mucho compartiendo conmigo sus vivencias, sus dificultades y como no, los logros y éxitos conseguidos día a día. No conozco ninguna historia de adopción fallida en estos márgenes de edad, con más ó menos problemas y retos por conseguir, hoy en día son familias “muy” felices. Mis abogadas colombianas siempre me pidieron que escribiera este libro y mi querida Berta Ligia (Lily) fue quien me dio el impulso final al ponerme en contacto con la Editora.

Espero poder transmitirles la realidad de los hechos intentando proteger nuestra intimidad como familia así como la intimidad de estas familias amigas. No voy a negar la crudeza de la experiencia que estamos viviendo pero necesito transmitirles la infinita ternura que hay en este maravilloso proceso de la adopción de niños mayores, el amor, la alegría desbordante y la felicidad plena. No es justo que estos niños no encuentren padres

amorosos que les brinden una oportunidad en la vida. Tampoco es justo que haya que esperar 6 años ó más para adoptar a un hijo.

Por último decirles que hay otro motivo que me animó a escribir este libro y fue el día que mi hija me hizo la siguiente pregunta: “¿mamá tu sabes qué hay que hacer para que no te crezcan los bebés en la barriga?”. Como siempre, me quedé un instante callada intentando pensar qué respuesta dar. Le dije que sí, que lo sabía y que cuando fuera mayor se lo contaría, pero quise ir más allá de la pregunta y lo que me contestó mi hija fue: “Mamá cuando sea mayor quiero tener un hijo adoptado como yo”. “Me parece una idea maravillosa”, le dije “pero que esa decisión la tendrás que tomar cuando seas mayor, no ahora “. Con la seguridad y el aplomo con que ella cuenta sus cosas me contestó que ella tendría “hijos de barriga e hijos adoptados como ella, es decir, mayores”. Conociéndola, me lo creo. Espero que en el futuro este libro le ayude a tomar la mejor decisión. También espero que sepa perdonarme por toda la

intimidad que he tenido que desvelar para poder ofrecer la imagen realista de lo que significa meterse en esta aventura, era necesario, pero siempre la apoyaré como madre, igual que a ustedes. Quiero que sepan que cuento con el permiso de mi hija para poder contarles nuestra historia, a ratos se pone a mi lado y lee lo que estoy escribiendo, me da un beso y se va a jugar, otras veces me apunta cosas para que no se me olvide contar y otras me indica cuál no debo. Los sábados por la mañana es ella misma quien me despierta para que me ponga a escribir y si no lo hago se enfada. Hay urgencia en este relato porque ella es muy consciente de la realidad de los niños que se quedaron en Colombia, su deseo es que todos estos niños encuentren a sus padres lo antes posible. Al final de este libro de ella surgió la idea de aportar un pequeño diccionario básico de términos colombianos que les serán muy útiles en el encuentro con su hijo e incluyo también los cuentos que la escribí en el último año de espera.

Este libro está escrito como madre, y por tanto he vertido lágrimas al escribirlo, pero también me ha hecho descubrir lo feliz que soy, la alegría que encuentro página a página, mi cara luce ahora una amplia sonrisa. Me siento muy orgullosa de mi hija. Ser Psicóloga me ha ayudado a salir de muchas encrucijadas, me doy cuenta de ello cuando entro en los foros de Internet y los grupos que tenemos formados las madres en las redes sociales, mis pasos son más seguros, pero no por ello estoy a salvo de la duda, la culpa, el remordimiento y/o la impotencia. Los padres adoptivos de Colombia formamos una gran familia. En los foros encontré amigas que hoy son hermanas, mujeres a las que quiero muchísimo porque la fuerza para seguir la encontré en ellas. Adoptar y criar a un hijo sintiendo que estas mujeres están a tu lado es un consuelo y ofrece seguridad. No son madres, son “madrazas” y las necesito.

Para finalizar quiero decirles que una madre de Galicia está detrás de este libro supervisando cada una de mis palabras, de ella es esta frase: **“Nuestros hijos**

fueron nuestros desde el día que nacieron y “todo” tuvo que suceder para que nos encontráramos”. A ella y a sus hijos también va dedicado este libro.

HASTA EL INFINITO Y MÁS ALLÁ.

EL PRIMER AÑO DE VIDA DE NUESTRA HIJA ADOPTADA.

“Hasta el infinito y más allá” es la expresión que utilizamos para decirle a nuestra hija cuánto la queremos. La adopción de niños mayores es cada día más necesaria en Colombia, un país grandioso donde por desgracia hay un maltrato sistemático a la niñez y se viven dramas infantiles inimaginables por su horror y crueldad.

Quiero empezar este libro diciendo que nosotros sabemos bien que un año y medio después de nuestro encuentro, nuestra hija todavía no nos considera sus

padres. No quiero desanimarles sino explicarles lo que esto significa. No estamos interiorizados como los padres que estarán con ella toda la vida, se sigue sintiendo hija (y víctima) de su experiencia pasada. Este concepto es fundamental para poder entender a estos niños y lo que supone una adopción.

La adopción es un “proceso” que culminará cuando sea nuestra hija quien nos adopte a nosotros como padres. Legalmente ella es nuestra hija legítima desde la sentencia de adopción pero emocionalmente hasta que ella no consiga elaborar en su totalidad el duelo de lo que supone perder la referencia de su familia biológica y su país de origen, seguiremos siendo una buena familia que la cuida y la quiere, pero no sus padres. Me detengo en contarles esta experiencia porque sé que a los padres este tiempo les resulta largo y muy doloroso pero es un tiempo necesario y de cómo se afronte por parte de los padres dependerá el éxito ó el fracaso de la adopción. Para estos procesos emocionales tan complejos en teoría se necesitan al menos dos años,

como todo proceso de duelo, pero a mi juicio dadas las circunstancias tan especiales y difíciles que se dan en nuestra adopción, creo que incluso nuestra hija necesitará más tiempo. No tenemos prisa, sabemos que ese día llegará. Como padres entender este proceso es importante para acompañar, aceptar, comprender, soportar y consolar en esta dura encrucijada emocional en la que los niños se encuentran. Para nosotros esta aventura no ha hecho más que empezar.

Pero en todo este tiempo, hay un hecho fundamental a destacar y es que nosotros si nos sentimos sus “verdaderos, auténtico y únicos padres” asumir esta realidad es la que guía todos nuestros actos y sentimientos hacia ella. Esto es lo que hay que poder entender bien para poder ayudar a estos niños. Por la noche, en la cama a la hora de dormir, en ese espacio de intimidad donde lo malo del día se olvida y nos reconfortamos en el calor del cariño, ella nos dice que “somos los mejores padres que ha tenido y que no pensaba que unos padres pudieran ser tan buenos”.

Cuando le digo: “¿qué tenemos que hacer para que entienda que seremos sus padres para siempre?”, ella encoge los hombros y sinceramente me contesta que “unos días se lo cree pero otros días no”. El tiempo, el cariño, la serenidad y el bienestar irán poniendo fin a este largo proceso, hasta ese momento hay que saber esperar. En este momento lo que se ha instalado en ella es un miedo terrible a perdernos, miedo a que nos muramos, que la devolvamos ó simplemente miedo a ser nuevamente abandonada. Obviamente esto no sucederá nunca pero ella necesita comprenderlo en cuerpo y alma y ambas emociones necesitan calma y paciencia.

Asumimos a nuestra hija con todas las consecuencias y desde la primera instancia burocrática éramos muy conscientes del paso que íbamos a dar en nuestra vida. También asumimos toda su historia pasada. Por nuestra edad avanzada cuando empezamos el proceso de adopción con una media de 42 años no queríamos a un bebé, ni a un niño pequeño menor de 3 años. Elegimos Colombia como país de adopción de

nuestra hija por afinidad personal, por el idioma y por la cercanía cultura que nos une como país latino. Pero si les confieso que al ser un proceso burocrático tan largo (5,5 años) en el último año el miedo, el cansancio, la soledad y la incertidumbre hizo mella en nosotros. Lo pasamos muy mal, hubo momentos de mucho bajón donde pensábamos que la edad se nos echaba encima (próximos a los 50 años) y no íbamos a tener fuerza para criar y educar a un niño tan mayor. La familia y amigos nos apoyaron desde principio en el proyecto de adopción pero no les gustaba nuestra decisión de adoptar a un niño mayor de 5 años, ellos también tenían miedo por nosotros y al final algunos nos pedían que abandonáramos. Por otra parte, nos encontramos con profesionales del Instituto del Menor Madrileño, Asistentes Sociales y profesionales de otras instituciones que nos advertían de las dificultades en la adopción de estos niños mayores y no nos lo aconsejaban. Fue un camino en solitario el que tuvimos que hacer como padres y como pareja muy duro. Para llenar nuestro tiempo leímos libros que contaban experiencias familiares muy negativas, muy difíciles en cuanto a la adopción de niños mayores y eso en vez de

ayudarnos nos llenó aún más de angustia y temor. Afortunadamente nuestro deseo era más potente que nuestro miedo y seguimos adelante con nuestro proyecto. Un año después estamos felices y muy orgullosos de nuestra decisión y por supuesto de nuestra hija. Este libro es para decirles que “nosotros si les apoyamos”, no es una tarea imposible, día a día hemos superado las dificultades, nosotros siempre hemos primado las cosas buenas sobre las malas y por eso les decimos que “¡adelante!”.

La adopción de niños mayores en Colombia es necesaria porque hay muchísimos niños que rezan y sueñan con tener unos buenos padres de verdad. Cuando leímos la historia de nuestra hija quedamos “impresionados” por la crudeza del informe psicosocial. En ese momento emocionalmente tan intenso nos “envalentonamos” y precisamente por conocer esa terrible historia infantil, aceptamos el expediente de inmediato. No aparecían datos de analíticas médicas, ni se descartaban enfermedades graves, solo presentaban a

una niña sana que tenía bajo peso y baja talla, lo normal en estos casos. No solicitamos pruebas médicas ni analíticas complementarias, se las hicimos al llegar a España y la pediatra nos miró con cara de decir: “ustedes están locos por no haber pedido estas pruebas desde el principio”. Mi marido le contestó que los “hijos biológicos también puedes venir con problemas” y la pediatra se cayó. No queríamos más demora, queríamos a nuestra hija ya. Una vez que conocimos esa historia infantil y vimos su foto nos enamoramos de ella al instante, ya sólo queríamos que llegara el día de ir a recogerla. Si había que hacerle pruebas médicas no se harían sin que nosotros estuviéramos presentes, no queríamos someterla a más torturas de las que había vivido, bastante tiempo había aguantado ella sola. Si padecía alguna enfermedad de “esas terribles e innombrables” en España sería mejor atendida, teníamos muy claro que ni siquiera eso nos iba a detener. En nosotros surgió con una fuerza tremenda la necesidad de protegerla porque desde el mismo instante de saber quién era nuestra hija nosotros “si nos sentimos sus padres”. Todos esos miedos que como padres se instalan en la cabeza durante el

embarazo burocrático fueron desterrados. Yo tampoco sé muy bien cómo y cuándo dimos ese giro porque como todos los padres del mundo queríamos que nuestro hijo fuera un niño sano, de hecho fue lo único que nos guiaba en nuestra adopción y fue nuestra única condición. No nos importaba el sexo, la raza, pero si la salud. En el momento que conocimos su historia y vimos su carita de lo único que sentimos fue que si estaba enferma nosotros sabríamos atenderla y cuidarla mejor que nadie.

El momento del encuentro llegó y les aseguro que su historia pasada y nuestra propia historia quedó atrás de inmediato. En ese instante sólo hay amor, emoción, ensimismamiento, necesidad de intimidad y ganas de empezar una nueva vida y una nueva historia familiar juntos . Recuerdo ese momento con una emoción tan profunda que casi ni escribirlo puedo. El plan programado era que sería mi marido quien la cogiera en brazos porque una antigua lesión de espalda me impedía coger peso. El lugar de encuentro era una sala de reunión que estaba en la última planta de una chalet estilo inglés. Era

un sitio bonito y muy acogedor, la buhardilla le daba una sensación de calidez íntima, el suelo tenía moqueta y como la niña venía con retraso nos dedicamos a decorar las paredes con globos. Nuestra abogada nos dijo que pusiéramos con globos su nombre en la pared mientras tanto y eso hicimos. Con los nervios los globos se explotaban solos en nuestras manos pero el resultado quedé francamente bonito y entrañable. Llegó el momento, nuestra hija subió las escaleras con mucha fuerza y se arrojó a mis brazos y yo a ella, ni lesión de espalda ni nada, nos fundimos los tres en un abrazo tan intenso, que ni verle la cara podíamos, no había manera de despegarnos. Ella traía el pelo muy largo recogido con una “balaca” (diadema) cuando se lo retiramos descubrimos a una niña preciosa. Traía un arañazo en la mejilla derecha y eso nos dolió. Cuando nos sentamos, ella seguía en mis brazos y al darse cuenta que su defensora de familia no había subido las escaleras con ella y estaba sola con siete adultos a los que no había visto en su vida, mi hija empezó a llorar y a llamar a su “mamita”. Era un llanto de susto, de mucho miedo, de fragilidad, de desamparo, de descarga nerviosa, de

ternura y de mucha valentía al mismo tiempo. Una niña de 6 años sola enfrentándose a un mundo desconocido .

La Psicóloga y la Asistente social del ICBF ante su llanto vinieron a quitarme a la niña y con una fuerza increíble les paré con la mano y sólo les dije: “dejen que mi hija lllore, ella pide a su madre y con ella está ” las dos mujeres retrocedieron algo intimidadas. Mi marido con su cuerpo nos protegió haciendo de barrera. Nuestra hija necesitaba llorar toda la tensión que traía dentro y nadie se lo iba a impedir. Yo no podía llorar, la alegría me inundaba con una fuerza y con una fiereza que si me quitan a la niña en ese momento me hubiese tirado a ellas como una leona que protege a su cachorro. Pero en esa hora y media, ó algo más, el tiempo que duró el encuentro abracé a mi hija, la consolé y conseguí jugar con ella. Me tiré al suelo a dar volteretas y ella me enseñó un juego de manos infantil que yo aprendí también de inmediato. Nos comimos juntas un buen trozo de “torta” y mi marido fue el que se encargó de atender a las profesionales y demás trámites burocráticos del

momento. Como siempre, faltaba algún documento y las abogadas tuvieron que hacer su trabajo. Yo ni las veía, en el momento en que abracé a mi hija el mundo desapareció, sólo estábamos ella, su padre y yo, la felicidad era completa.

Un año después mi hija recuerda “fotográficamente” todo lo que había en aquella sala, cómo íbamos vestidos, qué zapatos llevábamos, de qué sabor era la torta, cómo eran los platos que pusimos sobre el mantel de princesas y los vasos también, todo a juego. Cuando ve las fotos recuerda todo “lo nuestro”, es decir de su padre y mío, pero no recuerda quienes estaban allí, quienes eran aquellas mujeres a las que ella no vio porque a la única persona que ella necesitaba y que era su Defensora de Familia no estaba allí, y ahora es cuando ella nos cuenta que fue ella quien la llevó en coche junto a una amiga al lugar del encuentro. Llegó tarde porque de los nervios le entró ganas de hacer pis y tuvieron que parar . El detalle de los globos en la pared la encantó. En los dos cumpleaños que hemos celebrado

con ella siempre se los hemos puesto, los 6 años en Colombia y los 7 años ya en España.

Una semana antes de regresar a España fue su cumpleaños. Queríamos prepararle algo muy especial porque era la primera vez que ella lo celebraba. Su padre y yo nos levantamos a las 5 de la mañana para decorar el salón de nuestro apartamento con los mismos globos que el día del encuentro pero un globo se explotó y ella se despertó muy asustada por el ruido y porque estaba sola en la cama. Vino al salón y nos “pillo infraganti” así que celebramos su sexto cumpleaños a las 5 de la mañana y en pijama abrimos los regalos y apagamos las velas de la torta y nos la comimos. Luego a las 8 de la mañana mi marido se fue con la abogada al juzgado a firmar la sentencia de adopción. Fue un día redondo, no podía haber mejor regalo, cuando llegó su padre nos fuimos a Divercity.

A nuestra hija le regalamos unas zapatillas de Dora la Exploradora, un Kent el novio de Barbie, unas balacas para el pelo y un pitufo. Todo tenía un porqué, la historia del pitufo tiene su gracia porque nos tuvimos que separar para comprar los regalos, con la excusa de que teníamos que hacer documentos en la notaría, en el consulado ó en los juzgados, su padre y yo desaparecíamos para ir a comprar los regalos. En el centro comercial se habían agotado los pitufos y con la fuerza que da el ser madre ni corta ni perezosa me cogí un taxi y me atravesé toda la ciudad en la que vivíamos para comprar uno y lo conseguí. Me costó un dineral porque pagué una fortuna en taxis pero sabía la ilusión que ella tenía, su primer cumpleaños en su vida tenía que ser muy especial. Vivir con ella por primera vez “todo” es de una emoción y alegría desbordante. Unos días antes la llevamos al cine y ella vio por vez primera vez una película en una pantalla de cine enorme. Al finalizar la película mi hija estaba tan ensimismada que hubo pataleta porque se puso a llorar cuando acabaron los títulos de crédito y la sala quedó a oscuras. No se quería ir del cine, ella quería volver a ver la película igual que hacíamos en casa que le

poníamos una película en el ordenador varias veces, su padre la tuvo que coger en brazos para sacarla del cine entre risas nuestras y lágrimas suyas. Al desenvolver sus primeros regalos de cumpleaños y ver a su pitufo, imaginen su cara de alegría . La foto de aquel día preside nuestro salón. Los tres estamos guapísimos, en pijama y con ojeras, pero radiantes de felicidad.

Desde el día de nuestro encuentro mi hija no ha dejado de enseñarme cosas y es lo que quiero compartir con ustedes para romper el prejuicio de que los niños mayores son niños difíciles para la adopción y que su integración en la familia adoptiva es problemática ó “imposible” como nosotros escuchamos tantas veces. Mi hija nos ha enseñado que eso “no es cierto”. La queremos y admiramos por su inteligencia, su capacidad de supervivencia, de adaptación y la fuerza interna que ha tenido para conseguir llegar hasta nosotros. El proceso resiliente que se puso en marcha desde el primer segundo de estar juntos ha hecho que actualmente sea una niña feliz y nosotros con ella. La felicidad completa

llegará como llega todo lo bueno de la vida, con tiempo, con cariño y dedicación, en un hogar sereno que le permita ir curando sus heridas e ir calmando su dolor. Lo que nos traemos de Colombia son niños “traumatizados” por una vida que les quitó la sonrisa y nuestro deber como padres es conseguir que nuestros hijos disfruten de la poca niñez que les queda y puedan convertirse en adultos felices.

Nuestra hija no ha tenido ningún problema de adaptación, está “mimetizada” con su familia, los procesos de identificación conscientes e inconscientes han hecho que se parezca cada vez más físicamente a su padre y psíquicamente a su abuelo materno. La transformación física y emocional ha sido tan profunda que más que un cambio nuestra hija ha vivido una verdadera “metamorfosis”. Unos días se levanta con una carita igual a la de su padre y otros días en cambio es “india” ó “trigueña pura” que es cómo llaman en Colombia a los niños de piel morena, en las fotos según la coges parece una cosa u otra. Las personas que nos conocen y saben

lo difícil que ha resultado todo el proceso cuando nos ven juntos y ven a la niña tan feliz nos dicen que el mérito ha sido nuestro. Humildemente creo que el mérito es de los tres porque cuando hay necesidad de amar y de ser amado y tres personas se buscan con el tesón que lo hicimos nosotros, al final el encuentro siempre se produce.

Pero no hay que negar la segunda parte, es decir la parte oscura y dura del proceso. Como madre, como profesional y como mujer me he visto ante situaciones con ella en las que no he sabido reaccionar bien, ni dar la respuesta adecuada. En una adopción, sea de niños mayores como de niños pequeños, además de amor hay que tener recursos emocionales y asumir una serie de cuestiones que no existen en la paternidad biológica. Los niños adoptados no sólo no traen un manual de instrucciones sino que además los manuales de crianza de hijos biológicos no sirven. He tenido que estudiar mucho y en numerosas ocasiones (y las que me quedan) me he encontrado sin recursos, sin armas, sin defensas y

desbordada por no decir incluso abrumada, aturdida y/o asustada por los comportamientos, sentimientos y reacciones de mi hija. Lo cuento como lo siento y por respeto a la intimidad de mi hija no voy a desvelar más de lo necesario para explicar cómo nosotros estamos manejando su crianza para que ustedes piensen si se sienten preparados y/o dispuestos a adoptar a un niño mayor.

Los primeros seis meses estuvieron llenos de pesadillas que hablaban del sufrimiento pasado pero día a día está consiguiendo lograr la estabilidad emocional que todo niño necesita. Un año y medio después va entendiendo y aceptando muy aliviada que seremos sus padres para siempre pero internamente e inconscientemente nos sigue sometiendo a pruebas continuamente porque necesita confirmar por activa y pasiva que el horror vivido no volverá a repetirse. No quiere volver a ser abandonada, ni maltratada, ni ignorada. Ella nos necesita y necesita el amor, la estabilidad y la “calma serena y dichosa” que la

posibilitará crecer sana y feliz. Como padres nuestra obligación será ofrecerle los recursos necesarios para que ella lo consiga. No es fácil, pero si es absolutamente necesario.

Un año después afirmo con rotundidad qué no todo el mundo está capacitado para afrontar la adopción de un niño mayor. Y no pasa nada, es decir, ser padre adoptivo es una elección, hay muchas familias que si lo hemos hecho y no somos por ello los mejores, simplemente hemos hecho realidad un sueño y era el deseo de “ser padres”. Pero hay que formarse y prepararse concienzudamente para ello. Nuestra hija es tan consciente como nosotros ó más de que es una tarea difícil y que hay que avanzar poco a poco, unas veces para adelante y la mayoría de las veces para atrás, pero ella lo desea igual que lo deseamos nosotros. Es ella quien pregunta: “¿Hoy me he portado bien?”. “Yo quiero portarme bien para que mis papás me quieran” se dice así misma. Nosotros le contestamos que la querremos siempre, se porte bien ó se porte mal, sólo que si se porta

bien, el día es más bonito y todos estamos más contentos. En su vida anterior lo que había imperado era la “ley de la selva”, es decir, pura, dura y cruel supervivencia. El más fuerte sobrevive, el débil desaparece. Ella es una niña muy fuerte, como todos los niños mayores de 5 años que logran sobrevivir y consiguen ser adoptados.

Cuando hecho la vista atrás y me voy a Colombia, al día del encuentro a los 45 días que vivimos juntos en nuestro apartamento me parece que han transcurrido 6 años ó más . A mi hija también se lo parece porque ella dice: “mamá cuando yo era pequeña”. No se está refiriendo a cuando ella era una bebecita porque no guarda ningún recuerdo de esa etapa sino cuando llegó a nuestras vidas “tan pequeñita”. Con 6 años recién cumplidos no llegaba a los 16 kilos y medía 102 centímetros (la estatura y peso de un niño de 3 años) . Para ella y para nosotros fue un auténtico “re-nacimiento”.

Los primeros 5 días los recordaré siempre, nuestra hija parecía una “criadita” porque todo era sumisión y decir: “¿señora qué le hago?”, ¿señora qué le limpio? “¿señora en qué le ayudó?”. El término “señora” para los niños colombianos es la expresión del respeto, cariño y amor que tienen hacia su madre pero a nosotros ó en concreto a mí, me sonaba fatal, así que yo no le decía nada, sólo, “mamá”. Cada vez que ella me llamaba “señora”, yo le decía “mamá”. Ella aprendía y se mimetizaba rápidamente.

En ese mundo idílico que duró cinco días, lo que los padres adoptivos llamamos “**luna de miel**”, nuestra hija era una delicia de amor. El primer baño, la primera noche juntos, la primera comida. No podíamos creernos que todo fuera tan fácil, parecía que habíamos estado juntos toda la vida, ella se adaptó perfectamente a nuestras costumbres, comidas, horarios, etc....Todo era felicidad y concordia con una niña muy alegre, dicharachera y habladora que no quería hacer nada por molestarnos, ofendernos ó incluso decepcionarnos.

Desde el primer momento nos llamó papá y mamá. La primera noche dormimos los tres juntos, ella lloró un poquito pero las lágrimas se fueron ante las primeras muestras de cariño, volteretas en la cama, saltos de alegría, felicidad, risas, bailes y besos porque el estar juntos nos parecía mentira a los tres.

Jugando en el sofá nos decía que ella era “pecuecona” y nosotros lo traducimos a “cariñosa” porque así lo sentíamos. Al día siguiente nos reíamos porque nuestra taxista nos tradujo el término significaba “persona a la que le huelen los pies”. Nuestra hija nos advertía antes de ir a la cama de su olor de pies, que criatura más linda. Por la mañana nos bañábamos juntas ella y yo, llené la bañera de agua caliente y ella lo gozó muchísimo. Un año después cuenta que la experiencia de los baños de agua caliente fue lo que la ayudó a confiar en nosotros, el agua caliente le fascinaba, jamás la habían bañado con agua calentita, solo agua fría. Ella se tiraba horas y horas en la bañera, jugando con la espuma y con los muñequitos de goma que le habíamos llevado. Mi

marido y yo le auscultábamos cada centímetro de piel y se nos desgarraba el alma con cada cicatriz, con cada rasguño y para su desgracia traía más de los deseados.

Como era tan pequeñita tuvimos que comprar ropa y pijamas más pequeños que los que llevábamos. La talla 4 española le venía enorme y compramos ropa de la talla 4 Colombiana (es decir una talla 2-3 años de España). Comía como una lima, con apetito y con un placer evidente. Quisimos respetar la dieta colombiana, un desayuno con huevo, arepa, fruta y un vaso de leche con chocolate. Nuestra hija desde el primer día dijo que las arepas ni verlas en su vida y que ella quería desayunar Chococrispis con leche A los seis meses de estar juntos en Madrid nos contó que en los ocho meses que estuvo en la casa sustituta casi nunca bebían leche, y por supuesto jamás probó yogures, ni carne, ni verduras, ni pescado, ni cereales en el desayuno, su dieta exclusiva era arroz, frijoles, patata, pasta, huevos, fruta y agua de panela. (Un derivado de la caña de azúcar, es decir agüita con azúcar. Así trajo ella la boca). Alguna salchicha de

tarde en tarde y algún helado más de tarde en tarde todavía. Nosotros no sabíamos nada de todo esto, comía con tal apetito y naturalidad que dábamos por sentado que eran alimentos de su dieta habitual. Los Chococrispis los había visto en la tele. En la mesa era muy educada, comía sola perfectamente y nosotros dimos por sentado que ella había estado alimentada así siempre, qué ingenuos. La defensa de la negación es potente en unos padres que no quieren ver las cosas feas. A los cinco días ya le había crecido el pie, había ganado peso y como las zapatillas nuevas que traía no le cabían fuimos a comprarle unas zapatillas nuevas y un abrigo porque hacía frío.

Fuimos a un centro comercial. Novatos, dimos por sentado que ella sabía lo que era y que había visto alguno. Las escaleras mecánicas le parecieron una atracción de feria, era divertidísimo para ella subir y bajar las escaleras, obtenía un placer máximo, esa actividad nos ocupó mucho más tiempo del calculado entre subir y bajar. Después de dos horas de escaleras, cuando

pudimos nos metimos en la primera zapatería en la que vimos unas zapatillas infantiles, unas BOSSI, preciosas, se las probó muy feliz, le estaban bien y salió de la zapatería contentísima con ellas puestas. La marca Bossi, es la de máxima calidad en Colombia, es como decir unos Lotus en España, fueron carísimas, pero con los nervios, la emoción y el amor que sentíamos, qué más daba el dinero. A mí me entraron ganas de ir al baño y los dejé un momento a solas para ir al baño en el centro comercial. En aquel espacio tan enorme me despisté y tardé un poquito en llegar y al acercarme me encontré la siguiente escena: la niña chillando, gritando, poseída por el mismísimo Lucifer, mi marido blanco, paralizado sin saber qué hacer y asustadísimo. "¿Por qué has tardado tanto?, me lanzó un reproche de puro susto. "¿Pero qué ha pasado?" pregunté.

Intenté hacerme cargo de la situación, coger a la niña, imposible, parecía la hija del exorcista, la niña pataleaba, gritaba, lloraba, se tiraba al suelo, imposible tocarla, si la tocábamos chillaba mucho más todavía, la

gente pasaba y no decía nada pero nos miraban, nosotros muertos de miedo por si la gente pensaba que habíamos maltratado a la niña . Mi marido aterrado, si se acercaba a la niña para cogerla del suelo ella gritaba más todavía con los ojos en blanco, un horror. Aquello no era una rabieta, era más bien un ataque epiléptico. La niña no tenía espuma en la boca pero su cuerpo convulsionaba como si lo fuera.

Mandé a mi marido fuera a fumarse un cigarro para que se tranquilizara un poco. Me quedé a solas con ella, le hablaba intentando tranquilizarla, la dejé en el suelo, poco a poco se fue calmando, me arrodille a su altura, me senté en el suelo a su lado, me acercaba muy despacio, la fui acariciando, calmando, conseguí rodearla en mis brazos y al final pude cogerla e ir poco a poco tranquilizándola, besándola, acunándola, arrullándola en mis brazos como a un bebé. Ella me contó que habían visto unas zapatillas de Princesas y de Dora la Exploradora que le habían gustado mucho porque tenían luces y “papá me ha dicho que me las compra en Madrid

y a mí me gustan estas” y... entre sollozos, “¿entonces por qué me dice si me gustan si no me lo va a comprar”?, lloraba desconsolada. Se fue calmando, pero si su padre se acercaba empezaba de nuevo los gritos, así que le dije que se alejara porque parecía que la historia iba con él. No entendíamos nada, si se ponía de esta manera ante la primera frustración nos asustamos pero teníamos claro que ese día no se compraban más zapatillas por mucho que llorara.

Nos fuimos calmando los tres, qué difícil, había que superar este primer ataque y primera prueba. La niña se calmó, dos horas de llanto la dejaron rendida, nos fuimos a comer y como si no hubiera pasado nada la cogimos cada uno de la mano y volvió la docilidad pero desde ese momento la relación con mi marido cambió radicalmente. El no podía acercarse, ni tocarla, le ignoraba, no le hacía caso. Se metió y me metió en una burbuja dónde no había espacio para su padre. Mi marido sufrió muchísimo, lo pasó realmente mal en esos días. La niña le provocaba, le hacía enfadar, le montaba unos

llantos terribles por nada y los “ataques” se repitieron por dos días más, en casa, en la calle, en un centro comercial. Nuestra niña preciosa se había convertido en un “monstruo pequeño manipulador y egoísta”. Miraba a su padre de reojo, su mirada cambió, ya no era una mirada risueña y cariñosa, era una mirada maliciosa, de rabia y temor al mismo tiempo. Fue terrible. Se autocastigaba ella sola y se acurrucaba en un rincón con cara de terror como si la fuéramos a pegar, si mi marido se acercaba era peor y por más que le decía: “ven hija, no te voy a pegar, ven conmigo hija, tranquila, cariño, si yo no te voy a pegar”. No había manera, era yo quien la tenía que sacar del rincón dónde se metía ella solita para refugiarse en mis brazos y llorar como el día del encuentro repitiendo: “mamita, mi mamita”.

En casa nos culpabilizamos de haberla llevado al Centro Comercial tan pronto, ella no estaba acostumbrada a eso, fue la primera vez en su vida que había estado en un sitio tan enorme y con tantos estímulos, luces, comida, ropa, juguetes, creímos conveniente entonces llevar una

vida lo más hogareña posible. Durante las dos siguientes semanas nos levantábamos muy tarde, dormíamos 12 horas porque los tres estábamos agotados, a ella le preparábamos un baño de agua caliente dónde se deleitaba a su manera jugando con la espuma y sus juguetes, desayunábamos y luego íbamos a dar un paseo por el barrio donde vivíamos, tomábamos un café ó un jugo. Aprovechábamos para hacer la compra en un supermercado pequeño que tenía unos cochecitos donde ella iba montada y le divertía mucho coger de las estanterías los productos que le decíamos de comprar. Tuvimos que anular nuestro plan de hacer turismo ó ir a Cartagena de Indias con ella, sentíamos que las cosas había que hacerlas muy despacio y con mucha calma. Como estuvimos 45 días teníamos tiempo para todo y sólo las dos últimas semanas la aprovechamos para hacer un poco de turismo infantil con ella, es decir parques infantiles, cines ó parque de atracciones.

Poco a poco esta rutina diaria la fue calmando. Ella no sabía bien si el lugar dónde vivíamos era España

ó Colombia. Nosotros le decíamos que todavía estábamos en Colombia, y cada vez que nos alejábamos de la zona residencial donde vivíamos y aparecía el país pobre del que ella provenía se asustaba, empezaba a sudar y se ponía francamente nerviosa, los ataques se iban dilatando en el tiempo pero no desaparecieron ni mucho menos. Durante los primeros seis meses fue una constante, en este sentido el primer año fue intenso y agotador, hemos estado sometido continuamente a pruebas dónde ella comprobaba una y otra vez si éramos los padres buenos que ella necesitaba y se merecía. Siempre hemos tenido muy claro que no vamos a caer en sus chantajes emocionales para conseguir lo que quiere. Consideramos fundamental empezar a establecer las bases de su crianza, límites claros y aquí se hace “lo que dice papá y mamá”, pero nuevamente qué ingenuos, muy pronto entendimos el significado de aquella primera pataleta de las zapatillas. De una manera no consciente fue una pura descarga de tensión, no se trataba de no saber tolerar la frustración, sino que fue una excusa ó más bien el detonante para que ella empezara a sondear cuál era nuestro estilo de padres y si éramos dignos de ella. Nada

más ni nada menos. No son mecanismos conscientes en los niños, pero sin son “mecanismos prácticos” y “reales”, y hay que aguantarlos. Son momentos durísimos para los padres porque no son “pataletas caprichosas” son descargas de angustia, miedo y rabia.

Al séptimo día aparecieron en nuestro apartamento la Psicóloga y la Asistente Social del ICBF para firmar la Integración, el documento que inicia el proceso legal para la adopción. Mi marido y yo estábamos aterrados y nerviosísimos porque era evidente que las cosas no habían ido bien, no entendíamos nada de lo que pasaba y nuestro miedo era que se llevaran a la niña, que nos la quitaran. Estos momentos son angustiosos, cuando las profesionales llegaron se encontraron una escena poco habitual para ellas. Mi marido estaba preparando en el apartamento que alquilamos un estofado que olía a gloria, fue él quien les abrió la puerta y las atendió en casa ofreciéndoles jugos de fruta y una Torta de Chocolate como el día del encuentro. Para una sociedad donde el “machismo” es absoluto estas mujeres quedaron

impresionadas. La niña y yo nos habíamos ido a jugar y a relajarnos un rato a unos columpios, su padre vino a buscarnos al parque dónde estábamos al lado de casa y salimos a la carrera a ver a las señoras. Nuestra hija para nuestro asombro se comportó ante ellas y con su padre con la misma dulzura y educación de los primeros días. Les explicó con toda nitidez a las profesionales que éramos “unos padres muy buenos y que ella estaba muy feliz con nosotros”. Es decir habíamos “sido elegidos”. Nuestra “pequeña fierecilla manipuladora” nos había sometido durante dos días a todo tipo de torturas para comprobar que se iba con una buena familia de verdad. Se lo contamos tal cuál a las profesionales y ellas supongo más acostumbradas que nosotros a semejantes comportamientos dieron su visto bueno. Nos firmaron la Integración y empezábamos nuestra andadura legal como familia, que alivio . Celebramos el gran acontecimiento con nuestro riquísimo estofado, nos comimos la tarta de chocolate entera y nos tomamos los jugos con toda tranquilidad porque los “tres nos lo merecíamos. Nos sorprendió su su astucia, su valor y su

coraje. Brindamos con jugo de guanábana nuestra nueva situación legal como futura FAMILIA VARGAS JUAN.

Esa noche, nuestra hija nos contó su vida y nos quedamos espantados y admirados de su fuerza para sobrevivir y de la sabiduría para conducir su vida con tan sólo 6 años de edad. Eso es lo que se llama “resiliencia”, su gran fortaleza. Un año y medio después sabemos que ella necesitaba asegurarse de la decisión que iba a tomar al convertirse en miembro de nuestra familia. Cuánto lloré esa noche, los relatos de mi hija eran brutales, un horror, me sentí muy pequeña a su lado, cuantísimo sufrimiento, no fui yo quien consoló a la niña sino que la niña me consoló a mi diciéndome: “mami no llores si eso ya pasó, si ya estoy con ustedes”. Ella me apartaba las lágrimas de la cara y me besaba.

A la noche siguiente volvió a suceder algo que establecía nuevamente otro escalón de nuestra constitución en familia. Su padre y ella se constiparon,

ella tenía 38 de fiebre y me pidió para cenar “changua” . Obviamente no sabíamos que era y llamamos a nuestra abogada para que nos diera la receta. Por lo que pude entender era algo así como las sopas de ajo españolas pero en vez de agua se echaba leche, así que me afané en hacer una sopa lo mejor que pude. Mi hija cuando probó el pan mojado en las sopas puso tal cara de asco que le entraron arcadas. Fue mi marido quien cogió a la niña en volandas y la puso a vomitar en el baño, la sujetó la cabeza y la limpió. Pobrecita mía, que susto tenía la niña y que susto nosotros. Alejamos el plato de sopa porque le volvían las arcadas. Había que cambiar el menú y me puse a freírle unas salchichas pero estaba tan nerviosa que las salchichas y la sartén con el aceite hirviendo incluido bailaron del fuego al suelo de la cocina con gran estruendo y con el miedo de haberme podido quemar. Terrible y absurda escena doméstica, nos entró la risa a los tres. Mi hija decía entre carcajadas: “yo boto la sopa y mi mamá bota las salchichas” y mi papá sólo hace que decir: “no pasa nada, no pasa nada, no pasa nada, ¿estáis bien?, no pasa nada”. Estuvimos riendo a carcajada toda la noche. La niña volvió a sentarse en los

brazos de su padre, ríe que te ríe. Era obvio que la niña nunca había probado el pan blanco de harina de trigo, y menos el “pan baboso” de las sopas de ajo. Lo recuerdo y me vuelvo a reír. Los tres recogimos aquel desastre de grasa entre risas y con el “no pasa nada, no pasa nada, no pasa nada”, nuestra hija creo que se dio cuenta en ese momento de que “con su padre no iba a pasar nada....malo nunca”. Mi marido volvió a respirar y su congoja por el rechazo que producía en la niña se fue calmando.

Cuento esta escena para tratar de explicar que el primer año de vida juntos ha sido una auténtica “locura”. Hemos reído a carcajada limpia, hemos llorado, hemos liberado tensión, hemos gritado, dado voces, nos hemos pedido perdón, nos hemos abrazado, besado, pero jamás de los jamases hemos agredido a nuestra hija y tampoco hemos consentido que se dañara así misma ó a nosotros. Bueno miento, al mes de estar en Madrid yo la pegue dos cachetes en el culo de pura desesperación porque no había manera de que viniera a mi lado a la salida y

entrada del colegio. Se me escapaba corriendo y era imposible llevarla de la mano, así que cuando la conseguí alcanzar entre los coches con el enfado la di dos cachetes en el culo. Volvió a suceder, un ataque de llanto y gritos de tal magnitud que la que acabó llorando fui yo y ella consolándome como la primera vez. Estuvimos abrazadas dos horas, yo le pedí miles de perdones y le dije: “es mejor que esta tarde nos vayamos al colegio, damos un paseo y nos tranquilizamos” y ella contestó con toda la entereza del mundo: “mamá por tu bien es mejor que yo me vaya al colegio y tú te quedes tranquila, yo estoy bien”. Que una “mico” de 6 años te hable así, eso, impresiona”.

Ese día al salir del colegio le compré un helado en pleno invierno y la invité a chocolate con churros. Me sentí culpable y como madre un auténtico desastre, estaba enfadada conmigo mismo por no saber controlar a la niña y por sentirme tan pequeña a su lado. Mi marido por la noche puso las cosas en su sitio, muy firme le dijo que “ella siempre tenía que ir cogida de la mano de mamá”,

pero no había forma de hacerle entender que en Madrid hay muchos coches y que los niños no pueden ir sueltos de la mano. Unos días más tarde como lo seguía haciendo la pegamos un susto, al salir corriendo e ir a mucha distancia nuestra nos escondimos para que ella no nos viera. No le dio un ataque, todo lo contrario se quedó paralizada y llorando indefensa, inmóvil y desesperada. Nuevamente nos sentimos fatal como padres y ella se enfadó muchísimo con nosotros porque pensó que nos había perdido de verdad. No quería ni vernos, menudo discurso nos lanzó, “a ella no le había hecho ninguna gracia, estaba enfadadísima con sus torpes y despreocupados padres que son capaces de hacer semejante barbaridad a una hija”. Se me ha olvidado contar en este relato que nuestra hija tiene una expresión verbal propia de un adulto instruido. Ella se define así misma como una “niña lista”, a lo que nosotros añadimos que además de “lista y guapa hay que ser bonita por dentro” y eso a veces la da que pensar pero no sabemos de dónde proviene esa proeza verbal. Ella dice que de la “tele” y nos lo creemos porque fue su única estimulación en sus 6 primeros años de vida. Realmente ahora mismo

un año y medio después la tele sigue siendo nuestro fundamental campo de batalla. Desintoxicarla de esa “droga dura” nos está llevando más fuerzas y más energías de las necesarias pero tanto su padre como yo somos firmes en ese aspecto. Entre semana no se ve tele, sólo los fines de semana ó en vacaciones. A ella esta norma no le hace ninguna gracia pero las cosas son así por mucho esfuerzo que eso nos supone a los dos porque obviamente al ser hija única nos demanda atención exclusiva y constante.

Así es como hemos ido avanzando con aciertos y con errores, con risas y con llantos. Por supuesto cada vez que se enfada conmigo ella me recuerda que “yo la pegué” y yo me rio porque apelar al sentido del humor es lo que nos ha ayudado a salvar muchas situaciones, “si serás exagerada dos cachetes de nada y si te pilla el coche, qué?”. Afortunadamente en ese mes tuvo clase de Educación Vial, vino un guardia municipal a su colegio a explicarle lo que nosotros le habíamos dicho miles de veces y cambió radicalmente, ahora era ella quien nos

“educaba vialmente a nosotros”. “Mamá por aquí no se cruza, se cruza por el paso de cebra”, y se disculpa diciendo: “es que cuando yo llegué no sabía que había que ir agarrada de la mano, yo no tengo la culpa de que en Madrid haya tantos coches, etc.... así es como aprendemos los niños, poco a poco”. Pues así vamos aprendiendo nosotros también como padres, poco a poco, pero sobre todo vamos aprendiendo de ella.

Su crecimiento y desarrollo “no es continuo”, sino alternante, con regresiones a etapas infantiles y con acelerones que te asombran y te sorprenden pero siempre son necesarias y positivas. En determinados momentos parece que estás negociando con un adolescente pautas de disciplina donde ella siempre quiere tener la última palabra y salirse con la suya sin ningún tipo de razonamiento y a la media hora te enfrentas a una bebe de 2 años en plena pataleta para llamar la atención y reclamar brazos y cariño. Existe un desfase, una falta de sintonía en su crecimiento psíquico y físico y esto es lo normal en niños adoptados. Desde lo

físico en un año hemos pasado de la talla 24 de pie a la 31, y en la ropa hemos pasado de vestir la talla 4 a vestir la talla 10. Actualmente con 7 años tiene el peso y la estatura de una niña normal, en un año ha engordado 10 kilos y ha crecido 15 centímetros. Por desgracia crecer no es fácil y ella ha sufrido mucho dolor en las articulaciones y en las piernas por este crecimiento acelerado pero también ha sufrido mucho a nivel emocional.

No es una niña infantil más bien al contrario es su hipermadurez la que deja a todos sorprendidos pero también es lo que la hace muy vulnerable porque entiende perfectamente el mundo adulto pero no tiene herramientas para afrontarlo ni para defenderse de él. Esta sería la clave de su personalidad, por una parte su falta de seguridad en sí misma frente a su necesidad de rivalizar con el adulto, su astucia frente a su suspicacia y temor, su necesidad de dominio frente al descontrol interno y la impulsividad, por tanto estas paradojas hacen que sean niños difíciles de entender, pero también es

cierto, que esto mismo, les hace muy fácil de querer, son seductores y muy manipuladores. En el caso de nuestra hija la gran ventaja es que su necesidad de querer y ser querida hace que su proceso resiliente la ayude a reparar el daño que ha hecho. Sabe perfectamente que cuando su comportamiento es muy malo , ella misma pide conscientemente unas veces e inconscientemente otras, que se le pongan límites para no quedar sujeta a su propio descontrol.

El día de su 7º cumpleaños nos dijo: “papá, mamá con este día tan maravilloso que he pasado doy por concluido el período de prueba”. Nos quedamos boquiabiertos. Su padre le dijo: “¿Eso significa que ya nos consideras tus padres para siempre?” a lo que yo añadí: “¿Ya no nos vas a torturar más con tus pruebas?”. Ella dijo que “ya no habría más pruebas, que las habíamos superado todas con un 10”. Mi marido y yo nos miramos entre orgullosos y “alucinados” porque hay que querer mucho a un hijo para callar y no decir nada más. Ella está construyendo poco a poco el gran puzle de su vida, sabe

que estamos a su disposición, sabe que la queremos, sabe que la entendemos, crear una nueva identidad lleva su tiempo y nosotros no tenemos prisas, pero también sabe que no se lo vamos a “aguantar todo”.

En este año han sucedido muchas cosas, hemos pasado por situaciones que no hemos sabido resolver y comportamientos que no sabíamos porqué se producían, algún día encontraremos la respuesta ó sencillamente los aceptaremos y olvidaremos. Ha sido un año emocionalmente agotador pero enormemente feliz. No sé si está bien decir que nuestro mejor proyecto de vida es nuestra hija. A su padre y a mí nos ha llenado de vitalidad, de energía, de buen humor, y aunque nuestra hija nos dice: “¿mamá tú cuando eras joven, qué cosas hacías?” y yo la contesto. “hija todavía soy joven”, ella se ríe con picardía. Lo cierto es que con ella a nuestro lado nos sentimos mucho más jóvenes y nos esforzamos por mantenernos activos y vitales. Ahora cuidamos nuestra salud más que nunca, queremos sentirnos jóvenes para que ella nos disfrute.

Todavía nos quedan muchas cosas por aprender y aceptar. Ella es la primera en querer controlar esas malas palabras, acciones y comportamientos porque sabe que ya no son necesarios y se le vuelven en su contra y aunque le cuesta, mejora día a día . Dentro de ella hay una gran violencia interna, mucha rabia, mucho dolor y angustia por la vida que le tocó vivir en sus primeros años de infancia. Quiero pensar que todo esto se olvidará y se aceptará. Como profesional admito que es muy difícil que un niño modifique esas estructuras mentales y mecanismos primarios de supervivencia que ahora tanto la duelen y molestan, pero también digo que el concepto de Resiliencia nos ayuda a entender qué todo lo que no mató a nuestra hija le ha dado fortaleza, inteligencia y una gran capacidad de adaptación.

Estos niños adoptados con más de 5 años son difíciles porque sus comportamientos asustan en un primer momento, pero en muchos casos expresan su

salud emocional aunque cueste lidiar con ellos. Sus “rabiets” en la mayoría de las veces son puros ataques de angustia y una forma de liberar la tensión vivida, su mal comportamiento la mayoría de las veces no es otra cosa que el estrés interno sufrido por la necesidad de tener que adaptarse a un medio social, familiar y escolar absolutamente ajeno y desconocido. Vuelvo a repetir que todas esas heridas y esfuerzos de adaptación se irán moderando con el tiempo. No somos los mejores padres, ni ella es la mejor hija, pero si somos tres personas que nos queremos. Por muchas discusiones que hayamos tenido en un día, por muchos gritos, voces, llantos, somos incapaces los tres de irnos a dormir sin pedirnos perdón y sin decirnos lo mucho que nos queremos.

Sabemos que su carácter fuerte no cambiará y eso nos gusta porque le ayudará a defenderse en la vida, pero si vamos haciéndole consciente que necesita controlarlo y dominarlo si no quiere tener problemas. Ella también es una víctima de su propia inseguridad y de la

ira que lleva dentro por todo lo que ha sufrido. Pero lucha día a día por conseguirlo y nosotros luchamos con ella.

Los límites los fijamos con contundencia y con firmeza, no solemos usar castigos para que modifique muchos comportamientos porque no sirven de mucho, nos dan mejor resultados el refuerzo positivo. Ella va superando su inseguridad al comprobar que su padre y su madre están para apoyarla siempre, para refugiarse cuando es necesario y nos utilizan de lanzaderas cuando quiere conseguir llegar a metas que le cuestan conseguir por sí sola. Es una niña posesiva, no soporta que besemos, alaguemos ó hagamos carantoñas a otros niños, ella es nuestro centro absoluto y así nos lo hace saber. “Mamá tu a mi lado siempre, ó papá vente conmigo”.

La relación con su padre ha cambiado radicalmente, es una relación de cariño y ternura, sabe muy bien cómo hacerle la pelota para conseguir lo que

quiere pero también sabe sacarle de sus casillas para seguir comprobando que tiene el papá que ella necesita, un papá protector , afectuoso y fuerte para poder guiarla con los límites claros que ella necesita. Es un padre bueno en definitiva, yo diría incluso que muy bueno porque la peor parte de todos sus ataques se los ha llevado él. No es un mecanismo consciente por parte de mi hija pero lo hace. Yo le hago ver que su papá no tiene porqué pagar las cosas que tuvo que sufrir en su pasado y a mi marido le escucho toda su frustración y le alago todo el esfuerzo que hace de contención de esa rabia, pero entiendo que no hay otra forma de superarlo. Su padre nunca le devolverá la bofetada como tampoco lo haré yo, simplemente estamos ahí para recibir los golpes que le dio la vida y devolverle una cara más amable de su existencia. De forma muy inteligente ella repara todo lo que puede porque al rato se da cuenta de su mala acción y se arrima buscando el cariño y el perdón. Es zalamera, cariñosa, irónica (a veces sarcástica) y como ya he dicho muy manipuladora, busca nuestra atención máxima en todo momento. No es una niña hiperactiva pero su exceso de alegría, de felicidad y de vitalidad hace que por

momentos lo parezca, es decir “nos agota”. Pasar de una actividad a otra le resulta muy difícil, no hay control ni del tiempo ni del espacio, por ejemplo le resulta difícil salir de casa a dar un paseo y sigue resultando difícil volver a casa después de haber pasado toda la tarde en el parque. Ella necesita “del orden y el concierto”, es decir necesita y pide normas constantemente aunque su impulso infantil las rechace con igual intensidad. Su habitación está siempre ordenada y en el salón tuvimos que comprar una estantería para almacenar sus juguetes, no soportaba verlos en el suelo. El orden, los horarios rutinarios, los límites claros, y la vida monótona la tranquilizan. Tratamos de anular compromisos ó eludimos responsabilidades para que ella tenga un horario fijado día a día, sus comidas, sus cenas, el baño, la cena y el cuento para dormir. Ir al Zoo ó al teatro le supone una fuerte de excitación sobreañadida que luego es difícil de manejar, como en casi todo niño, sólo que en ella más. Todavía necesita que durmamos con ella, nos metemos en la cama para leer el cuento y estamos en su cama abrazando, acariciando y a su lado hasta e concilia el sueño, luego nos marchamos. Es imposible que ella se

duerma en su cama ella sola aún, todo llegará, pero ya no tiene pesadillas y sus sueños ahora son sueños felices.

Nuestra hija no sabía que era una tos ó una fiebre, y si la tuvo en su vida anterior desde luego no fue atendida, ni cuidaba. La primera vez que tuvo fiebre de 39 grados, fue su padre quien no se separó de ella ni un momento en toda la noche, cuándo se clavó una astilla de los columpios en Colombia, fue su padre quien se la sacó y cuando nos ausentamos uno u otro por motivos de trabajo, ella está como perdida, triste, aburrida, le falta vitalidad. Cuando aparecemos por la puerta se pone “loca de alegría” y nos recibe con los brazos abiertos. No entiende muy bien que en nuestra familia las cosas son al revés de lo que ella estaba acostumbrada, su padre cocina, la lleva al cole, la baña...etc. En Bogotá se partía de risa cuando veía a su padre secarse el pelo y alucinaba al ver a su padre metido en la cocina. El mundo machista del que ella procede no tenía nada que ver con el mundo de igualdad que le estamos ofreciendo nosotros.

Este verano en la piscina del pueblo nos empeñábamos en buscarle amigos para que se socializara y de paso “nos dejara un rato tranquilos” y ella respondió: “mamá no te empeñes en buscarme amigos porque yo lo que quiero es estar con vosotros, con nadie más”. Cuando ella quiere alejarse no tiene ningún problema en buscarlos porque es una seductora nata y con su energía arrolladora, su belleza, su ternura y su alegría encandila a todos. Le gustaría ser una líder, y sobre todo “mandar y organizar” pero todavía no se siente segura en esta faceta y ella hace lo que las demás quieren pero primero observa, analiza y después actúa, ante todo elige situaciones en las que se siente segura. Es una niña impulsiva en sus emociones, en su forma de expresar cariño pero es una niña que analiza las situaciones sociales con una certeza que a veces a mí como madre me asusta. Diríamos que en “Inteligencia Emocional” es una superdotada.

Este primer verano español lo disfrutó en grande, la playa, la piscina, el hotel donde nos alojamos, tanta comida y tantos postres en el buffet, los abuelos, disfrutó del pueblo, del calor, de las ferias de verano, de los “autos chocones”. Tanto ha disfrutado que precisamente por eso, ha cogido un miedo terrible a que desaparezcamos igual que aparecimos un día en su vida. Si se despierta por la noche va a la cama a ver si estamos ó por la mañana nos busca y se tranquiliza cuando nos encuentra en la cocina ó el salón. Por más que le repetimos por activa y por pasiva que no la vamos a abandonar, que eso ya no va a ocurrir nunca, que estaremos juntos para siempre ella replica “¿Y si os morís?”. Le prometemos que igual que el abuelo Mariano al irse nos condujo hasta ella, nosotros la enviaremos a alguien, un hijo, un marido ó un amigo con el que ella nunca se quede sola. Yo la he prometido que voy a vivir hasta los 100 años y ella contesta que su papá entonces tiene que vivir hasta los 200 años por lo menos. Y si, esperemos que así sea.

“ME LLAMO MAGDALENA Y SOY MADRE ADOPTIVA”.

Un familiar me llamó para darnos la enhorabuena por nuestra paternidad y decirme que nos admiraba, que ella hubiera sido incapaz de pasar por lo que habíamos pasado nosotros y que gente como nosotros debería haber más en el mundo. Me callé, me puso colorada y no supe que contestar.

Cuando utilizo esta frase para presentarme quiero decir que las madres adoptivas somos mujeres normales y corrientes que hemos hecho realidad el sueño de ser madres de unos hijos “maravillosos y por tanto especiales” pero necesitamos ayuda de los profesionales de la salud y la educación para poder criar

a nuestros hijos, necesitamos el apoyo también de otros padres adoptivos porque es necesario que alguien nos escuche, nos atienda y se nos comprenda en la medida de nuestras necesidades. Mi marido es un hombre normal y corriente que deseaba ser padre de un hijo adoptado. Como explico en otro capítulo, necesitamos mucho tiempo para que este deseo fuera legítimo, el deseo de ser padres de un hijo biológico quedó atrás hace muchísimos años. Queríamos adoptar a un niño mayor de cinco años, lo deseábamos y hemos luchado para que este deseo se hiciera realidad.

Si otros padres dicen de nosotros que “somos especiales” es quizás porque ellos no se sienten capaces de asumir las cosas que hemos tenido que asumir nosotros ó no han tenido esa necesidad, pero no somos héroes, ni generosos, ni caritativos, ni maravillosos, altruistas ó otros apelativos con los que yo no me identifico, y mi marido tampoco. Simplemente somos “buenas personas”, eso sí y hacemos lo que podemos, eso también. Como cuento en otro capítulo, como pareja

hemos necesitado durante años tratamiento psicológico para poder aceptar que no podíamos tener hijos biológicos, pero gracias a este trabajo hoy somos padres orgullosos y felices de una niña adoptada de 7 años y medio.

Lo que si hice por educación fue darle las gracias a este familiar por su llamada, pero muy al contrario a lo que ella me decía yo siento miles de veces que no estoy a la altura de mi hija, me siento pequeña ante su grandeza, su sabiduría, me siento débil ante su fuerza, porque los realmente grandes y dignos de admiración son ellos, aún así, estoy al pie del cañón, y para lo bueno y lo malo lo estaré siempre. Todos los padres del mundo deberían hacer eso con sus hijos pero a nosotros, padres adoptivos, no nos queda otra alternativa. Tenemos que estar al pie del cañón acompañando a nuestros hijos en cada uno de sus pasos porque no todos los profesionales de la educación, ni de la salud están dispuestos a hacerlo. Nuestros hijos tienen de especial la adopción en sí, con unas necesidades propias que necesitan ser tenidas en

cuenta en su crecimiento. Quizás nuestra hija si ha tenido la suerte de contar con una madre Psicóloga y un padre cualificado y con formación, muchas cosas se nos han hecho más fáciles que a otros padres, pero les digo que conozco a maravillosas madres que sin formación académica ni estudios específicos son estupendas psicomotricistas, estupendos padres logopedas, estupendo educadores y profesores de apoyo, terapeutas de todas las ramas porque los madres adoptivas somos leonas y los padres adoptivos tigres y nuestros cachorros nos necesitan. Siempre velaremos por ellos, “nuestros queridos tigres de peluche”.

Pero les digo de verdad que lo que se necesita en Colombia ó cualquier otro país de adopción son padres normales y corrientes, con sus defectos y virtudes pero amorosos y muy sensibles, con una capacidad de amar infinitamente a un hijo. Padres fuertes y buenas personas para que puedan soportar las agresiones que va a recibir de su hijo sin devolverle la bofetada. Quiero destacar esta frase que es fundamental para adoptar a niños mayores:

“los padres adoptivos no hemos causado el dolor de nuestros hijos pero si somos los depositarios de todas sus angustias, toda su agresividad y toda su rabia”. No la hemos provocado pero si somos nosotros quienes tenemos que elaborarla, asumirla, recibirla y devolverla en forma de serenidad, de aceptación e incluso de resignación. Eso supone un trabajo emocional propio muy grande, con una carga de ansiedad muy fuerte y con momentos personales de bajón en el que uno se pregunta si va a poder seguir adelante. En estos momentos el apoyo de padres que están viviendo situaciones semejantes es imprescindible porque no nos van a ofrecer ayuda institucional gratuita. Cada Comunidad Autónoma es un mundo y los servicios que hay en unas no existen en otras, así que somos los padres los que tenemos que buscar los profesionales adecuados que sepan ayudarnos a nosotros y a nuestros hijos. Las cosas no deberían ser así, pero “así es la vida”, como dice mi hija cuando no encuentra ninguna justificación a las cosas que nos suceden como familia. Entre los padres hemos creado una red de protección importantísima y muy saludable donde nos ayudamos unos a otros poniendo a

disposición común con toda la información a nuestro alcance. Con orgullo si les digo que en este aspecto “somos dignos de admiración”.

Pero también confieso humildemente que muchas veces como madre no soy capaz de controlar a mi hija, no soy capaz de que me obedezca y al final acabamos en pelea y las dos de muy mal humor. Me cuesta imponerle límites, me cuesta tener paciencia con ella y “sus tiempos”, no puedo soportar su llanto desangelado, sus lágrimas muchas veces me doblegan y acabo haciendo lo que sé que no debo hacer. Su padre es infinitamente más fuerte que yo en ese aspecto, sabe decirle “no” con rotundidad, y sobre todo sabe imponer castigos firmes y útiles. Yo no puedo, no me sale y cuando lo hago me siento muy mal, siempre pienso que el fracaso es mío y que como madre que no lo estoy haciendo bien. Ahora bien, he sido inmutable cuando mi hija me decía que “me odiaba”, que “no era buena madre”, que “no era feliz”, “que se iba de casa” ó que “yo no era su propia madre”. Actualmente un año y medio después ya no utiliza estas

frases, pero si me dice a veces “que soy mala” . No me doy por aludida en absoluto, esas palabras no solo no me hacen daño sino que me afirman mucho más en mi papel, porque yo si siento que soy su “propia madre y lo seré siempre” y que no soy tan mala como ella me pinta cuando está muy enfadada. Mi marido en cambio ahí se duele más y sufre en ese sentido mucho en silencio porque se da por aludido y le hace sentirse con mucha tristeza e impotencia.

Hace poco en una de nuestras discusiones ella me dijo: “Seguramente Cristina (su profesora particular de inglés) sería mejor madre que tu”. Le dije: “Me parece una idea estupenda, cuando venga Cristina se lo propones, hacemos las maletas y te marchas”. A los dos minutos mi hija vino a mi entre lágrimas diciéndome: “¿pero mamá tu sabes la burrada que acabas de decir?“. La acerqué a mis brazos, la acuné, la besé y la pedí perdón. Volví a repetirle que siempre sería su madre y las estuvimos un buen rato abrazadas llorando. Desde entonces no ha vuelto a decir nada parecido. Mi hija no

me odia, no me considera mala madre y sabe que yo seré su madre para siempre, pero dentro de sí hay rabia, miedo y reproches a todas las personas que la trataron mal y puesto que ellos no están aquí para poder resolver esa cuestión, mi hija me lo lanza a mí. Así que por favor, a todas las madres y padres que me están leyendo este libro no os sintáis aludidos cuando vuestros hijos os digan estas cosas, no son ciertas, ellos mismo se arrepienten una vez las dicen pero necesitan echarlas por su boca. Es un mecanismo complejo ya lo sé, es muy difícil empezar una discusión donde sabes que tú tienes razón y al final hay que acabar mimando, abrazando y animando a “este agresor” pequeñito, pero un padre adoptivo tiene que hacer esta labor miles de veces porque es absolutamente necesaria. Esto es lo que hace especial la adopción, esta capacidad amar infinitamente a un hijo, soportarle, pedirle perdón incluso, aguantarle y guiarle lo mejor que se pueda. El hijo adoptado no es el “**hijo ideal**” que los padres adoptivos teníamos en la cabeza durante todos los años de espera, pero tampoco es el “**niño terrible**” que temíamos. Es un niño vulnerable, muy sensible, maleable a pesar de su fuerza, son niños que han sufrido

mucho y su crianza es complicada porque no podía ser de otra manera, pero muy en contra de lo que nosotros pensábamos, tampoco son niños imposibles, su crianza es mucho más fácil que lo que habíamos imaginado y “temido”.

Los momentos de perdón e intimidad, a mi hija y a mí, nos hacen mucho bien, lloramos juntas y nos consolamos mutuamente, pero también le hacen bien los límites que impone su padre, su firmeza y sus castigos porque todos los niños necesitan límites en su vida para no quedar sujetos al impulso de su naturaleza infantil, pero estos niños mucho más porque nacieron y vivieron en un mundo “sin ley”, donde la fuerza del impulso, de la agresión y del descontrol absoluto imperaba en sus vidas. Todos nacieron en “familias disfuncionales”, es decir, familias que no pudieron por diferentes motivos cumplir la función de padre y madre, es decir, protección, seguridad y amor. Estas son las funciones que se nos encomiendan a nosotros como padres adoptivos, y esta responsabilidad como adultos que somos no las podemos

eludir, por tanto la firmeza en las normas es absolutamente necesaria, tanto ó más que el amor. Es cierto que en una adopción no sólo basta el amor, saber amar a estos niños implica tener recursos suficientes para establecer unas normas de convivencia que protejan a toda la unidad familiar. Tanto ellos como nosotros como padres las necesitamos e iría más lejos al decir que realmente quienes las piden y solicitan son los niños porque se sienten que por primera vez en su vida están siendo protegidos. Cuando mi marido ó yo queremos levantar algún “castigo” por el buen comportamiento de nuestra hija, es ella quien se rebela diciendo que “los castigos hay que cumplirlos igual que hay que cumplir las promesas”.

Como madre y como profesional me da un poco vergüenza reconocer que soy bastante débil en la imposición de castigos y tengo que hacer un grandísimo esfuerzo en decirle a mi hija que “no” cuando ve un juguete que le gusta, ó chucherías a la salida del colegio. Si por mi fuera, sinceramente “le compraría y le daría la

luna”, soy muy blanda en ese aspecto, pero se como profesional que eso no es bueno para ningún niño y mucho menos para un niño adoptado, así que luchando contra mi misma le digo que “no” y trato de restablecer la armonía con ella lo antes posible. Ceder a estos caprichos no es nada bueno, así que trato de vencer su obstinación con los recursos que puedo, el sentido del humor es mi gran aliado la mayoría de las veces y otras sencillamente me callo y no hablo, simplemente hago que no escucho sus demandas, ni su llanto. No me gustan las voces ni los gritos, aunque a veces también las pego, el silencio puede en muchas ocasiones ser más elocuente y mi hija ya sabe que cuando no la contesto es que me ha hecho mucho daño. Pero a ella también le hace mucho daño sentirme enfadada y hace todo lo posible por restablecer la armonía lo antes posible. Sencillamente tiene miedo de romper el vínculo que estamos intentando construir y pone todos los medios posibles para pedir perdón y crear un ambiente agradable en casa lo antes posible. Los tres somos muy conscientes de que el vínculo lo estamos construyendo y tratamos de hacerlo sobre unas bases muy sólidas de cariño, amor y sinceridad. Lo que no nos

gusta lo decimos abiertamente pero “los castigos se cumplen y las promesas también”.

Es fácil entender que en niños que no han tenido nunca nada, que su deseo estaba anulado a fuerza de frustración, el mundo de posibilidades que se le abre cuando descubren que una ilusión puede estar a su alcance, provoca situaciones de mucha tensión cada vez que dices “no” a algo. Últimamente nuestra hija ha aprendido a utilizar el llanto como reclamo para solicitar cosas que sabe no puede obtener por medio de la razón ó la necesidad. Cada día la demanda de juguetes, chucherías ó simples caprichos va en aumento, pero no cedemos a esos caprichos nunca. A medida que gana en seguridad también va creciendo esta necesidad de tener y poseer cosas, pero no solemos hacerle regalos, respetamos las fechas de Navidad y cumpleaños, y lo que hacemos es que se gane en función del buen comportamiento pequeños obsequios que sabemos le hace ilusión, como truco a veces le hacemos ganar su propio dinero haciendo tareas que “inventamos

apropiadas a su edad y condición”, como por ejemplo si nos ayuda a hacer la compra le damos la moneda al devolver el carro del hipermercado, ó el dinero que le trae el Ratoncito Pérez le permite comprar pequeños juguetes que la hacen mucha ilusión tipo un yo-yo, un playmobyl, un muñeco lanza pompas de jabón....etc, cosas muy pequeñas y simples siempre. Un par de meses antes de los Reyes Magos me preguntó si yo sabía lo que era una Wii y una Playstation, le dije que no había oído hablar de eso nunca y fue ella quien me explicó en qué consistían, pero no hemos cedido. A veces pienso si somos demasiado duros con ella, pero en los tiempos que corren educar en la austeridad no creo que sea una mala práctica.

Algo que hacemos mi marido y yo muy bien es apoyamos siempre el uno al otro. Siempre le defiendo igual que él hace conmigo. Nuestra hija nos tiene que soportar como padres igual que nosotros la soportamos como hija, pero ni su padre ni yo vamos a dejar ningún resquicio de duda ó de inseguridad para que ella saque

ventaja de esta situación. Quizás no somos los padres todo lo fuertes que ella necesita pero por lo menos “lo aparentamos”. Si hay que discutir se hace cuando ella está dormida ó en el colegio, por otro lado no hay cosa que más le asuste a nuestra hija, entra en pánico, no nos lo permite, piensa que eso va a llevar a una separación ó algo así, y nos obliga a hacer las paces y a besarnos delante de ella. No somos una pareja beligerante, llevamos juntos veintidós años, nos conocemos muy bien y tratamos de ahorrar el máximo de energía. Estamos unidos para nuestra hija y muchas veces en “contra de ella” porque a nuestra edad ya sabemos que la unión hace la fuerza. La vitalidad, la astucia y la energía de nuestra hija la compensamos con saber, experiencia, templanza y serenidad. Los años y la experiencia vital acumulada si nos han servido de mucho en nuestra labor como padres. En este sentido ahora entiendo bien que los márgenes de edad que establece el ICBF para la adopción de niños mayores es la adecuada. El control lo deben tener los padres siempre, es por eso que deben ser muy fuertes mentalmente, con gran capacidad de reflexión, con una visión de la vida flexible y adaptable a

los cambios y con madurez emocional. Deben tener una relación de pareja estable, sin conflictos y sin fisuras importantes porque si no, la adopción de un niño mayor no es posible. En adopciones monoparentales, los padres además de plena autonomía emocional y económica, también deben tener apoyo de familiares y amigos que puedan ayudar en los momentos de bajón. Sentirse solo y débil frente a un hijo adoptado no es lo mejor y lo peor, es que el más perjudicado de esta relación será siempre el hijo. Las adopciones monoparentales que conozco están realizadas por seres humanos excepcionales, con una fortaleza, integridad, seguridad y capacidad de control que personalmente admiro.

Mi hija entre bromas un día del verano me decía: “¿A ver mamá cuantas tonterías mías puedes soportar?”. Entre risas yo la contesté que la primera tontería me hacía gracia, la segunda me cansaba, la tercera me enfadaba, la cuarta no la iba a soportar y a la quinta habría castigo. Entre risas me decía que su papá sólo le soportaba tres tonterías, así que le quedaban todavía dos. Yo a esto le

llamo manipulación pura y dura. Para nuestra hija “somos los mejores padres que ha tenido” pero inconscientemente su naturaleza infantil hace que continuamente intente separarnos, dividirnos y manipularnos para obtener la máxima gratificación. Esto lo normal en el mundo infantil, pero en estos niños adoptados, la astucia , la inteligencia y su fortaleza mental hace que los padres tengan que estar al mismo nivel y les aseguro que no es nada fácil, pero igual que ellos aprenden rápido, nosotros también.

Los niños adoptados mayores traen una mochila enorme y hay que ayudarles a llevarla y a sobrellevarla porque les pesa como losas pero no hay que tenerla miedo. Todos tienen en sus espaldas historias de maltrato físico y psicológico, desprecio, trabajos forzados y por supuesto malnutrición, falta de estimulación y carencia educativa. Del abuso sexual y las violaciones hay infinitamente más de lo que como madre quiero admitir, hay muchas más de las que detecta el ICBF, pero es una realidad que se ignora por puro dolor y/ó

impotencia. Estos niños han sido sometidos a situaciones vitales y emocionales de una brutalidad y una crueldad inmensa. Son niños que lidian con la muerte día a día, con la violencia, la guerra y la crueldad humana. Colombia es un país en guerra, este es un hecho que hasta los propios colombianos niegan por pura defensa y angustia. Cuando le dijimos a nuestra abogada al leer el dossier de nuestra hija: “¿Lily hay algún niño con alguna historia peor que la nuestra?, ella me contestó que la historia de nuestra hija no era de las peores y nos relató varias, a la tercera historia le dijimos: “pare Lily, déjelo, no queremos oír más”.

Hace unos días a unos padres adoptivos a los que atiendo en terapia, les señalé un comentario que me pareció un lapsus, la madre se deshizo en lágrimas y me quedé extrañada, le pregunté y pudo contar la historia real de su hijo, llevo dos años trabajando con ellos y hasta ahora no había salido el tema fundamental. Era un detalle de suma importancia de la historia familiar de origen de su hijo que ellos creían me habían contado en la

historia al principio. Les hice ver la importancia de ese acontecimiento, un detalle que ellos consideraban no había tenido importancia era decisivo y teníamos que trabajarlo mucho, les hice entender que habían necesitado dos años para poder contarlo y empezar a hablar de ello, si antes se negó fue por puro dolor y falta de recursos emocionales para asumirlo. No creo que haya ningún padre mentalmente preparado para asumir historias de esa crudeza. Hasta ahora ni yo misma entendía bien la demanda de atención psicológica porque a mi entender los pasos que daban con su hijo eran muy acertados. En ese momento entendí la importancia del tratamiento y el poder contener, acompañar y apoyar a estos padres les ha permitido conectar emocionalmente con su hijo desde el primer momento. Un chico de 10 años que pese a sus dificultades está teniendo una adaptación escolar y familiar absolutamente satisfactoria.

Nosotros mismos como padres hemos seguido manteniendo apoyo psicológico para soportar el peso de esa mochila tan grande de nuestra hija. Escribir este libro

también me está ayudando como ustedes pueden entender. No duden en pedir esta ayuda, creo que de todas las cosas difíciles por las que hemos pasado, aceptar la historia de cada hijo y hacerla nuestra cuesta muchas lágrimas, pero como padres consideramos de suma importancia hacerlo así. Tampoco nos queda otro remedio si queremos que nuestros hijos sean felices.

No cambiaría la historia de mi hija por ninguna de las historias de los hijos de otras madres adoptivas que conozco, la que le tocó a mi hija nos tocó a nosotros y tenemos que asumirla. Nunca hemos tenido miedo a esa historia, el proceso adoptivo en si es terapéutico para nuestros hijos pero para nosotros como padres, también. El cansancio, el agotamiento, la impotencia, el sentirnos seres humanos pequeños ante tan enorme magnitud del hecho de ser padres de un hijo adoptado es algo que se va construyendo día a día gracias al amor que sentimos hacia ellos. De esta manera nosotros nos hemos convertido en personas fuertes, con una capacidad de empatía absoluta con el dolor de nuestra hija y hemos

hecho camino al andar, paso a paso. A nuestra hija cuando la regaño ó la hago entender un comportamiento que no es adecuado también lo dice: “vale mamá, ya lo iré aprendiendo poco a poquito todavía soy pequeña, ser hija no es fácil”. Yo le contesto que “ser madre tampoco”. Otras veces pregunta: “¿mamá aunque nos enfademos seremos siempre familia? ”, le contestamos que sí, que siempre seremos una familia unida. Al darle el beso de buenas noches en su cama, al final del día donde todo lo que ha sucedido se olvida ella dice: “mamá te quiero, aunque esté enfadada contigo te sigo queriendo y a papá también”.

Por supuesto la historia de mi hija y la de todos los niños adoptados quedarán guardadas en carpetas enormes de tramitación burocrática donde ellos cuando quieran y a la edad que puedan tendrán que leer, llorar y asumir, y nosotros como padres a su lado. Cada niño tendrá su momento y su necesidad. Vuelvo a repetir, siempre al pie del cañón porque nuestros hijos son “cañones de artillería”, la pólvora está siempre dispuesta y

la mecha se enciende a la mínima chispa. Ahí hay que estar para apagar fuegos, consolar, escuchar y soportar su rabia, su dolor, ese encuentro de emociones felices por un lado y tristes por otro que les convierte en niños frágiles, vulnerables a pesar de su fiereza pero nunca más serán agredidos porque sus padres estarán ahí para defenderles siempre y tenemos toda la vida por delante para ofrecerles recursos y armas con las que luchar para convertirse en hombres y mujeres de bien.

Mi hija con 7 años sabe toda su historia, sabe de dónde viene, lo que no sabe es hacia dónde va. Coincidiendo con su cumpleaños y este primer año de vida en común nos hizo enseñarle la carpeta de su adopción con miles de documentos burocráticos y se quedó pasmada, como diciendo, “¿y todo eso habla de mi?”. Volvimos a ver las fotos que trajo y que le hizo su familia sustituta y ya no se reconoce en ellas. Sabe que un día tocará leer toda su historia pero todavía ninguno de los tres puede hacerlo sin llorar y sin sentir un dolor profundísimo. Dejémoslo estar, lo escrito, escrito está.

Necesitamos más valor para volver a enfrentarnos a esa cruda realidad que fue su pasado . Ahora los tres necesitamos disfrutar de la dicha de nuestro amor. Lo que si hacemos es hablar de su familia, para nosotros hablar de su padre biológico ó hablar de su madre biológica es como hablar de unos familiares lejanos con los que no te llevas bien pero a la que sigues nombrando a pesar de todo. Están incorporados a nuestra vida y hablamos de ellos con toda naturalidad. A nuestra hija cuando habla de ellos se le cruzan miles de emociones, desde el enfado y la rabia hasta la preocupación por su bienestar. Desde luego tengo muy claro que mi hija necesita hablar de su historia para que lo que está dentro como ella dice “salga fuera y no le haga daño”. Son cosas que nuestros hijos querrían olvidar pero no pueden. Ahí sí es cierto que yo sé escuchar mejor que su padre, y no por falta de cariño sino porque a su padre su pasado le duele tanto que a veces lo niega ó directamente no quiere entrar en él porque se angustia mucho más que yo. En ocasiones él entra en momentos de bajón y se siente deprimido porque no hay otra forma de abordar emociones tan fuertes y encontradas. Entiendo que por la profesión que

tengo no me resulta tan difícil, aunque tengo bien claro que no soy la terapeuta de mi hija, si es cierto que todos mis conocimientos me están ayudando para enfrentarme y escucharla de la forma que ella necesita. Mi hija me dice que “soy la mejor madre que ha tenido”, y por desgracia sé que es cierto. Soy la mejor madre que “puedo ser”, quizás no la que me gustaría, pero si intento ser una madre “suficientemente buena” para ella. Mi hija también dice que ella no es la “hija perfecta” y yo le digo que con que sea “suficientemente buena” me conformo, a lo que me replica que “ella lo intenta de corazón todos los días y que la perdonemos cuando no lo consigue”. Pero la mente y el cuerpo están unidos y aunque no tengo momentos de tanto bajón emocional es cierto que las “cefaleas y migrañas” que sigo padeciendo son más de las que me gustaría. Los tres nos vamos calmando poco a poco pero como ya he dicho la adopción es un proceso que culminará cuando nuestra hija nos adopte a nosotros como padres y eso lleva su tiempo.

Hay un tema que quiero trabajar en este capítulo y es el miedo a la “pérdida de los hijos adoptivos” ó más bien, la fantasía de que los padres biológicos les localicen y los reclamen. En Agosto, en plenas vacaciones, con el cuerpo descansado y la mente relajada volvieron a aparecer las intensas migrañas que tuve el año antes de la adopción. Tuve que volver a retomar la medicación que me indicó la neuróloga. Se supone que ya estaba libre de tensión y eso me producía enfado e impotencia por lo mucho que me incapacitaban para disfrutar de este primer verano juntos como familia. En septiembre volví a consultar a la neuróloga que me atendió el año anterior. Por empatía profesional ó simple empatía maternal femenina supongo se acordaba bien de mi y de mi caso, como buena clínica empezó a hacerme preguntas sobre mi y sobre la niña, la enseñé orgullosa sus fotos y le conté mi preocupación por estas migrañas tan inoportunas e incapacitantes. Me extendió la receta y al marcharme le ofrecí la mano con cierta profesionalidad y distancia. No sé si por humanidad, solidaridad ó simple afecto me cogió mi mano con las dos suyas y mirándome a los ojos me dijo: “Magdalena, ya no te van a quitar a la

niña, ya es tuya para siempre, nadie va a venir a por ella así que vete tranquila que esas migrañas desaparecerán pero tu hija no, ya sabes que esto es una somatización, te curarás". En la mano izquierda yo llevaba mis recetas y estas quedaron empapadas por el torrente de lágrimas que me surgió de la manera más involuntaria e inconsciente posible. Me tuve que sentar, me quedé sin aliento, había dado en el centro de la diana de mi dolor, por despedida esta mujer neuróloga me dedicó una tierna sonrisa que empatizaba con mis lágrimas.

Salí de la consulta conmovida conmigo misma, era cierto, mediados de Agosto, la fecha de nuestro encuentro, justo hacía un año que estábamos juntos, ¿cómo me había pasado este hecho tan desapercibido?. Nuestra hija en esas fechas desarrolló un miedo extremo a perdernos, se levantaba por la noche o en la siesta subía a comprobar si estábamos en la cama ó en casa, y una vez que nos veía volvía al salón a ver la tele, ó se volvía a la cama ó a la tarea que estuviera haciendo.

Celebramos ese día en la intimidad y aprovechamos para celebrar su bautismo religioso. Fue una ceremonia sencilla con sólo parte de la familia porque no queríamos celebraciones ruidosas. De una forma inconsciente la mente de su madre transformó ese mismo miedo en migraña. Mi hija con esa facilidad que tiene para expresar sus emociones me decía: “mamá si ahora me llevas a Colombia ó me lavas con agua fría como allí me moriría”. Yo por dentro siento lo mismo, si me quitan ahora a la niña, me moriría, por eso la repetía mil veces que eso no iba a suceder: “Hija, estamos juntos los tres para siempre”. Mi neuróloga me lo tuvo que decir a mi también.

Es un miedo que no es consciente pero paraliza. El temor a que nuestros hijos nos abandonen y vayan en busca de sus raíces biológicas, es una fantasía que no tiene realidad ni posibilidad “legal”, pero si tienen una realidad psíquica y es el temor a esa pérdida de amor de nuestros hijos. Estos hijos tan queridos, tan deseados, tan necesitados, llegará un día que nos abandonarán, pero aún así seguiremos siendo sus padres para siempre y

ellos nuestros hijos para siempre también. Tienen todo el derecho del mundo a investigar sus raíces, a enfrentarse con sus afectos y emociones, a buscar a sus progenitores, volver a encontrarse con ellos y saldar sus cuentas si eso les posibilita paz interior. Soy su única madre, la verdadera, la auténtica, y mi obligación es protegerla pero también ayudarla en ese deseo si es lo que necesita, a eso me compromete la adopción. Negar esa posibilidad a un hijo adoptado es negarle su existencia y eso es quizás más cruel que el maltrato recibido de niños. Afortunadamente este deseo también está “legalmente reconocido como derecho” y de nuestra hija dependerá si en el futuro quiere hacer uso de él. Desde luego sus padres estarán para apoyarla en todo, como siempre.

Mi hija me agradece el ánimo y el consuelo que le brindo cuando ella habla de su madre biológica. Cuando mi hija me pregunta si cuándo sea mayor le ayudaré a encontrarla y si está mal poder ayudarla, le digo que por supuesto que la buscaremos y ayudaremos si eso es lo que ella quiere hacer, se lo he prometido a mi hija y lo

cumpliré. Esto la tranquiliza y la posibilita poner paz y calma en su corazón. Ahora tiene que crecer y veremos a ver como evoluciona este proceso emocional de duelo tan doloroso. Quizás cuando sea mayor este deseo cambie, cuando ella sea plenamente consciente de la realidad de su vida, de su crianza y de cómo sucedió todo. En su mente infantil ahora hay mucha mezcla de emociones, hay mucha confusión y cierta idealización porque es una fase propia de todo duelo y es un proceso en el que también hay que acompañar a nuestros hijos. Cuando está enfadada ó simplemente porque si, de vez en cuando comenta cosas que se supone que hacía con sus padres biológicos. Sabemos que son cosas imposibles, por ejemplo que es imposible que comiera por ejemplo tortilla de patata en Colombia ó que su padre biológico tuviera el mismo yo-yo que ella acababa de comprarse. Es una confusión espacio tiempo que forma parte de la elaboración de duelo. Por propia necesidad narcisista necesita rescatar algo bueno de los padres que la abandonaron para no sentirse tan poco valiosa. Escuchamos estos comentarios y si podemos, tratamos de ubicar la realidad, pero si ella insiste dejamos las

cosas como están. Nuestra hija recientemente consiguió una medalla en Kárate y su padre y yo estábamos inmensamente felices por lo que supone de aumento de autoestima para nuestra hija.

Como mujer yo también pienso en esta madre, como mi hija, yo también pienso en qué será de ella, si se acordará de su pequeña, si sentirá tristeza ó alivio por saber que otra madre la está criando, ó si en algún momento le importó siquiera que ella viniera al mundo. Sinceramente comparto este dolor con mi hija, pero también comparto la rabia porque me es difícil pensar cómo se puede ser tan cruel con un niño indefenso y con uno mismo. Si en el futuro, mi hija quiere ayudarla desde luego que la ayudaremos juntas, pero si tenemos que defendernos de esta mujer también lo haremos juntas. Quiero decir aquí también que algunas madres adoptivas, tienen cierto complejo de culpa, como si “hubieran robado” algo muy valioso a estas madres biológicas, cuando la realidad es muy distinta. Los padres adoptivos venimos a recoger los trozos de una rotura

emocional y vincular, y con los restos construimos una historia lo más bella posible. Consideramos que nuestros hijos son tan valiosos que olvidamos que fueron abandonados por lo que nos resultaría de impensable hacer a nosotras. Pero las circunstancias humanas son muy complejas y tampoco quiero reprochar nada a nadie, ni afrontar una adopción desde el odio, porque existen madres biológicas que no pueden atender a sus hijos, nosotras madres adoptivas podemos ver cumplido el deseo de ser madres. Mi querida Lily me decía: “no vaya al encuentro de su hija odiando a estos padres biológicos, eso no es bueno ni para su hija ni para usted” y ahora entiendo que Lily tenía razón.

Con niños mayores hay un hecho ineludible que produce mucha satisfacción y tranquilidad y es que no fueron niños robados, ni se hizo nada a sus espaldas, ellos son los responsables de su propia existencia, conocen todo su proceso y por qué y cuándo acabaron en manos del ICBF. Si sobrevivieron fue por su propia fuerza, su propia astucia y su propia vitalidad. En este

momento hay abierto en España, en nuestro “país occidental y del primer mundo” una causa penal por niños robados a sus madres. No puedo oír esta noticia sin sentir un hondo malestar, una profunda indignación y rabia, un hecho de tamaña injusticia humana. Nosotros tres nos sentimos libres de culpa, sólo hicimos lo que debíamos hacer en cada momento, no nos saltamos leyes penales, ni leyes humanas de nula moralidad y ética. La adopción de niños mayores a mi entender y bajo nuestra experiencia tiene muchas más ventajas que inconvenientes. Siempre tuvimos claro ese deseo, quizás también por los conocimientos de mi experiencia profesional, un niño mayor con un aparato psíquico desarrollado viene libre de enfermedades mentales graves, eso para nosotros era un requisito fundamental, luego en su momento no pedimos ninguna garantía de salud, ni analítica de ningún tipo sobre nuestra hija, solo nos bastó su foto para decir que ya era nuestra. La foto de nuestra hija delataba unos ojitos tristes pero con un futuro prometedor por delante. La quisimos tal cual ella era, con lo bueno y lo no tan bueno.

No me canso de decir que los niños adoptables tienen el “derecho” a tener una familia, pero para nosotros padres adoptivos es un **“privilegio” poder disfrutar de ellos**. Recuerden esta frase por favor porque a nuestros hijos “no les ha tocado la lotería”, ni los padres hacemos una “obra de caridad”. Estamos juntos como familia porque así lo hemos decidido y hemos luchado por ello. La adopción es un privilegio pero no es el “factor suerte” el que impera en el proceso adoptivo, sino todo lo contrario es la “lucha”. No me gusta que se utilicen estas expresiones para definir lo que es una realidad, es decir una familia feliz que ha tenido que trabajar y esforzarse mucho más para conseguir creciendo feliz y efectivamente los tres somos muy afortunados.

Cuando la conocimos ella era “una adultita de 5 años y 11 meses, casi 6 años”, un año y medio después a cada paso nuestra hija está recuperando su infancia, por primera vez en su vida ella puede hablar, cantar, reír,

dibujar, inventar mil juegos, mil bailes porque es ahora cuanto ella está viviendo y sintiéndose tranquila y protegida en un hogar confortable lleno de seguridad y amor . Nuestros hijos no necesitan el lujo, ni la ostentación sólo necesitan confort y bienestar y ese no lo ofrece solamente el dinero. Lo único que digo para finalizar este capítulo es que los padres adoptivos si necesitan ser luchadores, a veces gladiadores, pero la mayoría de las veces sólo tienen que estar abiertos a que un niño herido entre en sus corazones y poner todo su empeño en que este niño recupere la salud física y emocional lo mejor posible.

Como madre no puedo sentirme más orgullosa de mi hija. Me siento feliz cuando la veo jugar en el salón de casa con sus Playmobils, me divierte escuchar las historias y cuentos que inventa, me enorgullece verla practicar kárate con esa fuerza que me sobrecoge y emociona, siento serenidad y paz al verla dormir apaciblemente libre de pesadillas y miedos, me entra mucha alegría cuando me acompaña a nadar a la piscina,

me sorprende cuando viene a darme un masaje cuando me quejo de algún dolor, me hacer reír a mandíbula abierta con sus cosquillas y sus abrazos “que lo curan todo”. Nunca pensé que un niño adoptado pudiera dar tanto y exigir tan poco. Sólo quieren ternura, alegría, firmeza, comprensión, tolerancia y mucho amor. Adoptar y criar a un niño mayor no es tan difícil, se lo aseguro.

CUANDO YO LLEGUÉ.

Los niños biológicos nacen, los niños adoptados llegan. Nuestra hija llegó con 5 años y 11 meses a nuestras vidas. Llegó como llegan todos los hijos, con alegría y con dolor porque los partos emocionales son de la misma intensidad que los partos biológicos, solo que diferentes. Al salir de la sala dónde fue el encuentro, bajando las escaleras nuestra hija empezó a llorar de nuevo pero esta vez con mucha agitación, no había manera de meterla en el taxi y nuestras dos abogadas nos ayudaron a calmar a la niña. Yo la metí en el coche apretándola contra mi pecho. El trayecto fue de una hora y media porque estábamos lejos del apartamento y la niña se durmió en mis brazos, rendida supongo por el llanto y la emoción. Qué ternura tener a tu hija en brazos, tan pequeñita, tan indefensa, tan valiente. Yo no podía

hacer otra cosa que besarla, y en silencio para mis adentros le decía una y otra vez que no tuviera miedo, que ya todo había pasado, hija de mi vida y de mi corazón.

Dos días antes nos habíamos reunido con la defensora de nuestra hija por requerimiento suyo para hacernos una entrevista. Quiero contar que no se da en todos los casos pero en niños mayores y supongo dependiendo de la historia de cada niño, a nosotros esta mujer nos citó, nos reunimos con ella, las dos abogadas nuestras y la Psicóloga y la Asistente Social del ICBF. En esa situación, de verdad que uno se siente muy pequeño, débil, indefenso, ser observado e interrogado de esta manera te dispara todas las paranoias del mundo: “¿Qué quieren de mi estas personas? ¿Es que no nos han investigado ya lo suficiente?”. Fuimos a ese encuentro muertos de miedo, muy nerviosos mi única preocupación era saber si la niña estaba bien. Menos mal que las abogadas más acostumbradas a estas situaciones nos ayudaron porque el miedo nos bloqueó. Por más que nos

decían que no iba a pasar nada, qué tan solo era mera comprobación, que las defensoras en determinados casos quieren conocer antes a los padres para ver si han tomado la decisión acertada y éramos la familia adecuada. Estos niños sufren mucho y también es para ellas difícil entregar a estos niños a personas desconocidas. Quieren asegurarse. Para nosotros como padres se supone que era una entrevista para preguntar cosas de la niña y aclarar todo el expediente de la niña, pero les aseguro que a mí como Psicóloga no se me ocurría nada que preguntar y como madre tampoco, me quedé en blanco, sólo me apetecía llorar y fue mi marido quién salvó la situación haciéndole a la Defensora las preguntas “correctas”. Qué prueba tan dura. Es por eso que yo entendía tan bien a mi hija cuando en el encuentro se puso a llorar y tenerla en mis brazos me daba mucha tranquilidad. “Ya pasó hijita, ya pasó”, la decía en voz bajita acariciando su precioso pelo.

Nuestra hija dice ahora que no sabe porqué lloró, porque ella estaba muy contenta y tenía muchas ganas de

venirse con nosotros, y yo tampoco se decir porque me bloqueé, porque yo iba con un guión perfectamente organizado y no pude hablar ni palabra. Qué nervios y qué miedo y ahora un año después te ríes pero qué mal rato pasamos en esa entrevista, así que en el taxi yo imaginaba el miedo que tenía mi niña viajando hacia el mundo desconocido que la esperaba y la apretaba contra mi pecho. Los padres adoptivos llamamos a esto **“el canal del parto”**, ahí es cuando un niño adoptivo **“está llegando”**. El miedo, “duele más que el propio dolor” se lo aseguro.

Llegamos a casa y su padre la sacó dormida en brazos del taxi, al subir las escaleras del apartamento se despertó y con toda vivacidad y la fuerza del mundo, lo primero que dijo según entró por la puerta fue: “quítenme esta ropa”. Nuestro apartamento era espacioso, tenía dos habitaciones, un buen salón, 3 baños (aunque no funcionaba bien ninguno) y un vestidor con unos armarios enormes llenos de cajones. Llegamos a Colombia una semana antes del encuentro, queríamos tomarnos el

tiempo necesario para calmarnos, preparar el apartamento, convertirlo en hogar y conocer de primera mano la ciudad. Queríamos también descansar y reponernos de la locura de burocracia que supuso el mes anterior a nuestra partida. No habíamos deshecho su maleta de ropa a propósito porque queríamos que lo hiciera ella. Todo era ropa nueva, olía de maravilla, preciosa, radiante, ella la inspeccionó toda diciendo “qué lindo, qué lindo, qué bonito”.....ella misma colocó cuidadosamente su ropita en uno de los armarios, la dobló muy bien a su manera, y al final eligió un pijama de Minnie para vestirse. Al irse quitando su ropa dijo “esto no se bota”, “si hija” le dije, esta ropa la guardaremos para siempre. Me sorprendió su soltura para doblar la ropa y colocarla en el armario. Después nos fuimos al salón y le enseñamos la maleta pequeña de mano donde venían los juguetes que le habíamos llevado, todas las princesas Disney de goma, esos muñequitos que venden en los comercios de chuchería ó en algunos puestos de periódico, libros de pegatinas de Hadas, de Hello Kitty, también le gustaron mucho, las pinturas y los cuadernos. Abría los regalos con verdadera fascinación, estuvimos

toda la tarde haciéndonos fotos, jugando con sus juguetes y pintando un libro de Bob Esponja. Estábamos felices, radiantes, llenos de alegría porque los tres estábamos juntos al fin. Nuestra sensación era de que esto había sido así siempre, que habíamos estado juntos toda la vida, la naturalidad y “familiaridad” al abrazarnos, besarnos, nos llamaba papá y mamá desde el primer momento, nos hicimos fotos, hablamos con los abuelos, los tíos y tías..., nada nos hacía siquiera intuir el tsunami emocional que nos esperaba. En esos cinco primeros días todo era calma chicha antes de la tormenta, pero fueron cinco días de maravillosa “**luna de miel**” que no podré olvidar nunca.

Para ella, el nacimiento a la vida fue el día que llegó y recuerda de ese día absolutamente todo, cómo estaba decorada la sala del encuentro, qué ropa llevábamos, la tarta de chocolate y fresa, los vasos y platos de princesas, los globos en la pared con su nombre, etc... En cambio no recuerda nada de las abogadas y las profesionales del ICBF, ni las vio y eso me

alegra porque como nosotros se centró únicamente en los tres y lo recuerda con muchísima alegría.

Como imaginábamos el llanto del encuentro, nosotros le llevamos un peluche que yo llamaba “el osito asustado” porque tenía unos imanes en las patitas que si se las llevaba a los ojitos se pegaban y parecía que tenía miedo. Ese juego fue el que IA calmó en el encuentro cuando se puso a llorar, yo utilicé el osito como marioneta y le hacía hablar diciendo: “ ¿Por qué lloras? ¿Yo también tengo mucho susto?, ¿Cómo te llamas?”.... y el osito se despegaba una patita del ojo y se escondía y se reía, ese juego a nuestra hija le hizo mucha gracia y ahí rompimos el hielo, ella empezó a reír con el juego y nosotros también. Luego le enseñamos un bolsito de Minnie de color rosa donde habíamos metido unas pulseritas que yo le hice de cuentas de colores. Su padre le dijo: “¿Cuál te gusta más?”. Y ella dijo: “¡Todas!, así que le pusimos en el brazo “todas las manillas”.

Ahora un año después cuando vemos el video nos emocionamos Los tres s y lloramos de alegría y de emoción. Al llegar a España hice dos libros de fotos tipo Hoffman que abrimos y vemos cuando nos apetece, los primeros meses los abríamos casi a diario, ahora ya van quedando un poco atrás, pero es un recuerdo que ella tendrá para siempre. Cuando vienen a casa visitas ó amigos les preguntamos si quieren ver las fotos de nuestro viaje a Colombia y ella se lo muestra muy orgullosa, les va explicando los lugares que visitamos y todas las cosas que hicimos.

Estos “buenos recuerdos” han sido los puntos de anclaje donde nuestra hija ha empezado a construir su nueva historia. Lo que nuestra hija quiso dejarnos muy claro desde el primer momento que entró en nuestras vidas es que ella ya era una persona con capacidad para decidir y elegir como quería que fuese su nueva vida, pero también cómo iba a gestionarse sus recuerdos del pasado. Nada de ella se iba a tirar a la basura sino que debía ser guardado para recordar que nunca más volvería

a sufrir. Al llegar a Madrid compramos una caja de cartón muy bonita donde hemos ido guardando la ropita que trajo y hemos metido las “famosas zapatillas”, las Bossi, las de luces y de Dora la Exploradora que se le quedaron pequeñas rápidamente. Los juguetitos que compramos allí y los cuadernos que ella trajo de los pocos meses que estuvo escolarizada en Colombia también están allí. También trajo una Minnie con la que sigue durmiendo muchas noches. Ella abre y cierra la caja cuando quiere, ve su ropa, la saca, la mira, abre sus cuadernos, los ordena, y comprueba lo pequeñita que era al ponerse la ropa por encima y ver la diferencia de tamaño. Esas eran las pertenencias de una niña muy pequeña y muy lejana ya, pero esa caja significa mucho para nuestra hija, son las únicas pertenencias de su pasado, y son importantes, primero, porque las hemos valorado muchísimo siempre y segundo porque se han guardado como un tesoro y para ella acceder a esas pertenencias le permite poder elaborar y aceptar su pasado de tal modo que esos recuerdos no vuelvan para dañarla.

La adopción de niños mayores es muy gratificante porque un niño que sabe hablar y valerse por sí mismo tiene la ventaja de que puede pedir lo que quiere, explicar qué les pasa y cómo le puedes ayudar. Con un niño mayor los momentos duros pueden y deben ser hablados razonados y perdonados, el amor y la palabra juntos hacen milagros y la recompensa es maravillosa.

No esperen encontrar de entrada un buen comportamiento en estos niños. Pasada la luna de miel el niño “real” que tienen dentro empieza a salir con toda su virulencia tanto en los aspectos positivos como negativos. Estos niños saben ser sumisos y obedientes como defensas para sobrevivir pero en libertad no saben moverse con confianza, seguridad y control. Son como tigres enjaulados, sometidos y educados para pasar desapercibidos, ó para defenderse cuando son atacados, en cualquier caso son niños domesticados a cambio de un plato de comida, pero no conocen el amor, el cariño, la protección y la libertad. Cuando lo reciben a manos llenas en muchísimas ocasiones se les “indigesta” y lo

vomitan, no saben apreciarlo, ni reconocerlo, ni saborearlo. Son animales en cautividad a los que hay que enseñar a ser libres.

Nuestra hija no fue bien tratada en el hogar sustituto, allí pasó ocho meses desde la retirada de la custodia de los padres biológicos hasta que salió el juicio de adoptabilidad y pudimos ir a por ella. Un año después cuenta como fueron ocho larguísimos meses que ella no olvidará nunca porque sufrió muchísimo. No todas las familias sustitutas se comportan así. Conocemos casos de niños que han sido tratados como un miembro más de la familia y han establecidos lazos afectivos positivos y cercanos, pero también es cierto que otros niños han tenido incluso mucho peor trato que nuestra hija y no son casos aislados. Desde este libro también quiero denunciar este hecho.

En Colombia la infancia no tiene valor, por eso la labor que hace el ICBF es imprescindible y necesaria. Es

una labor muy valiosa y está realizada por buenos profesionales, muchas de ellas mujeres que dedican su vida entera para salvar la vida de estos niños pero por desgracia “las ovejas negras” siempre existen y cuando supimos de la mala actuación de la familia sustituta nuestras abogadas nos pidieron que hiciéramos la denuncia formal porque es muy importante que estos casos sean eliminados. Los niños no hablan por temor, por miedo, porque son niños indefensos y muy vulnerables. Mi hija no le contó nada a su querida Defensora por miedo, porque pensaba que si hablaba mal de su familia sustituta ésta iba a actuar y tomar represalias contra ella. Son niños sometidos y están encadenados a su propio miedo, sólo cuando comprueban que están en un hogar seguro se deciden a hablar.

Si ustedes son padres de un niño agredido bajo la tutela del ICBF deben ponerlo en conocimiento de la Dirección de la Regional de su hijo de inmediato. En el año 2011 se dio publicidad negativa y perjudicó a muchos

padres adoptivos españoles la aparición en la televisión pública colombiana, la agresión de un padre adoptivo español hacia un niño de tres años en un ascensor. Las imágenes eran impactantes, dieron la vuelta al mundo y se nos desacreditó injustamente como país a la hora de agilizar las asignaciones. A estos padres se les quitó la custodia y se inició juicio penal. A los españoles les dejaron a las colas de las asignaciones prolongando años de espera el tiempo para adoptar, pagamos como siempre justos por pecadores. Para su tranquilidad y consuelo, les aseguro que en este momento también hay juicios penales hacia familias sustitutas que agredieron física y sexualmente a niños indefensos, desnutridos y sin protección alguna. Estos hogares sustitutos están siendo cuestionados y la sociedad colombiana piden al ICBF mayor control en este sistema de protección, incluso piden la erradicación de los Hogares Sustitutos por los cada vez más numerosos casos de maltrato infantil. Son las familias adoptivas quienes hemos denunciado estos hechos porque como fieros leones y tigres protegemos a nuestros hijos. No es justo que se nos vigile durante años como padres, se nos ponga en cuestión hasta límites que

rozan el derecho a la intimidad y queden impunes familias sustitutas sin ningún escrúpulo que atienden a esos niños indefensos por un puñado de pesos y los den de comer lo mínimo para su pura supervivencia sin ocuparse en absoluto de su bienestar físico y emocional. Nuestra hija estuvo comiendo durante ocho meses un plato de arroz en un patio junto con los otros niños adoptados. Esas familias deben salir del sistema de protección infantil del ICBF de inmediato gracias a nuestras denuncias porque el daño que se les hace a los niños es infinitamente peor que el daño que les hace su propia familia biológica. Mi hija lo dice: “mamá puedo perdonar a mi familia biológica pero nunca olvidaré a la familia sustituta por su crueldad, eso nunca debió suceder, ahí Dios me abandonó, yo le pedía unos buenos padres y me mandó al infierno”. Lloro con mi hija por este dolor tan grande, y la doy toda la razón, como a otras muchas familias que han vivido situaciones incluso de mucha mayor crueldad hacia sus hijos. El celo profesional tiene que extenderse a todo el proceso adoptivo y si se vigila a los padres adoptivos también se deben vigilar a las familias sustitutas. El ICBF tiene que pensar mucho sobre esto porque por desgracia

no se trata sólo de algunos casos aislados y el daño que se hace a los niños es terrible. Es perverso y denigrante querer sacar tajada económica del sufrimiento de estos niños y como bien dice mi hija jamás perdonaré a esa familia sustituta que trató de forma tan inhumana a nuestra hija. Estos niños no son “animales salvajes” a los que se puede hacer todo tipo de vejaciones, son seres humanos con unos derechos tan dignos como los de cualquier otro niño y para “restaurar esos derechos” debe luchar el ICBF y todos los padres adoptivos del mundo.

En ese sentido aprender a ser querido y a reconocer el verdadero amor por parte de estos niños heridos lleva su tiempo. Esto es desesperante para los padres ó al menos ha sido desesperante para nosotros porque te lleva a situaciones donde no entiendes nada y cuando crees que todo va bien, volvemos nuevamente a dar pasos para atrás, solo empatizando con ese dolor que ellos traen podemos ir afianzando paso a paso el vínculo de amor hacia nuestros hijos. En este sentido, cuando uno no ya no puede más y tira la toalla, las madres, las

amigas del alma siempre están dispuestas a escucharte y sacarte del escollo. Qué dolor sentir que hasta en ofrecer amor a nuestros hijos haya que ir poco a poco, pero es así. Los niños lo que sí saben percibir desde el principio es la seguridad y el bienestar de una familia, poco a poco van sintiendo el amor y se aferran a la familia como su tabla salvadora, pero eso está muy lejos de saber que lo que sienten es el amor de “padre y madre”. La soledad les asusta más que nada y con sorpresa unas veces y con mucho temor descubren ese amor sincero. Pero hasta en eso tienen miedo, se sienten muy inseguros, creen que ese amor se puede perder. Con siete años a nuestra hija le cuesta ir sola al baño porque le da miedo, no le gusta jugar sola en su habitación y por eso sus juguetes están en el salón donde ella puede estar en compañía continuamente. No consigue dormir sola, tenemos que leer el cuento y luego estar con ella en su cama hasta que se duerme, la mayoría de los días hablando, contando su tragedia personal, consolando y animando.

A un niño adoptado hay que quererle muchísimo, educarle y protegerle, por eso he titulado este libro **Criando Tigres de Peluche**, repito que estos niños no son animales salvajes como muchos piensan, ni delincuentes, más bien al contrario son “peluches” y necesitan cuidados amorosos, son niños perdidos que cuando se encuentran ellos mismos ofrecen todo el amor del mundo a todo aquel que sienten que lo quiere. Nuestra hija es cariñosísima. Le ha costado mucho besar a los desconocidos como forma de presentación, pero cuando ya los conoce y los ubica, sorprende a todos porque ella cuando da un beso, lo hace de verdad, de corazón, irradia una ternura y una necesidad de amor con una fuerza y un magnetismo que engancha. Mimar a un niño adoptado no es malcriarlo, ellos necesitan más mimos, más protección, más muestras de cariño y ternura que cualquier otro niño porque hay que compensar y curar en ellos todas las carencias afectivas anteriores y porque hay que crear un vínculo que no existe. No sé cómo explicar que nuestra hija es cada vez “mas nuestra” pero el proceso de creación de vínculo no ha finalizado todavía. Se ha escrito mucho sobre la creación del

vínculo en niños adoptados, yo le digo que para los niños mayores ese vínculo empieza desde el momento que ve las fotografías de los que serán sus futuros padres. Pero sobre todo insistir que es un vínculo posible de construir e irrompible, ellos rezan a diario para conseguir unos buenos padres. Construir un vínculo sólido es un proceso que tarda años, y por eso yo lo menciono nada más empezar este libro, porque los niños necesitan mucho tiempo para sentirse hijos nuestros pero nosotros como padres si debemos ser conscientes de que ese vínculo en nosotros existe desde el principio, desde la primera solicitud y así es como debe ser a pesar de nuestro miedo y la inseguridad propia de cada embarazo burocrático. Si nuestros hijos sienten con fuerza y seguridad que nosotros “si nos sentimos padres suyos”, este enganche emocional es de una fuerza inimaginable y obra en nuestros hijos un verdadero milagro . Este sentimiento de pertenencia se irradia a todos los niveles, desde la piel, el contacto cálido, desde el amor, el afecto, la ternura y también desde la “resistencia”. Los padres adoptivos aguantamos y resistimos lo inimaginable,

somos rocas inamovibles porque así es el amor hacia nuestros hijos.

Querer a estos niños es facilísimo, se lo aseguro. Para nosotros esto suponía una dificultad muy grande y por eso tardamos más de veinte años en tomar la decisión de adoptar, porque nos daba miedo pensar que no íbamos a quererle , pero cuando pudimos entender lo que nos pasaba y echamos la primera solicitud, nuestra cabeza ya estaba pensando día y noche en ese hijo, en cómo estaría, qué sería de él, quién lo cuidaría, si estará enfermo ó si las últimas lluvias le habrán afectado a él también. A mi hija le explico lo que lloramos por ella, lo que la deseamos y lo que luchamos.

La conexión inconsciente que se engendra una vez que has lanzado la primera solicitud es increíblemente fuerte, sientes a tu hijo latiendo dentro de tu corazón y es algo que yo misma incluso no lo creía cuando otras madres compartían con nosotros esta experiencia

emocional tan especial. Les cuento que mi amiga gallega y yo estuvimos apoyándonos día a día para soportar la espera del último año porque sufrimos de una manera que nosotras mismas no sabíamos explicar. Otras madres esperaban de una manera más sosegada, pero nosotras teníamos un dolor que nos laceraba las entrañas. Es un vínculo a través del océano, nosotras sabíamos que algo no iba bien con nuestros hijos, y lo que no iba bien es que nuestros niños no estaban siendo bien cuidados en las familias de acogida, estaban siendo maltratados y agredidos. Al llegar a Colombia me di cuenta de inmediato de eso en mi hija, venía con arañazos profundos en la cara y en el cuerpo y no se imaginan lo que eso duele, pero hay que tener paciencia y dar al niño el tiempo necesario para que empiece a hablar.

En el último año de espera cuando ya el cansancio y la tensión me impedía pensar con lucidez y se me pasaba por la cabeza tirar la toalla una madre de Alicante me escribía todos los meses, me pedía que no rompiera el vínculo, me escribía emails donde me pedía que

aguantara porque el vínculo que establece una madre oceánica con su hijo es imprescindible para que este hijo sobreviva. Era cierto. Nuestra hija rezaba todas las noches para poder llegar a nosotros, es una lucha interna terrible, los últimos meses para mi fueron demoledores pero también sé que los últimos meses para nuestra hija fueron igualmente duros. Yo también comencé a rezar el último año, era lo único que me sosegaba, como un mantra le pedía a Dios que protegiera a mi hija. El día que la niña vio nuestras fotos todo cambió para ella, sus padres ya estaban velando por su bienestar por eso no quisimos prolongar más la espera con pruebas médicas complementarias, el día quién era nuestra hija nuestro único deseo era estar juntos. Nuestra hija ahora cuando le contamos que no quisimos pedir analíticas ella misma dice que se hubiera muerto si la madre sustituta además de todas las cosas que le hizo le hubiera tenido que llevar al médico a pincharla y hacerle las cosas que le hicimos nosotros al llegar a España. La primera analítica no se pueden imaginar lo que fue, su padre agarrándola para que la enfermera pudiera pincharle la vena y no digamos los espectáculos que ha formado en sus revisiones

oftalmológicas. Como ella misma dice, no nos imaginamos que hubiera sido si las pruebas se las llegan a hacer en Colombia.

Esta travesía emocional hace que paradójicamente estos niños sean muy fuertes, tienen una gran coraza protectora, han vencido la muerte, pero al mismo tiempo son niños frágiles muy susceptibles, celosos, posesivos e incluso egoístas, con muchos miedos, sobre todo el más importante: el miedo al abandono. Con ellos hay que ir siempre con mucho tiento, pensando y meditando sobre cada decisión a tomar con ellos porque estos niños son muy sensibles y tienen mucho sufrimiento a sus espaldas.

A los tres meses de estar en España, se acercaban las Navidades y en el colegio entregaron un catálogo de juguetes para hacer la Carta a los Reyes Magos. Nuestra hija se angustió muchísimo con este hecho porque todos los niños sabían qué juguetes pedir y a ella no se le ocurría nada. Me decía: “ por favor mamá elígelo tú que

yo no sé elegir entre tantas cosas, dime qué cosas pido”. Ese mes antes de Navidad para ella fue muy triste, estaba muy nerviosa, agitada, incontrolable porque se sentía “culpable” de haberse salvado y no hacía nada más que pensar en los amiguitos que estaban en Colombia en la misma casa sustituta que ella. Por la noche lloraba mucho y las dos rezábamos por estos niños, yo la consolaba diciendo que estaba segura que su Defensora sabría encontrarles una buena familia como hizo con nosotros pero no había consuelo para ella, y en este sentido no estaba para elegir juguetes ni le hacía ilusión pedir nada cuando esos niños se estaban jugando la vida. En estos días sucedió algo inesperado en el colegio, su profesora alarmada y asustada nos citó con urgencia para contarnos que nuestra hija había pegado a todos los niños de la clase. Ni ella ni nosotros podíamos creerlo, su adaptación escolar fue perfecta, la relación con los niños aunque con algunas dificultades había sido cordial, ella había faltado por enfermedad y en sus dos días de ausencia los niños le contaron que nuestra hija les había pegado a todos. Nos fuimos a casa preocupadísimo pero tanto su padre y yo le pedimos a la profesora “calma” para

poder entender qué había sucedido y qué la niña nos contará ¿porqué les había pegado a todos?. No hubo presión ni castigo porque sabíamos ó más bien intuíamos que esta acción tan grave, tan extraña, tan fuera de sentido escondía algo muy gordo , así que prudentemente preferimos y decidimos esperar a que fuera ella quien hablara. La profesora nos apoyó en este sentido y solo la obligó a pedir disculpas a toda la clase prometiendo que nunca más volvería agredir a ningún otro niño.

Le costó mucho hablar, no podía, ella hacía un esfuerzo por hacerlo pero algo la bloqueaba. A la semana siguiente en el puente de la Constitución, en la casa del pueblo, en el ambiente relajado de las vacaciones que ella y nosotros tanto necesitábamos “ lo echó todo”. Para nosotros fue un shock emocional durísimo, ella nos pedía por favor que la dejáramos hablar, que ya no lo podía callar por más tiempo, que necesitaba que eso saliera de su cabeza. Nos contó la historia de los niños adoptados que vivían en su misma casa sustituta, el drama de sus

vidas, la brutalidad y perversión con las que habían sido maltratados en sus familias biológicas y luego en la familia sustituta. Como la madre sustituta las pegaba si se hacían pis en la cama, que nunca comieron dentro de casa si no en un patio y que por supuesto la comida era diferente para la familia y para ellos. Nuestra hija no podía dormir por las noches pensando qué sería de ellos. No me cabe la más mínima duda de que nuestra hija los “protegia”, sobre todo al más pequeño. Esa noche ni mi marido ni yo pudimos dormir de pura rabia e impotencia, a mí me ahogaban las lágrimas de dolor. Pero no nos callamos como ella, por nuestra hija y por todos los niños indefensos que quedaban en Colombia hicimos de inmediato la denuncia al ICBF y gracias a nuestra abogada supimos que esos niños se salvaron. El día que nuestra abogada rompiendo una vez más las reglas nos comunicó que los dos niños habían abandonado el país juntos como hermanitos con una familia Europea nos entró una alegría y un alivio que estoy seguro ustedes pueden imaginar. Recordaré toda mi vida este suceso, ese mes de Diciembre fue horrible para nosotros, el día 23 tuvimos el primer seguimiento con las Psicólogas de la

Comunidad de Madrid. Ella estuvo muy nerviosa, nosotros más, ella no se portó mal pero tampoco bien, nosotros tampoco supimos manejar bien la reunión, estábamos enfadados, dolidos, tristes como nuestra hija. En los seguimientos siguientes, nuestra hija seguía huraña, esquiva, nada colaboradora, al principio pensábamos que era porque su temor era “ser devuelta”, pero ahora también sabemos que estaba muy enfadada y con mucha desconfianza hacia todo lo que significa “vigilancia”. Nuestra hija sigue resentida y ahora ya sólo quiere que “nos dejen en paz”. En el último seguimientos se ha tranquilizado cuando ha escuchado a las profesionales que ellas estaban para ayudarla no para vigilarla y que debería sentirse muy orgullosa porque gracias a su denuncia esa familia sustituta jamás volvería a maltratar a otros niños adoptados y sus dos amiguitos iban a criarse como hermanos en una familia que sabría curar sus heridas como le estaba pasando a ella. No sé bien si ella se siente orgullosa de lo que hizo, desde luego nosotros como padres no podemos estar más orgullosos de nuestra hija.

Sin eso peso enciman nuestro vivir la primera Navidad juntos fue maravilloso, toda la familia estaba ilusionada por estar con ella y también para ver su cara al recibir los regalos y ella se portó lo mejor que pudo entre la excitación que le provocaba la llegada de Papá Noel ó los Reyes Magos y el miedo y la preocupación que ella tenía al pensar que para ella no habría regalos por su mal comportamiento. Como padres en ocasiones no podíamos evitar decirle que “si no se portaba bien no vendrían los Reyes Magos” (muy mal hecho por nuestra padre pero no somos los padres perfectos como ya he dicho muchas veces). Pero Los Reyes si vinieron a nuestra casa y ese acontecimiento estuvo lleno de magia, de amor y cariño. Para ella fue mucho más que unos simples regalos, ese día empezó a sentir que era una niña “valorada”, si le habían traído sus tres regalos era porque había sido buena, “muy buena” como nosotros nos empeñábamos en repetirla. Un año después nuestra hija mira al cielo y da gracias a Dios y a los Reyes Magos por todo lo que la han dado y ayudado.

A los dos meses de nuestra convivencia en familia una noche nuestra hija me dijo si me podía hacer una pregunta, ella se pone muy solemne al hacer este tipo de demanda y yo ya he aprendido a esperar lo inesperado, le dije que sí: “¿Cuándo sea mayor qué voy a hacer?”. Le contesté que podía hacer lo que quisiera ó podía estudiar lo que le gustara y ella me dijo: “no mami, no es eso, sino que yo cuando sea mayor voy a seguir aquí con ustedes ó con quien, ¿qué va a ser de mi?”. No la abracé, la miré a los ojos y la dije que me mirara porque quería que entendiera muy bien que ella siempre iba a estar con nosotros, que esto que habíamos formado los tres no lo iba a romper nunca nadie, nos iba a tener de padres toda la vida, y le pedía por favor que dejara de preocuparse por esas cosas porque ahora ya tenía una mamá y un papá que se preocuparían por ella y su bienestar, que ya nunca más sufriría y que sus papás nunca permitirían que nadie volviera a hacerla daño. Su única obligación ahora era jugar, aprender a leer y a montar en bicicleta y que su futuro sería siempre bueno

porque nos tendría a su lado para ayudarla en todo lo que necesitase. Fue mi hija quien se abrazó a mí y me dijo: “mami tu ya eres mía”.

Durante los primeros seis meses era imposible llevarla al colegio de la mano y salía del colegio como “escapada”, a todo correr, imposible que viniera a nuestro lado, pero a partir de estos seis primeros meses cada día había una mejora, un avance, una sonrisa nueva, un nuevo logro y más tranquilidad. Al principio todas las tardes tenía el “momento especial”, yo llamaba así al rato de llanto que tenía que echar todos los días hubiera ó no motivo. Nosotros la dejábamos llorar y que se tranquilizara, la consolábamos y la reconfortábamos en la medida de lo posible. Su inquietud generalizada, su agitación, el no parar quieta ni un solo momento lo fuimos aguantando y canalizando lo mejor que pudimos. Nuestra hija decía que no paraba quieta porque tenía como una inquietud, un desasosiego dentro de su barriga, y yo al día siguiente me fui a la pediatra para que le hiciera una analítica de heces. El diagnóstico fue claro, tenía

parásitos y un jarabe milagroso puso quietud a los 15 días de tratamiento. Qué tontería, ¿no?. Desde ese momento empezó a comer como una lima y por supuesto despegó en kilos y en centímetros de estatura. Como ya la veíamos mucho más fuerte la apuntamos a kárate para que hiciera amigos, pero lo cierto fue que el ejercicio la dejaba relajada y mucho más tranquila, todo ese mundo tan complejo para ella día a día se le iba haciendo más fácil. Los fines de semana íbamos a la piscina climatizada y esa actividad le encantaba, y nos relajaba a las dos de toda la tensión que teníamos dentro.

Estos primeros seis meses también fueron durísimos a nivel emocional, con toda la tensión y el esfuerzo de adaptación que suponía superar todas estas barreras en cuanto la contrariábamos se enfadaba y todo era decirnos que “nos odiaba”, que “no éramos sus padres” y que “se marcharía en cuanto pudiera a otra casa”, en otros momentos de bajón y tristeza ella lo que pedía era “volver con sus padres de verdad”. Como ya he dicho, a mi marido estas palabras le deprimían, le

confundían y le dolían muchísimo, a mi en cambio me daban más fuerza para seguir adelante porque siempre he percibido ó “he querido percibir” que esas palabras no estaban dirigidas a mí, yo no era la culpable de todo el sufrimiento que había soportado y por lo tanto no solo no me hacían meya sino que además con toda la serenidad del mundo le contestaba que ya no se podía volver atrás, que era legalmente imposible, que para lo bueno y lo malo tendría que soportarnos de padres toda la vida. Mis palabras lejos de enfadarla la tranquilizaban.

También nos hacía una pregunta trampa y era: “¿cuándo vamos a volver a Colombia?”. La respuesta siempre era la misma, “cuando tú quieras. Si de mayor quieres ir iremos y si no, no, eso lo tendrás que decidir tú”. En este segundo año ya no ha vuelto a decir nunca nada al respecto, poco a poco va comprobando que nuestra paternidad es la buena y la “verdadera y que la posibilidad de volver a Colombia sólo existe siempre que ella quiera pero siendo hija nuestra y no de nadie más. Ella cuenta con todo nuestro apoyo cuando decida buscar a su familia

biológica pero será algo que tendrá que decidir cuando llegue el momento. Algunos niños si tienen esa necesidad de búsqueda de sus raíces y otros niños no quieren volver, en cualquier caso sabe que siempre la ayudaremos.

Hemos llorado mucho por nuestra hija porque no hay derecho a que niños indefensos sufran tantísimo, pero hemos aprendimos con ella a ser fuertes porque nos necesita para poder contarnos su vida anterior y expulsar sus miedos de su cabeza. Nuestra hija lo expresa muy bien: “yo les enseño a ser unos buenos papás y ustedes me enseñan a ser una buena hija”. Creo que con estas palabras quedan dichas muchas cosas. Estos niños son sabios por naturaleza ó por lo menos así sentimos que es la sabiduría que tiene nuestra hija, la que da una vida llena de dramatismo y crueldad.

En cada una de esas duras conversaciones, nuestra hija encontraba el consuelo y el apoyo para

poder abandonarse y entrar en un mundo antes vetado y es el mundo de la infancia feliz. Muy pronto empezó a hablar de “nuestra familia” . Ahora sabe que de mayor “será algo”, por lo menos será hija, sobrina, prima, de alguien, y para nuestra hija eso es gran un consuelo, es decir, ya sabe que tienen una familia que la quiere y que jamás volverá a estar sola. Ella está feliz cuando está rodeada de los suyos, quiere con locura a sus abuelos, a sus tíos, a sus primos, disfruta muchísimo con los encuentros familiares porque ya se siente una más de un grupo familiar que la deseó y luchó por ella. Sabemos que ahora no puede valorarlo pero cuando sea mayor sabrá qué significa luchar durante cinco larguísimos años, todos los que ella estuvo luchando por sobrevivir. Todo quedó escrito en un diario que yo le escribí a y que a mí me salvo de la locura, ese diario fue mi tabla de salvación en el naufragio emocional en el que yo me hallé el último año de su llegada.

No hay nada en el mundo comparable a la felicidad que se siente cuando tu hija te dice: “mami vosotros sois

los papás que yo siempre soñé”. Nuestra hija pega botes en el sofá de pura alegría y le sale decir: “esto es un sueño”. Nosotros le explicamos siempre lo mismo, que esto que estamos viviendo ya no es un sueño sino una realidad que va a durar siempre.

Estos niños tienen una inteligencia natural ó diríamos una inteligencia emocional muy alta, son superdotados en este aspecto porque es lo que les ha permitido sobrevivir, analizan rápidamente las situaciones sociales y saben cuando pueden relajarse y disfrutar y cuando deben permanecer alerta. Es cierto que por momentos utiliza también sus recuerdos dolorosos para chantajearnos emocionalmente y conseguir lo que ella quiere, pero nuestra postura ha sido siempre la misma, firmeza seguida de un gran cariño que ella comprueba mil veces en nuestras caricias, nuestros besos y nuestros cuidados amorosos. Querer sacar beneficio del dolor es algo muy humano, pero razonamos con ella y la explicamos el porqué de todo y de esta forma ella también está incorporando poco a poco unas normas y

unos límites que ahora entiende también como algo necesario que la protegen y le dan seguridad. Sus comportamientos agresivos van cediendo para tener comportamientos más normalizados y propios de su edad. Ella no sabe porqué se comporta así, nosotros tampoco. Si sabemos que lo hace cuando está llena de tensión , angustia y rabia, que además luego se vuelve contra ella y la llenan de culpa. Cuando la ayudamos a que pueda hablar sobre lo que la preocupa ó la angustia, estos comportamientos se abandonan inmediatamente. Nuestra hija es la primera que quiere normalizar su vida y sentirse una más, ser feliz y tener “días geniales” como ella lo expresa contenta y orgullosa cuando lo consigue.

Es muy doloroso como padres tener consciencia de que gracias a la adopción nuestra hija ha salvado su vida, pero también es maravilloso sentir que ella a nosotros también nos la ha salvado por todo lo que nos está ofreciendo. Descubrir esto es un proceso tremendamente doloroso pero a la vez maravillosamente feliz.

Cuando en la consulta recibo a padres que vienen angustiadísimos porque sus hijos han sido diagnosticados como niños con el TDA (Trastorno de déficit de atención), ó bien con el TDAH (Trastorno de déficit de atención e hiperactividad), con Problemas de Conducta ó Problemas de Aprendizaje ó Problemas de vinculación emocional, yo a los padres lo primero que les digo: “¿Vuestro hijo está vivo?. Pues ahora vamos a empezar a trabajar juntos”, porque si cada niño ó ser humano es una persona singular, mucho más estos niños que en primer lugar han tenido que sobrevivir y en los países de procedencia de nuestros hijos eso, no es poco. La profesora de mi hija sin mala voluntad me decía que yo tenía que tratar a mi hija como “a una niña cualquiera” y yo por no causar más problemas o disgustar a esta mujer que lo ha hecho tan bien con mi hija, me callaba pero pensaba por dentro, “ya me gustaría a mí que mi hija fuera una niña cualquiera”. No lo son, estos niños son especiales, su proceso de crecimiento y de aprendizaje es totalmente diferente a todos los demás niños, ellos se salen de todas las escalas

físicas y psicológicas porque “nada, absolutamente nada” en su vida fue normal. Normalizar su vida, convertirles en “personas cualquiera” realmente es nuestro objetivo como padres y como profesionales.

DIGAMOS QUE YO NACIA DE TI

El concepto de Resiliencia

Nuestros hijos adoptados cuando llegan a nosotros son niños heridos, traumatizados por las experiencias penosas que les ha tocado vivir y que les ha convertido en “niños adoptables”. La palabra adopción en sí misma tiene una connotación de dolor profundo, es lo que se suele denominar coloquialmente como la “**mochila del niño adoptado**” y a la que los padres adoptivos le tienen mucho miedo. Pero existe otro concepto que nos ofrece una perspectiva positiva de un futuro esperanzador para estos niños y para nosotros como familia, y es el concepto de “**resiliencia**”.

La resiliencia es **“un conjunto de atributos y habilidades innatas que todo niño tiene para afrontar adecuadamente situaciones adversas”**. Algunos autores definen a la Resiliencia como “la capacidad de respuesta inherente al ser humano, a través del cual se generan respuestas adaptativas frente a situaciones de crisis y/o riesgo”. Es un término que proviene de la física porque la resiliencia de los materiales es su capacidad para recibir golpes y volver a su estado anterior. A nivel mental es lo mismo, la resiliencia es la capacidad para tolerar y recuperarse de las situaciones traumáticas y “golpes de la vida”. La resiliencia también se puede aprender y adquirir pero para eso tiene que haber unas **“guías de resiliencia”** muy claras para que pueda poder establecerse y eso es posible si existe un apoyo familiar y social protector que le proporcione las oportunidades y recursos para que la resiliencia pueda actuar. Como familias adoptivas este es nuestro principal objetivo.

Los niños resilientes son aquellos que suelen responder adecuadamente frente a los problemas

cotidianos, son más flexibles y sociables, tienen una buena capacidad de auto-control y autonomía, presentan una adecuada autoestima y autoeficacia. Tienen una mayor capacidad de enfrentar constructivamente la competencia y aprender de los propios errores y son capaces de recurrir al apoyo de los adultos cuando es necesario. Su actitud orientada al futuro es positiva y optimista, tienen buen sentido del humor y destacan por su capacidad empática y un mayor coeficiente intelectual.

Nuestros niños son resilientes en la medida en que han sabido y podido sobrevivir, pero están muy lejos de poseer todas las capacidades que hemos enunciado anteriormente. **La adopción es la guía fundamental** que permite la posibilidad de convertirse en niños resilientes felices. Como padres adoptivos tenemos que ser realistas, el trauma puede repararse, a veces incluso de manera ventajosa, pero no es reversible, nunca será “como si no hubiera pasado nada”, han pasado muchas cosas y será el amor, la protección y el recurso de la palabra, la

posibilidad de poder expresar sin miedo sus sentimientos es lo que posibilitará que nuestros hijos encuentren el lugar en el mundo que les corresponde. Es el universo de la palabra y el amor el que producirá un efecto mariposa donde el cambio a algo mucho mejor será posible. Nuestra hija al encontrarse segura y protegida por nuestro amor nos pedía algo vital para ella: **“dejarme que os cuente mi historia para que se me olvide”**. Estas palabras tuyas nos impactaban porque era ella también la que guiaba su propio proceso resiliente y es porque subyace algo muy importante en el fondo y es el deseo importante de “querer ser como vosotros y de vosotros”. Nuestra hija con 6 años traía todo un relato vivo lleno de dramatismo y negrura que fue cambiando de color cuando se le decía: **“Hija adelante háblanos, tenemos toda la vida por delante para escucharte y tú tienes toda la vida por delante para hablarnos”**. A partir de ese relato nuestra hija pasó de oruga a mariposa multicolor, la metamorfosis mental y física se hizo posible.

Borys Cyrulnik en su libro “**Los patitos feos**” trabaja este concepto y explica muy bien como un niño herido no está condenado a convertirse en un adulto fracasado, ni un niño maltratado tiene porqué convertirse en un padre violento. En su libro nos ofrece también las guías de entendimiento de este proceso mental que se escapa de todos los desarrollos emocionales normales.

La adopción es una acción terapéutica en sí misma porque ofrece al niño el amor, la seguridad y la protección que necesitaba. El amor de los padres permite que se pongan en marcha **las guías fundamentales de la resiliencia que son el juego, la fantasía y la creatividad** como mecanismos que potencian el despegue hacia una vida feliz. Como padres vamos a ser los principales protagonistas de esta capacidad de escucha infinita, darle legitimidad e importancia a todo lo que nos cuentan, el poder contar, jugar y escenificar las cosas que le han sucedido es lo que permite crear los mecanismos mentales de recuperación hacia unos procesos de pensamientos sanos y saludables. Cyrulnik

habla de la **“escenificación del acontecimiento traumatizante”** como motor del proceso de lo que yo llamo esta **“metamorfosis mental”** que posibilita al niño entrar un en un mundo mucho más amable y atractivo para él. La negrura de su vida anterior da paso a un arcoíris multicolor de afectos y sentimientos positivos.

Nuestra hija a los 6 meses de estar con nosotros al ir a la cama iniciaba un juego que le causaba mucho placer. Se metía dentro de mi camiseta y decía: **“mami, digamos que yo nacía de ti”**. Ella dentro de mí , íbamos jugando juntas hacia la cama, escenificando el placer de sentirla dentro de mi cuerpo como una bebecita deseada y yo iba tocando su cabecita, sus brazos y hablando como anhelaba tener a ese bebé tan bonito y las ganas que tenía de que naciera. Una vez en la cama ella sacaba primero un brazo, luego otro y al final, la cabeza naciendo en un parto simbólico. Con gran alegría alborotábamos y reproducíamos el acontecimiento del **“nacimiento”**: Ohhhhhh, es una niñaaaaaaaaaa, hemos tenido una niña preciosaaaaaaaaa, y yo la acariciaba, la contaba los

deditos de la mano, de los pies y la llevaba hacia mis pechos acariciándola el pelo. Luego venía su papá a la cama a celebrar el gran acontecimiento del nacimiento. Entre los dos la poníamos el pijama y luego jugábamos a que tenía un mes, luego dos, luego tres, así hasta el año, y posteriormente un año, dos años y así hasta 6 años que se convertía en una niña mayor que ya sabía leer el cuento que le tocaba esa noche.

Aunque son niños mayores les encanta a jugar y a escenificar las cosas que les ocurren a los bebés y este juego es importante porque cuando juegan a ser bebés están recibiendo los cuidados que tanto necesitaron y no tuvieron, al sentir esos cuidados nosotros como padres estamos tejiendo un vínculo afectivo protector que impregnará en ellos un sentimiento de pertenencia y aferramiento emocional. Aparecerá en ellos **“las conductas de seducción”** de las que habla Cyrulnik y pasarán de ser niños abandonados a niños deseados: **“Si me quieren yo también puedo querer, ó más bien, si yo puedo querer es porque siento que**

soy deseado “por fin”. Estos momentos regresivos lejos de resultar patológicos, inadecuados ó inhibidores del crecimiento son los que posibilitan un crecimiento emocional armonioso y necesario. Nuestra hija los explica a su manera muy bien. **“Cuando soy mayor me hago pequeña, y cuando soy pequeña me hago mayor”**.

Esta escenificación teatral del acontecimiento traumatizante a nuestra hija le permitía sentirse miembro de nuestra familia, de nuestra vida y paradójicamente este juego infantil le permitía por las mañanas desarrollar todas las destrezas de aprendizaje en tiempo record porque sus procesos mentales empezaron a trabajar a toda máquina. Aprendió a leer, escribir y hacer sumas y restas en un tiempo record de cuatro meses. Empezó a dibujar, un proceso mental colapsado y paralizado hasta ese momento, y sus dibujos se fueron llenando de colorido y creatividad para poder expresar todos los sentimientos que la ahogaban y a los que no pudo dar salida en su vida anterior a la adopción.

La **fantasía** constituye el recurso interno más importante de la resiliencia. La posibilidad de ofrecerles un espacio protector y cálido donde ella pudiera hablar sin miedo a las represalias fue algo determinante para nuestra hija. Por desgracia ella siguió viviendo en el miedo durante ocho meses más en que tuvo que vivir en el hogar sustituto que la asignaron una vez retirada la custodia de su hogar biológico. El último día que estuvo con la madre sustituta esta le dijo: “Prométeme que no vas a contar nada de lo malo a tus papás”, ella dice que cruzó los dedos y le dijo que se lo prometía. Lo triste es que nuestra hija necesitó 6 meses para poder contarlo. Cuando en Colombia le propusimos hacer un regalo a esa familia como agradecimiento, aunque ella no se mostró muy efusiva, si lo permitió como estrategia, por si acaso nosotros la devolvíamos ella pudiera tener al menos un tanto a su favor para no recibir malos tratos nuevamente. Este es otro factor positivo de resiliencia: **“la capacidad de prever el futuro y actuar en relación a un fin”**. Es una inteligencia al servicio de la supervivencia y dotar de

palabra y sentido a toda su historia, ha permitido aumentar su autoestima y no sentirse ya una “cosa miserable y zarandeada”, sino una “persona dueña de su destino”. (Cyrulnik)

Nuestra hija como otros muchos niños de Colombia tenía nombres anglosajones y nosotros la pedimos permiso para traducirlos al castellano y que constara en la sentencia de adopción. Ella accedió gustosa por su deseo de agradarnos y aunque en Colombia la llamábamos según su nombre biológico, al llegar al aeropuerto de Madrid, ella ya se llamaba con su nombre en castellano. Cuando los conocidos le preguntaban cuál era su nombre ella respondía con su nombre adoptivo en castellano. El proceso de metamorfosis ya se estaba produciendo, actualmente un año y medio después ya “es otra niña muy diferente a la que llegó”. Eso es algo que los padres adoptivos observamos de una manera natural, este rápido y profundo cambio físico y emocional se produce gracias a que los mecanismos de la resiliencia se empiezan a poner en marcha. El uso de la palabra sin

miedo, el juego y la fantasía le permitirá a nuestra hija nacer día a día a su nueva identidad.

En Colombia los niños aprenden que la violencia es una de las formas de las relaciones humanas y nunca han aprendido a dominar esta emoción porque nunca nadie les hizo pensar en ella y por tanto ni se habla ni se escucha, solo se actúa. Es doloroso como padres adoptivos leer en los ojos de los niños la culpabilidad que sienten al creerse los causantes de su desgracia. Es algo propio a todo niño y más en ambientes donde la vida de un niño no tiene valor. Un niño privado de cariño es una niña que no posee nada y dar y regalar a un niño no querido es abrumarlo todavía más.

Nuestra hija se angustiaba al recibir regalos. Tuvieron que pasar muchos meses para recibir un regalo con alegría, y fue difícil el encuentro con la familia y los amigos en ese sentido porque todos venían cargados de regalos para ella como era normal. Sufríamos como

padres al darnos cuenta de que el regalo la culpabiliza, no se sentía merecedora de él. **“Sólo cuando el niño herido se convierte en el que da entonces experimenta un dulce sentimiento de felicidad (Cyrulnik)”**. Nuestra hija era feliz dando besos, abrazos y bonitas sonrisas a las personas que ella quería, pero ante el extraño se volvía huidiza, temerosa y se aferraba a nuestras piernas. Para ella su familia era la que ella conoció en las fotos del dossier que le enviamos a Colombia, y en las fotos que nos llevamos para que ella pudiera reconocer a la familia y amigos lo antes posible. Pero hubo momentos muy duros donde todos sufrimos por su angustia y entonces preferimos espaciar en el tiempo las presentaciones hasta que ella pudiera sentirlas como un momento gozoso y placentero. A los amigos y familia más comprensiva le pedimos que el mejor regalo, era “no hacer ningún regalo”. Estos niños se sienten resarcidos cuando son ellos los que dan y **“porque tienen una necesidad imperiosa de recibir amor, deciden darlo. (Cyrulnik)”**. Sólo cuando ella pudo dar besos con placer, decidimos presentarle a la familia que tan deseosa estaba de darle todo lo que ella se merecía y

más. Ella empezó entonces a recibir sus regalos con gran alegría y satisfacción.

Cambiar esto supone un proceso lento pero exitoso siempre, es cuestión de saber esperar. Una adaptación demasiado buena y rápida no es una prueba de resiliencia. **“La urgencia del relato es una necesidad, es una de las claves de la psicología del superviviente. (Cyrulnik)”**. y por tanto hay que poder soportar ese discurso que los niños traen porque lo que nos traemos de Colombia, no son niños, sino “héroes heridos” y hay que sanar sus heridas antes de presentarles a una sociedad que de entrada les admira y les acepta pero no les comprende. Durante los primeros meses nos sentíamos como familia como extraterrestres. Veníamos de otro mundo, de otra galaxia, de otro espacio temporal y físico. La familia y amigos estaban deseosos de “oir” pero no quisieron “escuchar” nuestro discurso lleno de dolor y emoción. Solo los padres adoptivos, nuestra otra familia, podía entender por lo que habíamos pasado y cómo nos sentíamos ante la tarea enorme que

teníamos por delante. Convertirnos en familia está siendo una aventura dura pero fascinante, extraña y entrañable al mismo tiempo. Nos queremos, estamos juntos en este proceso y luchamos día a día para conquistar nuestra felicidad.

El **ambiente familiar facilitador** que harán posible la aparición de las guías de la resiliencia sería el siguiente:

1. Adultos protectores, responsables y atentos a necesidades de los niños, con capacidad de escucha y actitud muy cálida. Es importante que expresen su apoyo incondicional de manera que favorezca en los niños un sentimiento de seguridad y confianza en sí mismos y en el vínculo que se está estableciendo.

2. Normas y reglas claras. Límites muy bien definidos, firmeza pero donde el amor y el

respeto hacia la autoridad y hacia todos los miembros de la familia sea el estilo de vida de la familia.

3. Apoyo incondicional también entre los miembros de la pareja lo que implica también responsabilidades compartidas en el hogar. Un hogar y una pareja de padres estables, maduros y muy fuertes con unas rutinas de vida cotidiana sencilla y predecible.

4. Apoyo de los padres en las actividades escolares de los hijos.

5. Expectativas positivas y realistas de los padres sobre el futuro de los hijos.

Voy a detenerme en los dos últimos puntos. Como padres todos deseamos que nuestros hijos sean los mejores, los más listos, los que saquen mejores notas,

pero como padres adoptivos responsables tenemos que adaptarnos a las características de nuestros hijos y a la realidad. Cuando supimos en Junio de 2011 cómo era nuestra hija nos pusimos a buscar colegio inmediatamente. Cuando llegamos en Octubre tuvimos que pedir plaza a través de la Comisión de Escolarización. Afortunadamente nos dieron el colegio que elegimos: “un colegio concertado, religioso, multirracial y lo más cercano a casa posible”. Nuestra hija en ese aspecto quedó integrada sin ningún problema, no notó diferencia en el trato por sus rasgos físicos, había muchísimos niños igual a ella. Su profesora era y es una mujer exigente pero cálida, me pidió información sobre la niña para poder ayudarla lo mejor posible y yo conté lo que pude y “lo que no debía” también porque la ansiedad que traía por todo lo vivido era muy fuerte. Gracias a Dios era y es una mujer muy discreta que también como madre supo ponerse en mi lugar y entender la complejidad de nuestra situación. Hemos colaborado con ella en estos dos primeros años, hemos hecho las cosas que nos ha sugerido, nos comunicamos por email y el resultado no ha podido ser más positivo para nuestra hija. Aprobó

Primero de Primaria sin problemas, actualmente cursa Segundo con la misma profesora.

Escolarmente el aprendizaje ha sido bastante rápido pero su padre y yo hemos pasado horas y horas con ella haciendo deberes. Tardamos 8 meses en detectar una deficiencia visual seria que ella compensaba con otras habilidades, como todo en su vida. El día que le pusimos gafas lo que nuestra hija decía asombrada era: “mamá que bonito es el mundo, cuántos colores”. Es una niña muy inteligente, es una trabajadora nata, constante, voluntariosa, no tiene pereza, para ella lo primero son los deberes y luego el juego, sabe bien que tiene que coger el ritmo de sus compañeros y tiene una voluntad y un amor propio increíble. Nuestra hija aprende con rapidez, es una niña despierta y muy inteligente pero obviamente su condición hace le cueste seguir el ritmo de los demás niños. Todo por lo que hemos pasado ha tenido una secuencia lógica y nuestra hija lo explica muy bien: “los demás niños han tenido siempre padres y colegio y para mi todo es nuevo”.

A nuestra hija le hemos exigimos siempre que en clase tuviera un buen comportamiento, que tratara bien a los niños y a sus profesoras, pero no hemos sido exigentes a nivel académico. Sabíamos lo mucho que la agobiaban los horarios escolares, las normas, la presión por aprender rápido, ella se sentía muy mal siendo la última de la clase, por eso al dejarla en el colegio y despedirme de ella siempre le decía lo mismo: “pásalo bien hija”, lo más importante es que en ese día hiciera lo posible por disfrutar. Obviamente esto no siempre sucedía porque tenía muchas dificultades escolares y sociales.

El primer año fue muy duro para ella, no conseguía conectar con las niñas, y en el recreo se limitaba a los juegos de “pilla pilla” con los niños, jugaba con ellos a los empujones, al fútbol ó simplemente a correr, pero el juego elaborado de las niñas, con sus normas y esas complicidades femeninas, a nuestra hija le resultaba imposible seguir su ritmo, no las entendía y por tanto “era

rechazada” por ellas. Ella quería tener amigas y no le resultaba nada fácil. De su padre surgió apuntarla a Karate porque los niños “líderes” de su clase lo practicaban y fue un éxito porque por su fuerza y forma física ahí si empezó a destacar con lo cual fue aceptada de inmediata al menos en el grupo de niños. Ahora en Segundo tiene el mismo ritmo de la clase, académicamente su padre y yo la apoyamos y hacemos con ella todas las tareas, con aprobar nos sentimos satisfechos los tres. Para nosotros, todo lo que ella ha conseguido en este escaso año y medio es de “Matrícula de Honor”. Ha conseguido tener buenas amigas e incluso dos niñas de su clase se apuntaron a karate por su buena influencia y las tres son muy buenas amigas.

Para finalizar este capítulo utilizo unas palabras que utiliza Cyrulnik para describir a estos niños : “Su genialidad no es un don, es su victoria, lo banal desaparece cuando se ha conocido lo extremo ”, nosotros como padres y ellos como hijos lo sabemos bien. Convertirlos en niños resilientes felices es nuestra misión

como padres adoptivos. Cuando mi hija tiene un mal día, está enfadada ó se siente triste viene a mí y me dice: “mami dame un abrazo de esos que lo curan todo”. En ese momento las dos dejamos de ser patitos feos para convertirnos en cisnes.

Boris Cyulnik: “Los patitos feos”. Editorial Gedisa.

¿DE VERDAD TU QUIERES A TU HIJA?

SOBRE CÓMO SE CONSTRUYÓ EL DESEO PARA ADOPTAR A NUESTRA HIJA.

A los tres meses de estar en casa con mi hija, una conocida me dijo si me podía hacer una pregunta sobre la adopción e ingenuamente le dije que sí. ¿De verdad tú quieres a la niña?, me preguntó. ¿Se imaginan ustedes cómo se me quedaron los ojos?.

Si esa pregunta me la hubieran hecho tres meses antes de la adopción, con toda la tensión que tenía dentro, esta persona y yo habríamos llegado a las manos porque directamente la habría sacudido una torta, pero desde la serenidad que ya da el tener a tu hija en tu casa,

protegida y querida, salí del pequeño shock emocional que me produjo la pregunta y le dije: “Por mi hija yo daría la vida, ¿esto contesta tu curiosidad?”.

Esta mujer se disculpó nuevamente por si me había ofendido su pregunta pero me fui calmando cuando me contó con sinceridad y con humedad en los ojos como ella había pensado mucho en adoptar un hijo pero en el fondo había “algo” dentro de ella que le hacía sentir que no sería capaz de querer a un niño que no tuviera sus genes y casi entre lágrimas me explicaba que se sentía muy culpable y con mucho malestar por ello. Me decía que era admirable lo que los padres adoptivos hacíamos por estos niños y reconocía que ella no podría superar la barrera de la genética, la maternidad sería una frustración que arrastraría toda la vida. Por otro lado le asustaba mucho adoptar a un niño con tanta edad, no se sentía con fuerzas para ello.

Sentí compasión por esta mujer y la animé a seguir trabajando internamente en ese deseo de hijo. La invité a tomar un café para contarla que a mi marido y a mí nos costó un trabajo familiar de más de 15 años tomar esta decisión. Entendía perfectamente su dolor, ese “algo” que ella explicaba, no era otra cosa que miedo. Le conté nuestra historia y también se la quiero contar a ustedes por si nuestra experiencia es de ayuda a los padres que están planteándose adoptar y se encuentran en este dilema.

Para empezar, les digo no hay nada fácil en un proceso de adopción, no es fácil la tramitación burocrática, no es fácil criar a estos niños, educarlos y entenderlos pero lo que sí es muy fácil es quererlos. Les aseguro que también es muy fácil que los hijos quieran a los padres, son niños que están “deseando” querer antes que ser queridos. En el fondo de una adopción lo que hay es mucho amor, y este es un potente aliado tanto para ellos como hijos, como para nosotros como padres cuando surgen las dificultades. En un hogar donde hay

amor, comprensión, tolerancia y respeto mutuo “todo es posible y maravilloso”. Pero la adopción está llena de momentos duros, dolorosos y de absoluto desconcierto que se superan hablando, escuchando y abrazando a tu hijo unas veces, otras poniendo límites y la mayoría ofreciendo el cariño y la serenidad que nunca tuvieron.

Otro mito que quiero desterrar es que una adopción no se hace por “generosidad” como se suele escuchar en la calle, se hace por amor, simple, sencillo y maravilloso amor. El proceso de adopción es la experiencia emocional más fuerte que he vivido en mi vida, tanto en sus aspectos positivos como negativos, pero también es lo más grande, lo más importante y de lo que más orgullosa me siento. Los tres lo hemos conseguido superar muchas cosas y nos merecemos ser felices como familia.

Este texto va para aquellas personas que en este momento están planteándose la posibilidad de adoptar y

preguntándose si pueden construir el deseo necesario que todo niño adoptado necesita . Si estas palabras les ayudan a entender qué significa esto me sentiré también muy feliz. En ese tejido emocional no puede haber agujeros, tiene que ser un tejido fuerte, consistente y a prueba de roturas porque los momentos malos llegan y si este tejido es resistente se superan y el vínculo sale fortalecido, pero si no lo es, el niño queda desprotegido y el daño para él será irreparable. Esto también hay que contarlo. Un niño adoptado puede superar un abandono, dos es muy difícil. La adopción no es un juego de niños, está en juego la vida de tres personas, pero sobre todo está en juego la vida de un niño indefenso.

La frase: “se busca una familia para un niño” está llena de sentido porque es al niño al que hay que proteger y sobre todo, es el niño el que tiene “derecho a tener una familia” que le quiera y le de seguridad. Tener un hijo es un deseo legítimo en toda persona adulta, pero no “es un derecho”, más bien es un “privilegio” y hay que saber y poder estar a la altura de lo que este niño necesita. En

definitiva, un hijo adoptado “no se devuelve” como no se devuelve un hijo biológico y quienes lo hacen deben acatarse a las consecuencias legales que este hecho supone. El Certificado de Idoneidad tiene un sentido y por duro que sea, hay que someterse a él. Si el deseo de entrada para uno mismo no está claro, no deben iniciar un proceso de adopción. Profesionalmente me he tenido que enfrentar a situaciones donde el hijo adoptado es “rechazado” por sus padres adoptivos porque no cumplía la expectativa narcisista de los padres. Un hijo adoptado no es “el hijo ideal” por mucha frustración que un padre sienta al no poder tener hijos biológicos y es por eso que este artículo me parece más que oportuno y perdónenme si me extiendo en él. Conozco familias que tuvieron un Certificado de Idoneidad negativo y por doloroso que eso fue en un primer momento, les ayudó a trabajar ese deseo y en un segundo intento lo consiguieron y hoy son padres adoptivos felices. Otros tuvieron un CI negativo por la poca pericia del profesional al realizarlo, de eso también hay, pero eso es menos grave porque hay posibilidades de recurrir y pedir la valoración de otro profesional. A nosotros tejer ese tejido protector, esa red de amor de

nuestra hija nos costó mucho trabajo, esfuerzo y sufrimiento pero lo conseguimos, tardamos 20 años en ser padres y eso es lo que les quiero contar.

El día que un famoso ginecólogo nos dijo que yo no podía tener hijos biológicos por mi esterilidad y que mejor sería que empezáramos a pensar en la adopción como forma de ser padres nos derrumbamos. No hubo tacto, ni sensibilidad, ni una pizca de empatía por unos jóvenes de apenas 28 años que estaban doloridos y acongojados porque biológicamente no podían ser padres como ellos habían soñado siempre. En ningún momento de nuestra vida de pareja se nos había pasado por la cabeza que no pudiéramos tener hijos biológicos. Mi marido soñaba con tener 8 ó 9 y la idea de la paternidad nos unía como pareja. Nosotros éramos los padres ideales, los tíos maravillosos, los hijos siempre pendientes de las necesidades de nuestros padres, nunca pensamos en la posibilidad de ser estériles e incapaces de procrear. Esa tarde yo tenía claro entre lágrimas que yo podía ser una buena madre adoptiva pero mi marido dijo que había que

agotar la vía biológica primero y nos pusimos en manos de las técnicas de fecundación asistida. Su deseo era tan respetable como el mío. Todo salió mal.

Quiero explicar aquí la diferencia entre esterilidad e infertilidad porque no es lo mismo. Nosotros éramos estériles, es decir, en nuestro caso yo no podía concebir hijos por causas físicas en mi sistema reproductor. Pero hay muchas parejas que son infértiles, es decir, no hay causa física que explique la imposibilidad de embarazo pero este no se produce. Es por eso que parejas que todos conocemos después de una adopción se han quedado embarazados. Nuestro caso no era ese, mi sistema ginecológico hacía aguas por todas partes.

No quiero recordar esa época, ni escribirla ni contarla, me agota, me cansa. El resumen trágico es que quedamos arruinados económicamente, agotados emocionalmente y mi cuerpo dañado por las secuelas que me produjo la medicación hormonal. Volví a insistir en

qué yo quería adoptar un hijo para librarme de la tortura que suponía para nosotros pervertir nuestra sexualidad con horarios y fechas fijas, hormonas, pinchazos y todos los etcéteras que ustedes por desgracia conocen a la perfección. En esa época yo quería un hijo adoptado porque mi frustración por no poder ser madre me arrastraba hacia los abismos de la depresión. Quería ser madre porque si, porque todo el mundo tenía hijos y yo no. Lo quería y lo quería!.....sin pensar en nada más.

Mi marido mucho más sensato y objetivo, entre lágrimas unas veces, entre gritos otras y con la misma culpabilidad en los ojos que esta señora que ahora tenía delante, me decía que lo sentía infinitamente pero que “algo” dentro de él le hacía sentir que no sería capaz de querer a un hijo adoptado. Yo no entendía nada, la ansiedad por un hijo me impedía pensar. ¿Pero si él era el padre ideal, el marido ideal, el hijo ideal, cómo era posible que ahora no quisiera adoptar?. Si mi marido es una persona libre de prejuicio racial, un ser tierno y cariñoso hecho para ser padre de 8 ó 9 hijos, como él

decía entre risas cuando éramos novios “máximo ocho, mínimo nueve”. Fueron años terribles para los dos. Estábamos hechos un lio, yo sentía como un fuego irracional mi deseo de ser madre pero mi marido aceptaba con resignación y mucha tristeza también que no iba a ser padre y que la vida había que vivirla lo más feliz posible, pero no éramos capaces de serlo.

Durante años odié esa parte de mi marido que le impedía adoptar. Sabía que le amaba porque siempre nos hemos querido con locura, así que precisamente por ese amor que nos teníamos nos pusimos en terapia de pareja para entender qué nos estaba pasando. Había días que yo le odiaba “todo entero” , y él odiaba en mí la incapacidad para poder entenderle y el deseo “obsesivo” de tener un hijo. Por amor él me decía que vale, que si, que adoptábamos. Si tener un hijo era tan importante para mí, que venga, que echara los papeles y yo contestaba siempre que no, que así yo no quería adoptar, que tenía que haber un deseo profundo en él hacia un hijo porque el perjudicado de

esta falta de deseo sería en primer lugar el niño. Yo no quería eso ni para mi futuro hijo, ni para mi marido, ni para mí.

Nos tiramos años de terapia de pareja aprendiendo uno del otro y elaborando el duelo que suponía para nosotros no poder tener hijos biológicos. Yo entendí el dolor y la impotencia que mi marido sentía dentro de sí, la culpa que le proporcionaba decepcionarme de esa manera. El entendió también la rabia que yo tenía dentro de mí ante su negativa, pero los dos teníamos una cosa clara, nuestra pareja estaba por encima de todo. Nuestro amor era sincero y teníamos que aceptarnos tal cuál éramos, pero sobre todo teníamos que aceptar nuestra imposibilidad de ser padres biológicos.

Los años fueron pasando atareados en nuestros quehaceres profesionales y personales. Conseguimos serenidad y estabilidad, ambos teníamos una vida rica en todos los aspectos y un día de verano que recordaré toda

mi vida, haciendo una paella para una comida familiar, mi marido llegó a casa y me dijo: “quiero adoptar un hijo, me ha llegado el momento, lo he sabido hoy ”. Ni le escuché, seguí con mi paella. “Pon la mesa” , fue lo único que le pude decir.

Ese día en el campo de vuelo de aviones de aeromodelos, el hobby de mi marido, un amigo de la infancia se presentó con su hija de 5 años. Era una niña de raza negra. No sé qué le pasó aquel día, ni él mismo lo sabe, sólo que esa niña le pareció un ser maravilloso y especial digno de ser amado no solo por su padre sino por todo el mundo. Ese día mi marido llegó a casa lleno de ternura y quería un hijo, lo quería ya!

Bueno, ¿qué me dices?, me preguntó. No dije nada, no podía hablar, me quedé helada, petrificada, y tampoco sé qué me pasó aquel día, llevaba años esperando ese momento y me quedé sin palabras.

Durante años hice un camino de vuelta del deseo de maternidad, me volqué en mi profesión y en el cuidado de mis padres. Era una mujer de 40 años con una amplia, variada y divertida vida social. No teníamos problemas económicos, estábamos bien como estábamos. ¿Un hijo? ¿Con cuarenta y pico de años? La paella salió asquerosa, el arroz se pasó, y eso fue lo que yo pensé ese día. Comimos con mi padre y por las tarde nos fuimos a pasear.

Mi marido era todo entusiasmo, convencimiento y absoluta seguridad de que él sería el buen padre que todo niño necesita. Escuché su charla cabizbaja, ausente y con culpa nuevamente porque yo sabía que él esperaba de mi otra respuesta, le dije que me diera un año de tiempo, que lo tenía que pensar, qué quizás no era el momento, que estaba hecha un lio, que su deseo me había pillado por sorpresa y que por favor no me odiará con la misma intensidad con que le había odiado yo años atrás.

Comprensivo me dijo que en un año retomaríamos el tema. Ahora sé que precisamente por eso, porque habíamos logrado lo que nos había costado tanto esfuerzo, convertirnos en una buena pareja, fuerte, estable, serena y estabilizada surgió el deseo en mi marido con una fuerza que me admiraba. Pero para mí, era como volver “otra vez a empezar”. Un hijo, ¿ahora?. Me lo tenía que pensar. Me daba miedo la edad, me daba miedo perder la estabilidad y el bienestar que tanto nos había costado adquirir, me daba miedo “todo” así que era un trato justo, si yo había esperado él ahora también. No hubo reproches, nos prometimos que fuera cual fuera la decisión a tomar seguiríamos tan felices como lo éramos ahora.

En ese año yo sola volví a mi terapeuta, estuve analizando qué me había pasado y porqué el deseo que era casi un incendio cuando tenía 30 años, ahora a los 40 tenía apenas unos rescoldos. ¿Qué le había pasado a mi reloj biológico, psicológico y existencial?. ¿En qué punto yo perdí el deseo por un hijo?. Ser madre con 44 ó 45

años me asustaba. Ese año fue un año tranquilo de reflexión.

Pero lo que es la vida, además de un maravilloso y comprensivo marido yo en ese año tenía un padre muy querido, pero muy pesado, hostigoso y martirizador que me decía que nunca era tarde para tener un hijo, que yo sería la madre ideal, que mi vida cambiaría para bien con un hijo, que la vida sin hijos no es la misma y día a día me martilleaba con : “adoptá un hijo, hazlo, no seas cobarde”. No hacía falta que mi marido me diera el “coñazo”, para eso ya tenía a mi padre y él desde su experiencia de padre y desde el conocimiento que tenía de todo nuestro proceso sabía muy bien qué nos pasaba. El “no seas cobarde” me fastidiaba porque era verdad. Yo, Magdalena la “Psicóloga” tenía miedo. Y entre el silencio de mi marido y la tenacidad de mi padre surgió nuevamente el deseo. Más bien, “desapareció” el miedo porque el deseo siempre estuvo, pero el miedo es un compañero fiel que te arrastra a los abismos más profundos. En 21 de Junio de 2006 empezamos la

tramitación con la Comunidad de Madrid. Fueron momentos de absoluta felicidad, para nosotros y también para mi padre.

El resto ya lo he contado en otro capítulo. Vivimos la tramitación de los primeros documentos con una ilusión grandísima, pero luego la espera fue durísima, y digo con sinceridad que si tengo un hija preciosa es porque mi marido me “preñó de paciencia, de tesón y de fortaleza”. Si ese tejido de deseo del que hablo no hubiera sido fuerte y muy resistente no habríamos sobrevivido a tanto sufrimiento. Al final fue el destino quien puso las cosas en su sitio. Mi hija llegó cuando mi padre quiso, él se fue a por ella, es lo que le decimos a nuestra hija y mi marido y yo así lo creemos también.

Sin deseo no se puede tener un hijo. Por su propio bien, por el nuestro, por el de todos. Mi hija fue deseada durante 20 años y fuimos padres con 48 y 49 años. Nos turnamos en el deseo eso sí. Mis padres siempre

quisieron que adoptara, mis suegros estaban más reticentes, más precavidos, más temerosos de que pudiéramos ser felices adoptando a un niño tan mayor. Ahora mi hija disfruta de unos abuelos paternos que la adoran y ella sabe que en el cielo están otros dos abuelos que la protegieron, la supieron guiar hasta nosotros y la protegerán siempre. La familia se asombra de que una niña adoptada con 6 años tenga la necesidad de familia que ella tiene . Todo el mundo se asombra de su cariño, de su ternura, su simpatía, su alegría , sus ganas de vivir y su felicidad al estar con todos nosotros. Le encanta estar rodeada de su familia, lo disfruta, lo goza, lo necesita.

 Mi padre se marchó en el momento oportuno porque me quiso dejar libre el camino hacia la maternidad, ya le había dedicado mucho tiempo de mi vida, ahora me tocaba ser madre y disfrutar de la hija más maravillosa del mundo. ¿Qué le voy a decir a ustedes de mi hija?. Pues que es un ángel del cielo que mi padre nos envió porque él murió feliz sabiendo que su hija y su querido yerno

habían superado el miedo e iban a ser padres por fin. Por nuestra hija daríamos la vida, como mi padre la dio por su nieta más querida.

LAS LAGRIMAS NOS FORTALECEN.

IDEAS PARA SOPORTAR LA LARGA ESPERA DEL PROCESOS DE ADOPCION EN COLOMBIA.

No creo que nadie encuentre el sentido ni la lógica a esperar cuatro, cinco ó seis años para adoptar a un hijo, pero la burocracia esa así. Lo primero que me dijo una madre adoptiva en Colombia cuando nos conocimos fue: “¿Habéis llorado mucho?. Pues guardar las fuerzas que todavía no habéis empezado a llorar de verdad”. Esta frase me impactó por su crudeza, pero era cierto, ya llevábamos dos años y medio de espera, habíamos derramado muchas lágrimas pero todavía no habíamos empezado a llorar de verdad.

Cuándo presentamos la solicitud para adoptar a nuestra hija, no podíamos imaginar siquiera que íbamos a tener por delante 5,2 años de larguísima espera. Adoptábamos ilusionados con la convicción de que el proceso iba a ser largo, duro, y lento, es decir un plazo de dos años como los embarazos de los elefantes. Yo ya me sentía una mamá elefante y en dos veranos tendríamos a nuestro elefantito .Pero no fue así. No éramos elefantes, sino dinosaurios y enfrentarnos a la espera fue duro, cruel y muy doloroso. No entiendo como en ningún texto que leí sobre adopción nadie dedicó un tiempo a explicar cómo sobrellevar una espera de 5 años para tener un hijo. Un lustro entero, un ciclo de vida dedicado a esperar y no a vivir. Sólo los padres que hemos vivido esto sabemos de qué hablamos.

De todos los libros que leí, los que más me gustaron fueron los libros escritos por padres que contaron cómo fue su experiencia con su proceso de

adopción, es por eso que yo quiero contar la nuestra con la esperanza de poder ayudar a padres que en estos momentos estén sufriendo como lo hicimos nosotros. La espera para nuestra adopción supuso una **montaña rusa emocional** llena de momentos extremadamente duros donde sólo cabía la rabia, la impotencia y el llanto, pero también momentos de superación, de alegría, de unión y de amor en definitiva por un hijo al que no íbamos abandonar a pesar de todo. Nuestra hija llegó en el momento justo, exacto y apropiado. Ahora, meses después, sabemos que todo fue por una razón, pero mientras lo vivíamos por mucho que los demás nos decían que cuando tuviéramos a nuestra hija lo olvidaríamos todo, yo me sigo manteniendo firme para decir que no podré olvidar lo que sentí en esos cinco años, lo que si podré será aceptarlo, como tampoco creo que nunca pueda olvidar nuestra hija los 5 años y 11 meses que pasó de calvario esperando ser querida y cuidada por unos buenos padres como todo niño necesita.

Quiero empezar a contar todo más ó menos cronológicamente. En Junio de 2006 empezamos a tramitar con la Comunidad de Madrid y entramos en lista de espera en Colombia el 27 de Diciembre de 2007. El encuentro con nuestra hija fue el 18 de Agosto de 2011. Estas fechas se que sólo tienen sentido para los padres que están esperando una adopción con Colombia pero en otros países también pasa algo parecido, este texto va para todos, quiero contarles qué hicimos nosotros y cómo lo vivimos con la intención de que en este relato encuentren las fuerzas y recursos necesarios para no abandonar, para seguir luchando porque el camino, por duro que sea, tiene una fecha final y su hijo les espera en Colombia ó en ese último rincón del mundo dónde se encuentre.

Desde el comienzo nuestro expediente se topó con errores burocráticos que en nuestro caso suponían meses y meses de retraso. Conseguir controlar el curso de un

expediente de adopción fue una tarea propia de Sherlock Holmes, con la lupa en mano para que ninguna fecha, ningún nombre ó dato estuviera fuera de su lugar. Aún así fue imposible, se cometieron mil y una torpezas porque es imposible controlar el trabajo de muchas personas y mi hija llegó el día exacto con una puntualidad certera porque como me decía mi abogada colombiana, el destino ya estaba escrito. Y así fue.

Colombia es **realismo mágico** eso lo sé por García Márquez y por mi adopción. ¿Cómo es posible que después de 20 años de matrimonio y cinco años de espera, nos asignaran a nuestra hija el día después de la muerte de mi padre?. Aviso que el relato pone los pelos de punta a cualquiera, incluida a mi misma que lo estoy escribiendo.

En Mayo de 2010 entramos en la Regional de Bogotá. Fueron momentos felices porque suponíamos que la asignación estaba cerca pero no fue así.La

asignación no tardó unos días, sino que tardo 11 meses más, el tiempo exacto que mi padre estuvo ingresado y que falleció. Sin duda ese tiempo fue el peor de mi vida, el más largo, doloroso y difícil. Pero sucedió el milagro ó el destino simplemente escribía con renglones torcidos lo que debía ser. Mi padre falleció el dia 9 de Junio y nos asignaron a mi hija el dia 10 de Junio. Lloramos, lloramos y lloramos por mi padre y por mi hija, porque ya nunca se conocerían, pero cuando vimos a nuestra mi hija no tuvimos otra cosa que mirar al cielo y decir: “gracias papá porque esta niña sabemos que nos la has enviado tú”.

Nuestra hija tiene el carácter, la inteligencia, las expresiones y la forma de ser de mi padre. Mi marido y yo nos reímos asombrados y perplejos cuando vemos que tiene los mismos gestos, hace las mismas bromas, le gustan las mismas comidas e incluso utiliza expresiones de mi padre. Por increíble y alucinante que parezca es su vivo retrato, tanto en sus virtudes como en sus defectos. A mi hija le decimos muchas veces que ella pertenecía a nuestra familia desde siempre, solo que el destino nos

jugó una mala pasada y ella nació en la otra parte del mundo, es por eso que tuvo que ir su abuelo a enderezarlo todo y ella las escucha con evidente placer porque la llenan de seguridad y orgullo. Hemos construido un mito familiar para ella y ha sido muy bien aceptado por su parte.

Pero, ¿qué hicimos en esos 5 años de espera?, eso es lo que quiero contar por si les sirve de ayuda. El primer año, entre la ilusión, los papeles, y los trámites se nos pasó volando. El segundo fue algo más duro porque fue cuando descubrimos que esto de adoptar tiene su “intrínquilis”. Lo que parecía todo facilidades se ponía complicado cuando Colombia te paraliza un expediente nueve meses porque una fecha de un Certificado de Penales no es la correcta “según ellos”. El tercer año fue el encontronazo con la realidad. La adopción no sería ese año, ni el siguiente, nos íbamos a los cinco años con mucha suerte. La encrucijada fue terrible ó seguíamos ó abandonábamos. Ese verano fue horroroso porque la familia y los amigos, ya empezaban a presionar, nosotros

callados con la mirada baja y tratando de eludir a todos como forma de eludir nuestro propio dolor: "Por favor que no nos preguntara nadie nada", nos refugiamos en nuestra sombra y nos apartamos del mundo para que nadie hiciera la temida pregunta de: "¿y cuándo os dan a la niña?". "No sabemos", contestábamos y a llorar por los rincones, pero tratando de mantener una sonrisa fingida. Escribimos cartas a varios periódicos y LA RAZÓN nos publicó una de ellas. Me dio el recorte una tía que ya pensaba para sus adentros que no lo conseguiríamos nunca y me pedía que me resignara y aceptara que no podíamos tener hijos, ni siquiera por esta vía, pero era muy doloroso comprobar que íbamos perdiendo apoyos y fuerza.

Algo dentro de mi me impedía resignarme así que al tercer año me puse manos a la obra, fuera lágrimas y algo de actividad. En primer lugar compré un cuaderno precioso que convertí en mi diario. Lo titulé "Diario de una espera" y ahí escribía como me sentía, cuáles eran mis deseos con respecto a la adopción y sobre todo empecé a

escribirle a mi futuro hijo/a. Esto me ayudó mucho a sentirme ya madre de una hija que existía dentro de mí y con la que hablaba y le contaba mis cosas, mis alegrías, mis tristezas y mis anhelos. Este diario ahora tiene un valor fundamental para la vida de mi hija porque ella continuamente pregunta: “¿y cuándo yo no estaba qué hacíais?”. Voy a mi diario y le leo, a mi hija eso le encanta, le fascina y sobre todo le hace ser plenamente consciente de cuanto la deseábamos, y cuál fue nuestra lucha por conseguirla. En este año también me dio por las manualidades, empecé a hacer pulseras de cuentas de colores, de cuero, de perlas y piedras semipreciosas. Me hice una artista de la bisutería y regalé pulseras a todo el mundo. Tener las manos ocupadas me calmaba la ansiedad.

La segunda cosa que hice fue buscar padres adoptivos con “San Internet”, y conecté con foros y Chat de padres que adoptaban en Colombia. Fue fantástico, genial, maravilloso encontrar a estas madres y padres, con ellas pude compartir miedos, dudas, temores y pero

sobre todo compartir la misma experiencia de dolor, sufrimiento pero también de anhelo y deseo firme de querer ser padres de un hijo adoptado. Entre unos y otros nos solucionábamos los trámites, los aclarábamos, dudas, miedos...etc. Hice amigos que más que amigos son “familia”, nuestra “otra familia” porque todos celebrábamos la venida de un nuevo niño, nos unía también la fuerza, el apoyo y el cariño que nos brindábamos.

El cuarto año se pasó también así, viajando a conocer a padres por toda España y pasando tardes enteras dándole a la tecla conectada al Chat, al Messenger ó Faceebok, la cuestión era matar el tiempo, las tardes se hicieron más soportables. Ese quinto año fue dramático, mi padre con demencia senil y nosotros enloquecidos porque no entendíamos cómo el destino y la vida podían ser tan crueles con nosotros. Sentíamos con una punzada en el pecho que quizás el destino ó la vida nos decía que a lo mejor no estábamos preparados todavía para afrontar la paternidad, pero sí nos sentíamos padres de nuestra hija en aquel momento, el mundo se

volvió de color negro. Los amigos desaparecieron porque los echamos de nuestras vidas. Ese año tuvimos tanto mi marido como yo cólicos nefríticos, el dolor más parecido a un parto. El día a día era terrible, en los últimos meses yo sufrí de intensas migrañas porque el dolor y la tensión era insostenible, mi marido quedó paralizado, era difícil concentrarse en el trabajo, lo abandonamos yo me di de baja por cefaleas tensionales y mi marido que era autónomo paralizó toda actividad. Estábamos derrumbados, deprimidos y planteándonos abandonar. Fue angustioso. Pero resistimos y salimos a flote.

Algo muy dentro nos impedía renunciar a un sentimiento de amor profundísimo hacia un hijo que sabíamos nos esperaba al otro lado del mar. Yo tenía sensaciones extrañísimas en mi cuerpo y en mi cabeza. Me convertí en una **mamá oceánica**. Por las noches soñaba que sobrevolaba el océano e iba a hachazo limpio por la selva colombiana buscando a mi hija, ó que íbamos en un coche todoterreno por los caminos inundados de Colombia de pueblo en pueblo llenos de barro

buscándola. Por el día decía que abandonaba y por la noche soñaba con cómo hacer algo para conseguirla, así que seguimos luchando, pero nos tuvimos que poner los dos en un tratamiento psicológico de parejas porque habíamos perdido el norte y andábamos perdidos, de esta forma conseguimos retomar el rumbo y el timón de nuestras vidas.

A los seis meses de estar en la Regional de Bogotá cambiamos a Cundinamarca, nos marchamos a buscar en la zona rural porque un día me di cuenta que llevaba trabajando veinte años con personas que vivían en la calle Cundinamarca, Zipaquirá, Tolima, Choconta, etc....asi que lo tomé como una señal del nuevo rumbo a tomar y con la autorización de Berta Ligia hicimos el cambio, nos sentimos aliviados. Esperamos otros 6 meses más pero mereció la pena.

En este quinto año fue vital para mí mantener correspondencia con una madre en la otra punta de

España, en Galicia, de nuevo el ordenador era mi aliado, pero abandoné mis contactos de Chat y foros porque eso ahora me hacía mucho daño. Se volvió contra mí, todo el mundo había conseguido a sus hijos y yo seguía esperando. Nos quedamos solos y desesperados acompañados únicamente de estos padres gallegos que estaban igual que nosotros. La familia y los amigos daban por supuesto que no lo conseguiríamos, que era una lucha inútil y nos pedían por favor que abandonáramos antes de que nuestra salud se viera resentida definitivamente. Una hija no nos podía costar la vida. “Con lo bien que estábamos como pareja nadie entendía muy bien por qué queríamos buscar problemas”.

Los abogados estaban igual de desesperados que nosotros, entiendo que no supieran que decirme, ni yo misma sabía que decirme. Mantuve semanalmente correspondencia con mi abogada colombiana, le conté mi vida en verso y ella estuvo siempre ahí consolando. No podré olvidar nunca a esta maravillosa mujer. Los abogados españoles tuvieron peor suerte, ellos

aguantaron estoicamente mis amargos y despreciativos correos, les hacía culpables de mi desgracia y quería hacerles sentir lo mal que yo me sentía . Amablemente ellos nunca me respondieron y espero que me perdonen algún día porque fuí bastante cruel. Mi marido me decía: “no les habrás dicho eso” y se asustaba cuando le mostraba el email y comprobaba que sí. Estaba encolerizada, llena de rabia y de desesperación. Alguien tenía que tener la culpa de todo lo que nos estaba sucediendo. Vaya “mierda” de destino el nuestro.

Mis abogadas colombianas me pidieron que me pusiera a hacer manualidades y a eso me puse. Me decían que no podíamos abandonar, que todos eran un equipo que estaban luchando con todas sus fuerzas porque la adopción se hiciera realidad, pero me pedían que tuviera paciencia y calma, eso sobre todo. Obediente pinté en madera a Bob Esponja, Tiger, Winnie de Poo y una Hello Kitty que me quedaron preciosos. El objetivo a corto plazo de la manualidad me ayudó a relajarme y mantener la cabeza en activo sin grandes esfuerzos. Esto

me impidió entrar en depresión. Me mantuvo ocupada también recolectar fotos de la familia y esa tarea que me llevó tardes enteras luego fue de una gran ayuda porque en Bogotá el tiempo lluvioso te impide disfrutar de los parques, ver fotos era una actividad lúdica más para realizar con nuestra hija. Eso fue de grandísima ayuda en su adaptación. Se lo sabía todo de todo el mundo, las comuniones de sus primos, las vacaciones, los disfraces de los carnavales, las Navidades, los viajes de uno y de otros... etc. Cuando llegó a España ella reconocía perfectamente a sus tíos, abuelos y primos por las fotos y eso la lleno de tranquilidad para tener encuentros con ellos felices y cariñosos. Su abuela paterna estaba feliz porque al verla, la niña se arrojó a sus brazos y mi suegra decía: “mi niña, si parece que me conoce de toda la vida” y así era. Nuestra hija empezó a nacer a la vida el día 18 de Agosto de 2011, el día en que ella llegó.

Repito que nunca entenderé porqué nos hacen sufrir tantísimo. No es justo y tampoco nos lo merecemos como padres ni como seres humanos. Nuestro deseo de

tener hijos adoptados es tan legítimo como el deseo de los padres que pueden tenerlos biológicamente. Pero lo que intento decir es que llorar nos dio valor, coraje y ahora sé que las lágrimas nos hicieron más fuertes de lo que nunca imaginamos. Las lágrimas aliviaban, fueron años donde nos “encallecimos” y permítanme esta expresión, pero es así. No me vale el que algunos digan que nuestros hijos también necesitan padres a prueba de bombas y que quizás estos años nos preparan para la adopción, no me vale la explicación de que el destino está escrito aunque yo misma busque el consuelo en ese mito creado para aliviar nuestro dolor como familia. Esa “sequedad emocional y afectiva” no es buena para nadie y el agotamiento físico y psíquico con el que llegamos a la adopción pienso sinceramente se debería evitar. Nuestros niños necesitan a su lado padres fuertes, sanos, serenos y alegres. En Bogotá estábamos agotados, la altura, el clima y la tensión pasada nos pasó factura e hicimos muchas menos cosas de las que habíamos planeado. No teníamos fuerzas, hicimos vida familiar en nuestro apartamento y lo pasamos de maravilla. Tanto mi marido

como yo seguimos recuperándonos de la factura física que el último año de adopción supuso.

Nosotros estuvimos trece meses en Regional, quince en total hasta la fecha de encuentro y mi diario echaba chispas, me tuve que comprar otro cuaderno. Me dio también por escribir cuentos que me ayudaran a contar a mi hija quienes eran las personas que me habían ayudado a conseguirla y que aliviaban mi angustia y ansiedad- . Hice un cuento a Berta Ligia (**El hada Madrina Lily**), otro cuento a Virginia Jaramillo (**Virginia y el abuelo Mariano**) y cuando conseguimos la asignación para reconciliarme conmigo misma hice un cuento a mis abogados españoles para que pudieran perdonarme mis correos agresivos titulado **AMOR Y JAMÓN**. Esas fueron las palabras que utilizó Jenaro cuando le conocí para explicarme porqué la adopción en Colombia era “tan necesaria”. Jenaro se quedó muy corto aquel día.

No voy a contarles la historia de mi hija, da igual, todas son terribles. Cada una es un mundo, obviamente ninguna es feliz. Lo que sí es grande, hermoso y felicísimo es rescatar a nuestros hijos de aquel pozo profundísimo de injusticia, pobreza, miseria, brutalidad y desesperación en la que se ven sumergidos hombres y mujeres que no pueden hacer frente a la crianza de sus hijos y los abandonan, los maltratan y los añoran (quizás) porque Colombia es un país bellísimo donde hay personas con vidas muy difíciles.

Cuándo mi hija me pregunta: ¿"y vosotros cómo luchasteis por mi?". La contestamos: **"RESISTIENDO hija, resistiendo!** No nos hundimos porque tu mamá oceánica descubrió que tenía alas en la espalda y un tercer ojo y por la noche, se despertaba "arropándote" como lo hago ahora. En ese año, yo sentía, más bien "presentía" la presencia de mi hija en casa y sabía ó intuía el calvario que estaba padeciendo. Por la noche me despertaba oyendo sus pasos, me levantaba incluso a comprobarlo. No puedo explicarlo bien, era un estado

“semialucinatorio” que paradójicamente me mantenía pegada a la realidad y en pie. La llama encendida en la vela, una costumbre que me enseñaron las madres adoptivas, se encendía todas las noches. Todavía sigue en el salón y de vez en cuando la encendemos, cada vez menos porque ahora nuestra hija lo inunda todo de luz y alegría. Ella se inventó una especie de juego familiar que ya utilizamos como algo habitual y es que cuando nos ve tristes, ó ella siente que estamos cansados ó enfadados ella se acerca, nos toca en la boca y nos dice: “mamá ó papá enciende la bombilla” y nosotros le sonreímos. Cuando nosotros también la vemos así hacemos lo mismo. A mí me parece un juego muy bonito porque indica toda la felicidad y dicha que hemos sabido construir entre los tres.

El otro día ella me preguntó: “mamá, ¿cuánto tiempo dices que tuvisteis que esperar hasta que yo llegué?. Le contesté que casi cinco años y medio. Ella no tiene asumido todavía una relación tiempo-espacio adecuada y me contestó: ¿cuántos días son?. Le dije que

unos 2.000 días. Ella misma dijo: ¡Que barbaridad!. Lo único positivo que puedo encontrar a cinco años de espera, es que mi hija se siente muy valiosa porque “sólo las cosas buenas se hacen esperar”. Los niños mayores que llegan tan inseguros, temerosos y con la autoestima tan baja que eso les hace sentirse como dice mi hija “asegurada”. Sus padres la desearon tantísimo que nunca abandonaron a pesar de que todo y todos se ponía en contra de ellos.

Mi última recomendación es que en estos meses últimos de espera para calmar vuestra angustia y mantener los reflejos firmes aprenderos El Renacuajito. Son poemas y canciones escritas por un autor colombiano Rafael Pombo en el siglo XIX y son las canciones infantiles que todo niño colombiano se sabe, lo aprenden en la escuela, es una tradición familiar que pasa de padres a hijos, los padres se lo enseñan y toda Colombia rinde culto a un autor tan valioso. Nuestra hija se le sabe de memoria porque yo se lo enseñé, aunque en realidad se la sabía hasta la mitad cuando nosotros llegamos a

Bogotá. Pobre de mí si yo no hubiera sabido quien es Simón el Bobito, ó la Pobre Viejecita ó Mirringa Mirronga, ella no habría entendido como una mamá que adopta a una hija en Colombia no se sabe los personajes de su infancia. Una madre debe sabérselo y muy bien eso hizo que la conexión con ella fuera inmediata. Yo le envié esas canciones en el dossier fotográfico y creo que esto me facilitó muchas las cosas con ella. Son canciones que tienen una melodía y un ritmo propio y hay que leerlas muchas veces para cogerlo. Me divertía mucho leerle una y mil veces por la noche estas canciones tan “propias de Colombia”. Pero también en el mes y medio que estuvimos en Bogotá mi hija se sentía “española” y quería aprender las cosas de España lo más rápidamente posible. Los tres íbamos por las calles de Bogotá catando y bailando todo tipo de letras, formábamos un trió encantador. Así son nuestros hijos, Colombianos y Españoles y así los queremos nosotros. Son nuestros, siempre lo fueron y siempre lo serán.

LOS PATITOS FEOS SE CONVIRTIERON EN CISNES.

El día 21 de Junio de 2011 sonó el teléfono en nuestro domicilio a las once la noche. No queríamos cogerlo, estábamos cansados e imaginábamos que era algún familiar ó amigo de mi padre que llamaba para darnos el pésame. Siguió sonando de forma insistente y mi marido lo cogió sin ganas.

- ¿Aloooooó, con quien hablo?, escuchó mi marido al otro lado de la línea, y de forma bastante poco cortés respondió.
- ¿Con quién habló yo?. ¡¡ Identifíquese!!, contestó bastante enfadado pensando que era una nueva llamada de Jazztel.
- ¡¡¡ ¿Soy Lilyyyyyyy, llamo desde Bogotáaa!!!

Con un gesto automático de resorte del brazo mi marido me pasó el teléfono, “es la abogada de Colombia”. ¡Toma!. Al cogerlo sólo me salió decir:

- Lily, ¿ya?.
- Si, Magdalena. ¡¡Ya!!

Me brotó un torrente de las lágrimas sin poder remediarlo, apenas podía balbucear, “mi padre Lily, ha sido mi padre”. Si Magdalena, ha sido su padre, decía Lily al otro lado de la línea, tuvieron asignación en el comité del viernes día 10, pero no la hemos querido llamar hasta estar completamente seguros. Tranquilícese Magdalena, ya tienes asignación, no llore más ya tiene a su hijo. Como si fuera tan fácil controlar el llanto, mi marido se unió a mis lágrimas porque hacían falta pocas palabras para saber que ya era padre.

- Mañana voy a por el expediente, en cuanto sepa algo más se lo digo por email. Magdalena, no llore,
 - me decía Lily, no sé nada más, ni el sexo ni la edad, mañana en cuanto lo tenga le escribo, pero

duermen tranquilos que ya son padres. Tranquilícese Magdalena, tranquila, me consolaba y animaba Lily. Leí su email el domingo y como me dijo que se encontraba mejor no he podido evitar llamarla. Todos estábamos pendiente de esta asignación y quiero que sepa que me alegro muchísimo por ustedes. No llore más Magdalena, no llore más, - insistía Lily.

Nos abrazamos llorando, estábamos agotados, era increíble, no podíamos dar crédito. El día 10 de Junio, fue el día que más lloré en toda mi vida, al otro lado del océano yo estaba pariendo a mi hija sin saberlo, y en España en el mismo momento yo estaba enterrando a mi padre. Mi familia y mi marido se asustaron porque no había nada que me calmara ese llanto, me dieron tranquilizantes y ni por esas , yo sólo les pedía que por favor me dejaran llorar que no podía evitarlo, que ya se me pasaría. La conexión con mi hija era un hecho real, no era realismo mágico era cruda y feliz realidad esta vez. En el velatorio, parte de mi familia me pedía: “Deja la adopción, déjalo, un hijo no te puede costar la vida”. ¡¡No

lo dejo!!, les respondía con rabia, ahora más que nunca, por mi padre, se lo prometí, no lo dejo, tengo que ir a por mi hijo a Colombia como sea.

Cuando llegamos a Madrid por la noche, cansada , agotada y dolorida, me senté frente al ordenador y escribí a mis abogados, a estas alturas de mi naufragio personal ellos eran mi único refugio, mi tabla salvavidas y me aferraba a ellos por pura supervivencia, ahora eran mi familia adoptiva, me había quedado huérfana, eran mis aliados, solo los tenía a ellos para conseguir mi sueño. Les contaba por email que venía del pueblo, que acababa de enterrar a mi padre y que precisamente por eso, les pedía por favor que siguieran trabajando porque yo quería seguir adelante, no me rendía, por mi padre ya no me podía rendir. Era una espera suicida, morir ó adoptar, no me quedaba otra alternativa, no me apetecía nada, mi padre se fue sin conocer a mi hijo, maldito mundo, maldito destino, maldita mi suerte y maldito todo el mundo que no conseguía entenderme, porque yo no encontraba consuelo a mi dolor ni siquiera escribiendo a mis abogados.

Los tres, Adaima Madrid, Adaima Colombia y Virginia Jaramillo me escribieron para calmarme, me daban el pésame y me decían que no me hundiera que estaban trabajando muchísimo para que mi adopción fuera posible, que aguantara un poquito más. Me animaban, me abrazaban y yo me dejé “mimar” . Las palabras de Lily eran bálsamo para mi, por eso cuando oí su voz el día 21 de Junio yo sabía que ya era madre.

Durante esa semana me cuidaron a su manera, siguieron escribiéndome al correo. Ellos ya sabían que el día 10 fuimos asignados pero hasta que el comité no firmara la documentación final no podían asegurar nada y en mi estado psíquico no podían arriesgarse. El viernes día 17 me escribieron a ver cómo me sentía y les contesté que mejor, el dolor de cabeza por lo menos iba cediendo, seguía de baja médica por las migrañas pero la medicación me aliviaba. El domingo les escribí un email donde les decía que no podía perder la esperanza, que mi padre se había ido a por mi hija, me lo imaginaba con su bravura recorriendo los pueblos de Cundinamarca

viajando con su furgoneta destartalada, plantándose en la mitad de los pueblos de la Regional diciendo: “¿A ver, dónde está mi nieta?”. (Bravo en colombiano significa enfadado).

Al otro lado del océano también tenía la ayuda de mi amiga gallega, mi hermana adoptiva. Ella ya estaba en Colombia con sus dos hijos y todos los días perdía un ratito de estar con ellos para escribirme por email lo que habían hecho durante el día, cómo estaban los niños y cómo estaban ellos. ¿Cómo podría olvidar a una mujer así?. Sacando fuerza de flaqueza no solo cuidaba de sus hijos, sino que también seguía cuidando de mí. Ella me iba explicando el modo de vida de Colombia, donde tenía que ir, que cosas tenía que evitar y qué cosas no podía dejar de ver con mi hija y me enviaba por fotos el progreso de sus hijos. Su compañía era un aliento imprescindible en nuestra terrible marcha. Nos habíamos quedado solos, las familias que conocíamos que estaban en nuestro mismo tramo habían sido asignadas hacia

meses, y nosotros incomprensiblemente seguíamos paralizados.

La noche del 21 de Junio, solsticio de verano, inicio de la noche de San Juan mi marido y yo éramos padres, pero tampoco se lo dijimos a nadie, queríamos estar seguros, solo mandé un sms a mi analista porque en el último trayecto del camino estábamos en pie gracias a ella. Me contestó rápidamente y con la misma emoción que nosotros nos dio la enhorabuena y que contáramos en cuanto supiéramos los detalles. No dormimos esa noche, era imposible, que lentas pasaban las horas, por la mañana para no desesperarnos, no quisimos pegarnos al ordenador, con la diferencia horaria hasta mediodía no tendríamos noticias, nos fuimos al taller de mi marido, yo estaba pintando un Bob Esponja para la habitación de nuestro hijo, y él construía un avión de aeromodelismos, a mediodía llegamos a casa. El corazón me bombeaba acelerado, ni se imaginan lo que se puede ralentizar el tiempo que tarda el ordenador en encenderse, apareció

en gmail el correo de Lily, y en el asunto ponía bien claro “ES NIÑA”,.

Nadie que no haya vivido una espera de cinco años para recibir esa noticia puede saber qué se siente en ese momento, y yo no tengo calidad literaria para contarles qué sentía mi cuerpo, mi cabeza y mi corazón. Les cuento lo que le cuento a mi hija: “ No pude abrir el correo siquiera, al ver, ES NIÑA, salí disparada por el pasillo de casa a buscar a papá que al oír mi grito venía pegando saltos diciendo, es niña, es niña, es niña, nos abrazamos, saltábamos de alegría, los dos como dos tontos saltábamos, no nos veía nadie y qué más daba, pero el cuerpo nos pedía saltar, abrazarnos y reír. Esta vez no llorábamos, solo reíamos y reíamos, no podíamos parar de reír a carcajada limpia tirados en el sofá, NIÑA, NIÑA, NIÑA, con los brazos en alta mi marido solo sabía decir NIÑAAAAAAAAAAAAAAAAA corriendo como un loco por toda la casa. El abrió el email, Lily decía poco más, “es niña de Cundinamarca”. Gracias Dios mío fue lo único que pude decir para mis adentros.

Esa tarde se nos instaló en la cara la “sonrisa gilipollas” que es la sonrisa que, según una madre extremeña, se te pone en la cara cuando ya sabes que tienes asignación. Es verdad, nos reíamos sin parar como bobos. A las dos horas más ó menos, volvió el aviso de gmail, un nuevo mensaje, Lily nos enviaba la foto de nuestra hija. Por compasión, solo por eso Lily se saltó las normas y nos enviaba a nuestra hija vía Internet. Esta vez nos sentamos juntos frente al ordenador, a mi me templaban las manos, pero quise hacerlo, di al botón de la derecha del ratón y poquito a poquito se fue abriendo la foto de nuestra hija. ¿Han visto ustedes películas de ciencia ficción, donde uno pasa por una onda expansiva y se traslada a otra dimensión?. Yo me teletransporté, me metí dentro de esa foto, las lágrimas brotaron solas en silencio. Mi marido también notó que me quedé paralizada y se puso al mando de esa nave estelar en que se había convertido mi ordenador. Me quitó del sitio y abrió la segunda foto, manos a la obra rápido, ¡vamos a imprimirlas!, cogió cada foto con una mano, él las veía, yo en cambio tocaba a mi hija, la acariciaba, la besaba, la tenía dentro de mi cuerpo y de mi cabeza y sólo el grito

de mi marido, “Qué preciosidad de niña”, me sacó del túnel del tiempo, de ese sueño maravilloso y él cogió el teléfono móvil para llamar a su madre y yo a mi hermano. Le dije: “Ponte al ponte en el ordenador que te envió la foto de tu sobrina”. Mi hermano a estas alturas ya sabía que yo había perdido la cabeza y abrió su ordenador también por compasión, pero desde el teléfono yo le oía decir: ay!, ay!, ay!, que cosita!, ay!, ay!, Dios mío que cosita!.....Ay! Dios mío!. Y si, esta vez comprobamos que los milagros existen y el realismo mágico, y el destino, y el azar y el efecto mariposa y sobre todo: Dios.

Lo bueno que tiene una adopción es que todos parimos a la niña al mismo tiempo, se desató la locura familiar. Con las fotos cada uno hizo lo que quiso, mi suegra se la enseñó a todo el pueblo, mi marido y yo pusimos fotos por toda la casa, en el salón, en la cocina, por supuesto en el baño, mi hija ya estaba con nosotros por fin recorriendo toda la casa con sus risas. Me rio escribiendo estas líneas porque emocionalmente yo me sentía bastante desequilibrada por todo lo vivido, pero el

resto de la familia estalló en alegría y en expectación máxima. Habíamos conseguido lo imposible, lo increíble, lo irreal, lo difícil, la pesadilla se convirtió en un sueño feliz y de la noche a la mañana mi cabeza tuvo que cambiar de chip y borrar las lágrimas para dar paso a la alegría y la euforia. Mi cuerpo estallaba por dentro con una bomba emocional de dimensiones gigantescas. Mi cabeza ahora me dolía de pura alegría y emoción.

A los tres días llegó el expediente a Madrid y el viernes por la tarde tuvimos la reunión con la Psicóloga y la Asistente Social de Adaima. Entramos en el despacho con nuestra “sonrisa gilipollas”, la Psicóloga empezó a hablar y la hostia al escuchar la historia de mi hija fue de tal magnitud que el rictus de la cara se nos encogió igual que se nos encogió el corazón. Las dos profesionales se dieron cuenta de ello e intentaron endulzarnos el expediente lo mejor que pudieron. Pusieron las dos fotos de nuestra hija delante de mi cara y delante de la cara de mi marido, los dos cogimos cada foto queriéndola abrazar pero las lágrimas volvieron a brotar. Mi niña de mi alma, hija de mi corazón, vida mía, mi amor, lo que había

sufrido, que crueldad. Sensibles a nuestro dolor nos dieron el expediente y nos dijeron: “Marcharos a casa, leerlo tranquilamente y el lunes volvemos a reunirnos para aceptar ó no el expediente.” Obedientes y silenciosos cogimos la carpeta con toda la documentación y salimos a la calle. Era 24 de Junio hacía calor pero yo sentía mucho frio, necesitábamos respirar aire puro, el dolor de pecho me impedía respirar. Sin necesidad de hablarnos mi marido y yo sabíamos que no necesitábamos un fin de semana para leer el expediente y decidir si lo aceptábamos. Fuimos a una cafetería, yo pedí una tila y mi marido un café, sacamos con las manos temblando el expediente nuevamente, empezamos a leer, era imposible porque las lágrimas nos cegaban los ojos. “Vámonos”, dijo mi marido y yo le seguí obediente, el camino que él cogió fue el del despacho de los abogados, nos abrió la puerta Jenaro, y mi marido le dijo sin entrar: “Envíe la aceptación esta misma tarde, queremos ir a por la niña de inmediato”. Miguel Ángel nos hizo pasar, nos dijo que nos sentáramos, que podíamos hacer pruebas médicas complementarias, que nos tomáramos nuestro tiempo para decidir, que era una

decisión muy dura de tomar, que nos ayudaban. Mi marido volvió a insistir: “No quiero demorar el expediente ni un minuto más, firmamos la aceptación ahora mismo y que la documentación viaje a Lily esta misma tarde”.

Salimos del despacho en silencio, los dos nos conocemos más que de sobra después de veinte años de convivencia, yo me quedé muda, un silencio tenso se instaló en mi cabeza, sólo pensaba en mi hija, en cómo un ser tan diminuto puede aguantar lo que ella aguantó. ¿De dónde sacan estos niños fuerza para sobrevivir?. ¿Quién guía a estos niños en su camino hacia el encuentro de sus padres?. ¿Quién les ayuda?. ¿Porqué Dios permite que estos niños sufran?. ¿Porqué Dios nos enviaba a esta niña?.

Solo rompí mi silencio para escribir a Lily, diciéndole que la orden de aceptación viajaría esta misma tarde y que acelerara lo más posible el encuentro. Le pedí que llevara a mi hija unos regalos: “Una mochila de color rosa con las Princesas Disney ó algo parecido pero que fuera rosa ,muy bonita y muy femenina, y que en esa mochila

metiera una Barbie, un libro de cuentos, una caja de pinturas y una colonia infantil”. Lily me escribió emocionada, y lo primero que hizo fue darme la enhorabuena por haber aceptado a mi hija “sin más”. Ella me tranquilizó diciendo que la niña estaba sana y que no había ningún daño irreparable, en el futuro a nuestro lado con amor y cariño, esa niña saldría adelante. Le contesté que sí, que ya lo sabía, que si Dios y mi padre nos habían enviado a esta niña era por algo y si mi niña estuviera enferma nosotros sabríamos cuidarla mejor que nadie. Mi vida a partir de ahora ya solo tendría un sentido y es hacer de mi hija una niña feliz. Me felicitó por los regalos que había elegido y me prometió que se los llevaría de inmediato y con sumo gusto en cuanto llegara la aceptación a Cundinamarca y empezara el proceso legal. Yo añadí si podía enviarle también una carta que la quería escribir para que la niña pudiera sentir lo mucho que la queríamos y que no tuviera miedo porque éramos unos padres muy buenos. Lily me dijo que por supuesto. Esa tarde le escribí a mi hija una carta maravillosa, me salió a la primera, quería transmitir con palabras a mi hija lo mucho que la queríamos. En el ordenador hice un

montaje de las fotos tuyas con fotos nuestras, sabía que la niña no sabía leer pero visualmente tendría la imagen de una familia unida y feliz.

La crueldad de la familia sustituta fue que la carta no se la leyeron ó por lo menos no se la leyeron tantas veces como ella necesitaba. Nuestra hija recuerda como ella estaba barriendo una escalera cuando la señora que la cuidaba le dijo: “ven que te voy a dar una buena noticia, ya tienes padres”.

Nuestra hija nos cuenta ahora que se sintió muy feliz con la noticia, le dio gracias a Dios porque le había pedido tener padres muchas veces y se ilusionó muchísimo. Recibió los regalos pero solo le dejaron jugar con la Barbié, no le dieron ni la colonia, ni las pinturas, ni el cuento, eso se lo quedó la familia sustituta. En Madrid hemos leído esa carta cientos de veces, todas las que ella me lo ha pedido. Lo único que si le dejaron a su disposición fue el dossier de fotos que yo le envié, y tiene grabada cada foto en su cabeza, eso la consolaba y le hacía la espera más soportable. Se le hizo muy larga, dos

meses para un niño es un tiempo vital demasiado extenso, pero ella resistió. Ella ahora me pregunta cómo aguantaba yo la espera y le decía que llorando y rezando, pero que si hubiera tenido que esperar un solo día más me hubiese muerto. Ella responde lo mismo: “mamá yo ya no podía más, quería pegar a la madre sustituta por todo el maltrato que me daba, pero no podía hacer nada, solo aguantar y callar, pero también estuve a punto de morirme”.

En esos dos meses de espera aún, a mí se me quitó la sonrisa gilipollas, que poquito me duró, se me puso una cara de preocupación muy tensa, tenía miedo de que mi hija no estuviera bien. Internamente yo sabía que la niña estaba sufriendo. No me digan porque lo sabía, pero lo sabía. Sólo le contaba este temor a mi marido, a nadie más, él me decía que no, que las familias sustitutas eran buenas familias seleccionadas por el ICBF para cuidar a la niña hasta que llegáramos, y yo le decía muy seria: “Mi niña está sufriendo lo sé” y él también lo sabía pero intentaba animarme, por eso no quiso dilatar más la espera y él fue quien tomo las riendas de la nave para

llegar hasta ella, yo me dejé conducir, en el estado en el que me encontraba, no tenía fuerzas. Colaboró con Adaima todo lo más que pudo en conseguir la documentación, él mismo necesitaba ir a visar documentos. Adaima nos decía que no nos preocupáramos, que ellos se encargaban, que ya lo habíamos pagado todo y él no lo hizo por desconfianza ni mucho menos, sino porque necesitaba sentir que ayudaba a su hija en todo momento y eso le calmaba su propia ansiedad.

Sinceramente cuando en los años de espera leíamos de otros padres que existía una conexión oceánica con tu hijo, no nos lo creíamos, pero les digo que como las brujas gallegas “haberlas ailas”. Mi hija también sintió que desde que vio nuestras fotos todo cambió en ella, empezó a sentirse contenta y dichosa, empezó a sentir esperanza en su destino y aguantó mejor el trato que esta familia le daba, cuando le hacían daño cruzaba los dedos y pensaba en nosotros. En el dossier ella podía ver cuáles serían sus juguetes, su habitación, su casa, quizás por eso la familia sustituta le quitó los que le enviamos

nosotros, no lo sé. Cuando llegamos a nuestra casa de Madrid y vio su habitación fue señalando y reconociendo cada objeto, la colcha y las cortinas de dinosaurios chiquititos de color malva y naranja, la pizarra, la caja de juegos, el maletín de médicos, el puzzle, los libros de la estantería.....es decir, nuestra hija en esos dos meses pasó horas mirando el dossier y eso me alegró profundísimamente porque con esa intención lo hice.

A los 6 meses de estar en la Regional de Bogotá, para calmar mi ansiedad hice un dossier nuevo. Aprendí Corel Draw y el resultado me quedó fantástico porque usé colores fuertes, rojos, verdes pistacho, naranjas, rosas, morados, todos colores calientes, que impactaran su mirada, que le dieran calor. Las fotos más significativas las hice de tamaño folio, sus tíos, sus abuelos, nosotros y le contaba lo bien que lo íbamos a pasar juntos y la alegría con la que la esperaba su familia. En Mayo hicimos fotos en el Jardín Botánico de Madrid, con el colorido de los tulipanes, los gladiolos, las rosas, el resultado quedó francamente bonito y lo metí en un portafolios con las hojas de plásticos, esos dossieres de

oficina simples y corrientes. Quería que mi hija tocaras las fotos protegidas por el plástico. Al final, como me sobraban láminas le metí los poemas de Pombo: El Renacuajo Paseador, La Pobre Viejecita, Simón el Bobito, Mirringa Mirronga, La Pastorcita. Me acuerdo que al llevarle a Miguel Ángel el dossier le encantó, y al ver los poemas se emocionó porque dijo: “ Pero si estos son los poemas de mi infancia. ¿Cómo has sabido tu esto?”. Le dije que una madre que adopta en Colombia sabe esas cosas y más. Con este nuevo dossier les exigí cambio de Regional, ellos no eran partidarios pero Lily si me lo permitió, le dije que quería ir a Cundinamarca, que mi hijo estaba allí y me obedeció. Cuando le envié a Lily el dossier me escribió diciendo lo mucho que le había gustado, quedó impresionada por la sencillez del dossier pero al mismo tiempo le gustó porque irradiaba cariño, ternura, felicidad, alegría y muchísimo amor. Todo esto lo sintió mi hija cuando lo vio, dormía con él por la noche, él fue su refugio, su madre se lo hizo precisamente para eso.

Acabados los trámites burocráticos las últimas semanas nos fuimos a Extremadura a descansar. Allí escribí el cuento de AMOR Y JAMON para decirles a Jenaro y sus hijos que sentía lo mucho que les hice sufrir y sobre todo para darles las gracias. Ninguna de las adopciones que conozco ha sido fácil, en todas ellas hay escollos en el camino muy difíciles de atravesar, pero todas se han conseguido. La espera fue terrible para nosotros, pero cuando conocimos la historia de nuestra hija todo pasó a segundo plano porque quien sufrió de verdad fue ella. Ella es una heroína, nosotros sólo somos unos padres normales y corrientes que quieren a su hija “hasta el infinito y más allá”. Todo lo que hemos hecho y hacemos es por amor. Es mi hija la que a veces dice: “¿Pero tanto me queréis?” y es ahora cuando con nuestra “sonrisa gilipollas” le decimos que efectivamente, que sí.

Nuestra casa ahora tiene una alegría desbordante. El pasado quedó atrás, día a día nuestra hija es cada vez más niña, más alegre, más tranquila, más feliz y “más nuestra”. Además de familia somos un bellissimo cuento con final feliz. “Los Patitos Feos”, nos convertimos en

bellos cisnes porque como padres también nosotros hemos tenido que guiar nuestro propio proceso resiliente para sentirnos personas orgullosas y felices. Ahora es nuestra hija quien dice: LA FAMILIA VARGAS JUAN NO SE RINDE JAMÁS.

Nuestra hija ahora es ella misma quien está contando su historia a sus amiguitos. Es ella quien tiene que contarla no yo. Escribo este libro con su permiso, y los fines de semana que por cansancio no me he puesto al ordenador, ella me pide que me ponga a escribir. A pesar del cansancio he tratado de reflejar nuestra historia lo mejor que he podido. Hay urgencia en este relato porque hay muchos niños que sufren y si unos padres amorosos quieren ir en su busca encontrarán en Colombia a buenos profesionales dispuestos a ayudarles. Los niños les esperan, tienen mucho miedo, quieren salir de allí un país que les dio la vida, pero no la alegría. Eso es lo que hacemos nosotros padres adoptivos, darles alegría a nuestros hijos y amor, muchísimo amor.

Para finalizar mi hija quiere hacerles un regalo y es una pequeña guía con los términos colombianos que tendrán que utilizar para conectar de inmediato con sus hijos. Estos son:

- Hacer chichi: Hacer pis.
- Cucos: Braguitas
- Hebillas: horquillas para el pelo.
- Pecueca: olor de pies.
- Torta: Tarta.
- Balaca: Diadema
- Botar: tirar cosas a la basura.
- Señora: Mamá.
- Pañitos: pañuelos de papel.
- Colita: culo.
- Medias: calcetines.
- Bollos: caca.
- Chistoso: gracioso.
- Peluqueados: pelo rapado al cero.
- Manillas: pulseras.
- Botas pantaneras: botas de agua ó katiuskas.
- Trancón: atasco de coches.

- Espichar : pulsar ó tocar.
- Acá: aquí.

Para aquellas familias que quieran un estudio psicológico más profundo de la adopción les recomiendo un artículo reciente en la Revista Digital del Colegio de Psicólogos de Madrid donde encontrarán bibliografía científica, se titula : **“Actitudes de los Padres Adoptivos antes la Necesidad de Psicoterapia de sus hijos Adoptados.”** De la Rocha, Belén; Duchên, Paloma; Rubio Alonso, Isabel y Tognieri Pastor, Mariana. Revista Clínica Contemporanea. Volumen 3 – Año 2012.

www.revistaclinicacontemporanea.org

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a las personas que tanto me han ayudado en mi deseo de ser madre. Espero no olvidarme de nadie.

A Graciela Paoletti, por **“todo”** entre comillas y por **TODO** en mayúsculas.

A Gloria y Pilar mis amigas del alma que no me permitían desfallecer.

A María Andrés mi compañera de trabajo que tanto tuvo que escucharme, consolarme y animarme.

A Erika y David por lo mucho y bien que supieron sostenerme cuando yo ya no tenía fuerzas

A Cesar y Katya que me animaron a ir a su país en busca de mi hija.

A Cati y Uge, por ser tan buenos padres adoptivos y tan buenos amigos. Deseo de corazón que consigan su tercera adopción.

A Paz y Vicente, porque mi padre conoció a sus hijos y desde entonces me hizo prometerle que nunca abandonaría el proyecto de adopción. Conoció al menos las sonrisas y la belleza de los niños adoptados colombianos. También les deseo mucha suerte en su tercera adopción.

A Raquel y Pablo, que me enseñaron a ser una madre “oceánica”.

A Emilia y Joan que me abrieron las puertas de su casa y su corazón cuando más lo necesitaba.

A Ana Juan Gutiérrez porque leyó los borradores, me decía lo mucho que le gustaba y me animaba a seguir.

A Mariana Tognieri que me animó a publicarlo para ayudar a otros padres porque era un texto valiente y necesario. Ella también es una mujer valiente.

A Raquel y Esteban, Manuela, Lola y Elena, porque recibieron a Ángela con todos los honores y siempre están “tan cerca”.

A mi familia en general porque tuvieron que aguantar nuestros bajones, nuestra soledad y el dolor que nos supuso el tiempo de espera, tampoco fue fácil para ellos. Un beso especial para la tía Victoria, para que ella también consiga sus sueños

A Chusa y Jose Carlos que en el último tramo del trayecto me ayudaron con la medicación para soportar las migrañas y poder ir a Bogotá a por nuestra hija.

A Lily, Yolima y Virginia, nunca tendré palabras suficientes de agradecimiento para ellas. Nunca las olvidaré y velaré porque mi hija tampoco lo haga.

Finalmente a Goro, que me “preñó de paciencia y amor” y me dio la mejor hija del mundo.

Y a ti papá que te fuiste a por ella.

AMOR Y JAMÓN

Me llamo Ángela, nací el día 20 de Septiembre de 2005 en Colombia. Soy una niña adoptada y quiero contarles mi historia.

Papá dice que a mí me encontró el abuelo Mariano, pero mamá dice que no, que a mí me encontró Don Jenaro y sus hijos, (Miguel Ángel, Fernando y Juan Carlos), junto a Lily y María Virginia. Si les digo la verdad, yo todavía no entiendo muy bien todo esto, sólo sé que un día estaba yo jugando en la plaza de mi pueblo cuando llegó un señor mayor con una furgoneta blanca, se bajó, sacudió de polvo su sombrero, se lo colocó, miró a todas partes, y entonces fue cuando me vio, se acercó a mi despacito, se

agachó a mi altura y me dijo: "cieeeeeelo, soy yo, soy tu abueeeeeeeelo. Cieeeeeelo, mi cieeeeeelo", y me tomó en brazos, me besó y yo me sentí como que ya había encontrado por fin a mi familia.

Mamá dice que el abuelo era un cabezón y cuando se empeñaba en una cosa no paraba hasta conseguirla, mil veces la dijo: "daría mi vida porque tuvieras una hija" y así fue, mi abuelo subió al cielo un día y al día siguiente vino a mi casa una señora diciendo que unos papás en España vendrían a por mí para darme mucha alegría. Me entregaron lindos regalos para que supiera lo mucho que me querían y me enseñaron sus fotografías. Yo me asusté un poquito pero entonces el abuelo Mariano vino a mi otra vez, se puso detrás mío y me dijo muy despacito al oído: "cielo, no tengas miedo, vas

a tener los mejores papás del mundo, ellos te quieren desde siempre y solo desean hacerte muy feliz", así que los dos nos fuimos a la calle a jugar con mis juguetes nuevos y el abuelo me hizo casitas de barro y ovejitas, con un río para que bebieran.

A mamá se le ponen los ojos con chispitas cuando habla del abuelo, dice que si Don Jenaro y él se hubieran conocido estarían horas y horas hablando de Extremadura porque el abuelo era un charlatán. Le invitaría a ir a cazar conejos a su finca y le haría una caldereta de cordero. Le sentaría a la mesa delante de un buen plato de jamón serrano y una botella de vino de su pueblo y le diría: "coma, coma Don Jenaro, que tiene usted delante el mejor jamón del mundo, puro pata negra, que a mis cerditos los alimento yo mismo con bellotas de las

buenas". Le diría con la boca llena de jamón: "Extremadura es la despensa de Europa, todo lo que se cría en esta tierra es lo mejor de lo mejor. Coma, coma, Don Jenaro que cuando se acabe este plato le saco otro". Y Don Jenaro también estaría contento de estar en la tierra dónde nació, cerraría los ojos al saborear el alimento que tanto había echado de menos y tanto le gustaba y le diría al abuelo, "Mariano este jamón es un manjar, es el mejor jamón que he comido nunca, sí señor, este es el mejor jamón del mundo".

Los dos, satisfechos, comiendo y bebiendo hablarían de cosas de cuando la guerra, mi abuelo le preguntaría cómo acabó en tierras americanas y Don Jenaro le contaría cómo añoraba aquellas dehesas y esos paisajes de encinas, y cómo ahora viniendo en el coche

en el viaje, se sorprendía de que aquella tierra seca ahora se hubiera convertido en vergeles y cómo de la nada habían florecido "champiñones" y que se alegraba que en su tierra hubiera nacido una nueva riqueza gracias al sol que alimentaba las centrales de placas solares. Cuantas cosas habían cambiado desde que él se marchó.

 Mi abuelo nunca fue a la escuela, pero dice mi madre que era el hombre más inteligente que había conocido nunca, los veterinarios de Badajoz le pedían consejo para curar la zurretila de las ovejas, y los ingenieros agrónomos le preguntaban cómo había curado él las orugas que estaban matando las encinas extremeñas. En las fincas de mi abuelo no había ni una sola retama, y con voz muy seria mi abuelo le diría: "Don Jenaro, tenía que haber

visto usted como se vivía en Extremadura hace 60 años, los señoritos malvendiendo fincas para pagarse las borracheras en Madrid y los criados llenos de piojos viviendo en chozos de paja. A mi gente, a mi Joaquín y a mi Juana, a Miguel, Antonia y Kiko, yo les construí casas con agua corriente y con luz eléctrica para que pusieran nevera y televisión, yo ya traje los molinos de viento y las placas solares hace 30 años para que nadie pasara necesidad. A la gente del campo había que tratarla bien porque ellos son quienes me crían mis corderitos, y no se crea Don Jenaro, que yo no saco un solo duro de la finca, ellos se llevaban toda la ganancia pero si uno quiere tener buenos corderos y a la gente contenta, las cosas hay que hacerlas así". Y el abuelo miraría al frente, sintiéndose orgulloso de sus dehesas de encinas, sus ovejas comiendo la hierba verde, gordas y limpias, se llevaría un sorbo de vino a la boca, y se

quedaría pensativo, como él solía quedarse para pensar esas cosas que no podía decir a nadie.

Mi abuelo llamaría a Don Jenaro de "Don" porque él admiraba a todos los hombres que tenían estudios y Don Jenaro admiraría al abuelo por el jamón tan rico que estaba comiendo y por todas las cosas que le estaba contando. Mi abuelo decía que sin escuela los listos se vuelven tontos y que las escuelas daban porvenir, que la incultura sólo daba mala vida y brutalidad a la gente.

Por la noche en Colombia, mi abuelo dormía conmigo en mi cama, y él a mi si me contaba lo que no contaba a nadie y es que había venido a Cundinamarca a buscarme, pero que cuando vinieran mis papás, él ya se iría con la abuela

Bene. Me contó que era la mujer más presumida del mundo y que lo único que la hacía feliz era su bote de colonia Loewe, él abuelo se reía mucho cuando me contaba que cuando iban de boda siempre llegaban tarde y que la abuela lo hacía para que todo el mundo viera lo guapa y elegante que iba, pero luego me besaba la frente y muy despacito para que me durmiera me decía: "cielo duerme tranquila que tus papás ya van a venir muy pronto y te querrán con locura y serán muy buenos contigo y yo me iré con la abuela Bene, que lo primero que hará será regañarme por haber llegado tan tarde" y los dos nos reíamos y dormíamos abrazados. El abuelo Mariano me hizo prometerle que yo iba a estudiar para no ser zoquete como él toda la vida.

Y vinieron mis padres, y mi abuelo esa mañana me dio muchos besos y yo fui al encuentro de mis padres feliz, aunque con un poquito susto porque eso también es normal. Y mi madre se agachó y me hizo el mismo gesto que mi abuelo, me abrió sus brazos y con sus manos me dijo: " ven, mi niña, ven". Y recuerdo que mi madre sólo hacía que llorar, así que me abracé a ella y a mi padre también porque yo no quiero que mi mami lllore nunca más.

Y ahora todos seremos felices, Don Jenaro y sus hijos también, porque mamá ya no se enfadará más con ellos por haber tardado tanto en encontrarme, pero es que claro, como dice papá, no eran ellos quienes me tenían que encontrar sino mi abuelo y en vez de comer perdices, comeremos jamón serrano, el mejor

alimento del mundo como dicen Don Jenaro y mi abuelo.

Dedicado a mi padre que falleció el día 9 de Junio. Nos asignaron a nuestra hija el día 10 de Junio de 2011.

Dedicado a la ECAI ADAIMA DE MADRID Y LOS ABOGADOS CHAMORRO.

EL HADA MADRINA LILY

Existen
en el cielo
ángeles que
esperan a que
un niño
necesite a



unos papás para convertirse en hadas
madrinas. Así es como Lily se convirtió en
Hada Madrina. Había muchos niños en su
país, Colombia, que necesitaban tener
unos papás que pudieran cuidarles y
quererles para siempre.

Por el día Lily tenía carita de ángel
y un cuerpo blandito de mujer cariñosa y

tierna. Nadie sabía su secreto, ella iba y venía a su trabajo en una oficina de un edificio muy grande, pero por la noche, se transformaba, se ponía un collar mágico, un llamador de ángeles y se le abrían unas alitas plateadas en la espalda. Era entonces cuando Lily era del todo feliz.

Silenciosa,
recorría en la
madrugada los
tejados de las
casas, justo antes
del amanecer
cuando la luz del sol
empieza a despertar el día, en ese



momento si el cascabel de su llamador empezaba a sonar significaba que en esa casa había un niño que deseaba tener a unos papás para siempre. Entonces cogía una flor y la convertía en su varita mágica, se metía por la ventana de la habitación del niño y le sentía dormir, escuchaba su respiración, le daba besitos mágicos, allí se quedaba un ratito, ella era invisible para los adultos, y rociaba la habitación con el polen de la flor para que oliera bien. Se acercaba a la carita del niño y aunque estaba dormido le decía en susurros: "no tengas miedo, ni susto, no llores mas, tus papás vendrán de España a buscarte. Son unos papás muy buenos que te quieren mucho". Luego se iba pero esa

casa quedaba perfumada e iluminada por la luz del sol y de la flor. Era el toque especial del Hada Lily.

Así es como Lily encontró a Ángela Julia . Ella estaba durmiendo en su camita soñando como cada noche cuándo vendrían esos papás de los que tanto le hablaban los mayores. Pero un día despertó con una alegría muy grande, todo olía muy rico, como a torta de chocolate y fresa. Esa semana vinieron unos señores en avión desde España a recogerla, le trajeron juguetes y mucho cariño. Primero tuvo miedo porque no los conocía pero cuando su mamá le cogió en

brazos y le besó, ella reconoció de inmediato el olor rico de chocolate y fresas y se sintió muy feliz, por fin había encontrado a la mamá y el papá que ella tanto deseaba tener. Ya nunca más estaría sola.

Lily se ponía muy contenta cuando conseguía que los niños y los papás se encontrasen y para celebrarlo ella también se iba al bosque con sus amigas las mariposas que le cantaban canciones y cuentos de hadas.

Dedicado a Berta Ligia Fernández la representante de
Adaima en Bogotá.

VIRGINIA Y EL ABUELO MARIANO

Maldita lluvia, ¿cuándo se iba a acabar?. Hasta las cortinas de la casa tenían moho verde de la humedad que había en el ambiente. Virginia llegaba a casa empapada y agotada. Se quitó las botas, hoy había estado todo el día con los pies fríos y mojados, no había calzado que aguantara aquellos charcos de Bogotá, hoy había tenido que cruzar las calles a saltos, el agua llegaba por los tobillos. Fue al baño, se secó el cabello, se quitó el maquillaje y se dio un

baño de agua caliente para poder relajarse. Hoy había sido un día muy duro.

En bata y camión se fue a la cocina, esta noche un vaso caliente de leche con chocolate y unas galletas serían su cena, no le apetecía nada más. Se fue al salón a ver un rato la tele y al encender la luz pego un gran grito: AHHHHHHHH.....y se quedó paralizada del susto. En un rincón del sofá del salón estaba sentado en silencio un ancianito. El no se asustó, le ofreció su sonrisa de ratoncillo porque tenía unos dientecitos pequeños, y unos ojitos llenos de chispitas brillantes. A Virginia no le dio

miedo, pero si era algo que la dejó helada. El viejecito ni se inmutó.

¿Quién es usted?. El viejecito la volvió a sonreír y le dijo: "Yo!!". Ya, le dijo Virginia, pero ¿qué hace usted aquí?. El ancianito encogió los hombros como contestación, era evidente que no lo sabía. ¿Cómo se llama usted?. M... A ... R... I... A... N O, , despacio pero alto y claro. Virginia no pudo por menos que sonreír, aquello la enterneció. Qué guapa eres, le dijo Mariano y la tocó la bata, Virginia se apartó por miedo. El riendo le dijo, que suaveeeeeeeee, eres guapa y buena. ¿Me das un beso?. Virginia no se lo dio y él dijo, soy el abuelo de mi nieta. ¿Cómo? le dijo

Virginia, ¿Quién es usted?, soy la nieta de mi abuelo. ¿Qué nieta, qué abuelo, preguntó Virginia?. Soy el padre de mi nieta, tú tienes a mi nieta, mi abuelo tiene una nieta, mi hija tiene un abuelo, soy el padre de mi hija, mi hija tiene un nieta, yo quiero una hija, yo soy un nieto, mi nieto y su abuelo tiene una hija.....el anciano no dejaba de hablar y hablar incoherencias.

Virginia se puso nerviosísima, ¿cómo había entrado ese anciano en su casa?. Dios mío que estaba pasando allí, no entendía nada, ¿qué

podía hacer para que se callara?. Como pudo llamó y tecleó histérica el número de la policía y dijo lo que estaba pasando en su casa. Al otro lado de la línea tomaron nota de todo y contestaron: "ahorita mismo señora le enviamos una ambulancia"

Ahorita mismo.....ok!, ya sabía qué significaba eso, maldijo Virginia. Volvió a teclear más números de teléfono, no le respondían, muy nerviosa, volvió a teclearlos de nuevo y casi al final del límite de la llamada se puso Berta. ¿Virginia, qué quieres?, estoy agotada, mañana tengo que ir a recoger bien pronto a unos padres al aeropuerto. Bertaaa!!,

vente para mi casa ahora mismo, tengo a un anciano sentado en el sillón de mi casa que no sabe quién es y que no para de hablar, ¿qué hago?. Pues llamar a la policía, será un vecino que se ha perdido y se ha metido en tu casa pensando que es la suya, sus hijos le estarán buscando, a mi querida déjame descansar. No creo que un anciano te vaya a hacer algún daño.

El anciano seguía hablando sin parar: el abuelo es abuelo de mi hijo, el hijo de mi padre tiene una hija, es mi hija la que quiere una nieta, yo quiero abuelos, mi abuelo es mi padre, yo quiero a mi padre ...y el ancianito se puso a llorar, yo quiero a mi padre, yo quiero a mi

padre. Virginia, le tocó la pierna y le habló alto: ABUELOOOOO, cálmese, dígame, ¿dónde vive?. Contigo, contestó el anciano. No abuelo, a ver míreme, ¿tiene usted hijos?. SIIIIIII.....chilló, vale, vale le dijo Virginia, tranquilícese. ¿Quién es su hija, dígame?. TUUUUUUU....

A Virginia aquella conversación le recordaba momentos vividos en el pasado. Dio unos pasos hacia atrás, respiró hondo y pensó, ¿cómo salgo de esta?. Una sensación extraña la empezó a invadir el cuerpo. No iba a ser fácil resolver esta situación, la paciencia y el cariño

era su única arma, aquello ya lo había vivido, había que recordar qué hacer.

ABUELOOOOOO, en voz alta para que le oyera, ¿quiere usted un vasito de leche?. Al abuelo se le iluminó la cara.....SIIIIIIIIII. Bien!!, pensó Virginia, he acertado, el abuelito dejó de llorar. Se fue a por un vaso de leche caliente, no sin antes mirar atrás para que el abuelo no se moviera del sitio. Intentó que lo agarrara y se dio cuenta que no podía, así que se lo puso en la boca y el ancianito bebió un sorbito. "Ahora tu", le apartó el vaso con el dedo. No abuelo, venga tómese la leche. No, tú, no hija, yo no, tú, tú , tú, para ti, tómatelo tú.

¿Ahora no quiere la leche?. El abuelo se encogió de hombros, la miró y le volvió a enseñar los dientes desgastados por los años y la enfermedad y empezó a reír despacito.

Un beso, dale un beso al abuelo de mi nieta. Era la primera frase coherente que ahora empezaba a entenderle. Virginia esta vez sí le dio un beso y le dijo: "ahora usted toma otro poquito de leche". No!, no!, no!...movía la cabeza negando que no iba a tomar más leche, y cerró la boca con fuerza como hacen los niños pequeños cuando ya no quieren comer más.

Un beso, dale un beso a mi nieta. ¿Quién es su nieta abuelo?, dígame ¿quién es su nieta?. No sé, dijo el anciano, encogiendo los hombros. ¿Tiene usted una nieta?, Virginia estaba muy cansada y la policía no llegaba, pobre anciano, le daba mucha pena pero estaba muy cansada, que viniera la policía pronto, ningún anciano puede estar solo, nadie debería tener estas enfermedades, ¿dónde estaría su familia?. Estaba claro que el anciano estaba perdido porque estaba muy bien vestido, limpio, unos bonitos zapatos muy blanditos para sus delicados pies, seguro que su familia estaba angustiadísima y buscándole como locos por todos sitios. Se asomó por la ventana, con esa

llovía no había nadie en la calle, apenas si se veía nada, la policía no llegaba. Ay! Dios mío! ayúdame!, Dios mío! Ayúdame!, Dios mío! ayúdame rezaba Virginia, que vengan a por él Dios mío, ayúdame!.

“Vengo a ver a mi nieta”, de repente dijo el anciano fuerte y claro. Virginia se volvió hacia él. ¿Pero quién es su nieta, cómo se llama?. Mi hija sabe quién es mi nieta, mi hija tiene una nieta aquí, vengo a ver a mi nieta. Ya, abuelo, pero su nieta no está aquí, ¿cómo se llama su hija?, insistió Virginia con un cansancio que se iba transformando en llanto. No llores, le dijo el ancianito, y ahora fue él quien se le

acercó y le dio un beso a Virginia que esta vez no se apartó. Tu dale un beso a mi nieta, y yo ya me voy. ¿Dónde se va a ir abuelo?. Van a venir a por usted abuelo, espere un ratito que está lloviendo, ahora yo le llevo con su hija. Tu eres mi hija, decía el abuelo. Si abuelo, yo soy su hija, ahora vamos a tomar la leche. Otra vez volvió a negar con la cabeza, tu eres mi nieta, yo soy tu abuelo, pero tu dale un beso a mi nieta.

Sonó el timbre de la puerta, era un médico con una ambulancia, por fin, gracias a Dios, gracias a Dios, repetía Virginia. Les explicó la situación y su teoría de que debía ser un

anciano con alzhéimer que se había perdido y se debió meter en su casa, aunque no sabía bien cómo. El médico le tomó el pulso, era débil, enfocó sus ojos con una linterna, le tocó la frente por si tenía fiebre, todo estaba bien. Cuídenlo bien por favor les dijo cuando se lo llevaban en una silla de ruedas. Pero al llegar al quicio de la puerta de salida, el ancianito abrió los brazos para que detuvieran la silla, se volvió a Virginia, la sonrió y la dijo: **"dile a mi hija cuando la veas que yo ya le he dado un beso a mi nieta"**.

Virginia se quedó llorando enternecida por lo que había vivido. Seguía muy cansada pero

también sintió como si una luz muy intensa se le hubiera metido dentro y hubiera iluminado aquella noche tan gris de lluvia. El abuelo Mariano había dejado un olor muy rico a colonia infantil. Apagó las luces del salón y con ese olor a ternura se fue a la cama a dormir.

Dedicado a Maria Virginia Jaramillo, la abogada que nos llevó el caso ante los jueces de Zipaquirá. Su madre también tuvo Alzheimer.

EL RENACUAJO PASEADOR

Cuento en verso de Rafael Pombo

El hijo de Rana, Rinrín Renacuajo,
salió esta mañana, muy tieso y muy majo.
Con pantalón corto, corbata a la moda,
sombrero encintado y chupa de boda.
"¡Muchacho, no salgas!" Le grita mamá.
Pero él hace un gesto y orondo se va.
Halló en el camino a un ratón vecino.
Y le dijo: "¡Amigo! venga, usted conmigo.
Visitemos juntos a doña Ratona
y habrá francachela y habrá comilona".
A poco llegaron, y avanza Ratón.
Estirase el cuello, coge el aldabón.
Da dos o tres golpes, preguntan: "¿Quién
es?"
"-Yo, doña Ratona, beso a usted los pies".
"¿Está usted en casa?" -"Sí, señor, sí
estoy:"

y celebro mucho ver a ustedes hoy;
estaba en mi oficio, hilando algodón.
"Pero eso no importante; bienvenidos
son".

Se hicieron la venia, se dieron la mano,
y dice Ratico, que es más veterano:
"Mi amigo el de verde rabia de calor,
démele cerveza, hágame el favor".

Y en tanto que el pillo consume la jarra
mandó la señora traer la guitarra
y a Renacuajito le pide que cante
versitos alegres, tonada elegante.

"-¡Ay! de mil amores lo hiciera, señora,
pero es imposible darle gusto ahora,
que tengo el gahnate más seco que estopa
y me aprieta mucho esta nueva ropa".

"-Lo siento infinito, responde tía Rata,
aflójese un poco chaleco y corbata,
y yo mientras tanto les voy a cantar
una cancioncita muy particular".

Mas estando en esta brillante función.

De baile y cerveza, guitarra y canción,
la Gata y sus Gatos salvan el umbral,
y vuélvase aquello el juicio final.
Doña Gata vieja trinchó por la oreja
al niño Ratico maullándole: "Hola"
y los niños Gatos a la vieja Rata
uno por la pata y otro por la cola.
Don Renacuajito mirando este asalto
Tomó su sombrero, dio un tremendo
salto,
y abriendo la puerta con mano y narices,
se fue dando a todos "noches muy
felices".
Y siguió saltando tan alto y aprisa,
que perdió el sombrero, rasgó la camisa,
se coló en la boca de un pato tragón
y éste se lo embucha de un solo estirón.
Y así concluyeron, uno, dos y tres,
ratón y Ratona, y el Rana después;
los gatos comieron y el Pato cenó.
¡Y mamá Ranita solita quedó!

LA POBRE VIEJECITA

Érase una viejecita
Sin nada que comer
Sino carnes, frutas, dulces,
Tortas, huevos, pan y pez
Bebía caldo, chocolate,
Leche, vino, té y café,
Y la pobre no encontraba
Qué comer ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
Ni un ranchito en que vivir
Fuera de una casa grande
Con su huerta y su jardín

Nadie, nadie la cuidaba
Sino Andrés y Juan Gil
Y ocho criados y dos pajes
De librea y corbatín

Nunca tuvo en qué sentarse
Sino sillas y sofás
Con banquitos y cojines
Y resorte al espaldar

Ni otra cama que una grande
Más dorada que un altar,
Con colchón de blanda pluma,
Mucha seda y mucho olán.

Y esta pobre viejecita
Cada año, hasta su fin,
Tuvo un año más de vieja
Y uno menos que vivir

Y al mirarse en el espejo
La espantaba siempre allí
Otra vieja de antiparras,
Papalina y peluquín.

Y esta pobre viejecita
No tenía que vestir
Sino trajes de mil cortes

Y de telas mil y mil.

Y a no ser por sus zapatos,
Chanclas, botas y escaarpín,
Descalcita por el suelo
Anduviera la infeliz

Apetito nunca tuvo
Acabando de comer,
Ni gozó salud completa
Cuando no se hallaba bien

Se murió del mal de arrugas,
Ya encorvada como un tres,
Y jamás volvió a quejarse
Ni de hambre ni de sed.

Y esta pobre viejecita
Al morir no dejó más
Que onzas, joyas, tierras, casas,
Ocho gatos y un turpial

Duerma en paz, y Dios permita

Que logremos disfrutar
Las pobreza de esa pobre
Y morir del mismo mal

SIMÓN EL BOBITO

Simón el Bobito llamó al pastelero:
"¡A ver los pasteles! los quiero probar!"
Sí, repuso el otro, pero antes yo quiero
ver ese cuartillo con que has de pagar.
Buscó en los bolsillos el buen Simoncito
y dijo: ¡De veras! no tengo ni unito.

A Simón Bobito le gusta el pescado
y quiere volverse también pescador,
y pasa las horas sentado, sentado,
pescando en el balde de mamá Leonor.

Hizo Simoncito un pastel de nieve
y a asar en las brasas hambriento lo echó,
pero el pastelito se deshizo en breve,
y apagó las brasas y nada comió.

Simón vio unos cardos cargando ciruelas
y dijo: ¡Qué bueno! las voy a coger.

Pero peor que agujas y puntas de espuelas
le hicieron brincar y silbar y morder.

Se lavó con negro de embolar zapatos
porque su mamita no le dio jabón,
y cuando cazaban ratones los gatos
espantaba al gato gritando: iratón!
Ordeñando un día la vaca pintada
le apretó la cola en vez del pezón;
y ¡aquí la vaca! le dio tal patada
que comió un trompito bailó con Simón.
Y cayó montado sobre la ternera
y doña ternera se enojó también,
y ahí va otro brinco y otra pateadera
u dos revolcadas en un santiamén.

Se montó en un burro que halló en el mercado
y a cazar venados alegre partió,
voló por las calles sin ver un venado,
rodó por las piedras y el asno se huyó.

A comprar un lomo lo envió taita Lucio,
y él lo trajo a casa con gran precaución

colgado del rabo de un caballo rucio
para que llegase limpio y sabrosón.

Empezando a apenas a cuajarse el hielo
Simón el Bobito se fue a patinar,
cuando de repente se el rompre el suelo
y grita :¡Me ahogo! ivénganme a sacar!

Trepándose a un árbol a robarse un nido,
la pobre casita de un mirlo cantor...
desgájase el árbol, Simón da un chillido,
y cayó en un pozo de pésimo olor.
Ve un pato, le apunta, descarga el trabuco;
y volviendose a casa le dijo al papá:
Taita, yo no puedo matar pajaruco
porque cuando tiro se espanta y se va.
Viendo una salsera llena de mostaza,
se tomó un buen trago creyéndola miel,
y estuvo rabiando y echando babaza
con tamaña lengua y ojos de clavel.

Vio un monton de tierra que estorbaba el paso,
y unos preguntaban: ¿Qué haremos aquí?

¡Bobos! dijo el niño resolviendo el caso;
que abran un grande hoyo y la echen allí.

Lo enviaron por agua, y él fué volandito
llevando el cedazo para echarla en él:
Así que la traiga el buen Simoncito
seguirá su historia pintoresca y fiel.

LA PASTORCITA

Pastorcita perdió sus ovejas
iy quién sabe por dónde andarán!
-No te enfades, que oyeron tus quejas
y ellas mismas bien pronto vendrán.

Y no vendrán solas, que traerán sus colas,
Y ovejas y colas gran fiesta darán.
Pastorcita se queda dormida,
Y soñando las oye balar.

Se despierta y las llama enseguida,
Y engañada se tiende a llorar.
No llores, pastora, que niña que llora
Bien pronto la oímos reír y cantar.

Levantóse contenta, esperando
Que ha de verlas bien presto quizás;
Y las vio; mas dio un grito observando
Que dejaron las colas detrás.

Ay mis ovejitas ipobres raboncitas!
¿dónde están mis colas? ¿no las veré más?
Pero andando con todo el rebaño
Otro grito una tarde soltó,
Cuando un gajo de un viejo castaño
Cargadito de colas halló.

Secándose al viento, dos, tres, hasta
ciento,
Allí unas tras otra icolgadas las vio!
Dio un suspiro y un golpe en la frente,
Y ensayó cuanto pudo inventar,
Miel, costura, variado ingrediente,
Para tanto rabón remendar;
Buscó la colita de cada ovejita
Y al verlas como antes se puso a bailar

MIRRINGA MIRRONGA

Mirringa Mirronga, la gata candonga
va a dar un convite jugando escondite,
y quiere que todos los gatos y gatas
no almuercen ratones ni cenén con ratas.
"A ver mis anteojos, y pluma y tintero,
y vamos poniendo las cartas primero.
Que vengan las Fuñas y las Fanfarriñas,
y Ñoño y Marroño y Tompo y sus niñas.
"Ahora veamos qué tal la alacena.
Hay pollo y pescado, ¡la cosa está buena!
Y hay tortas y pollos y carnes sin grasa.
¡Qué amable señora la dueña de casa!
"Venid mis michitos Mirrín y Mirrón.
Id volando al cuarto de mamá Fogón
por ocho escudillas y cuatro bandejas
que no estén rajadas, ni rotas ni viejas.
"Venid mis michitos Mirrón y Mirrín,
traed la canasta y el dindirindín,
¡y zape, al mercado! que faltan lechugas
y nabos y coles y arroz y tortuga.

"Decid a mi amita que tengo visita,
que no venga a verme, no sea que enferme,
que mañana mismo devuelvo sus platos,
que agradezco mucho y están muy baratos.
¡Cuidado, patitas, si el suelo me embarran
¡Que quiten el polvo, que frieguen, que barran
¡Las flores, la mesa, la sopa!... ¡Tilín!
Ya llega la gente. ¡Jesús, qué trajín!"
Llegaron en coche ya entrada la noche
señores y damas, con muchas zalemas,
en grande uniforme, de cola y de guante,
con cuellos muy tiesos y frac elegante.
Al cerrar la puerta Mirriña la tuerta
en una cabriola se mordió la cola,
mas olió el tocino y dijo "¡Miaao!
¡Este es un banquete de pipiripao!"
Con muy buenos modos sentáronse todos,
tomaron la sopa y alzaron la copa;
el pescado frito estaba exquisito
y el pavo sin hueso era un embeleso.
De todo les brinda Mirringa Mirronga:
- "¿Le sirvo pechuga?" - "Como usted disponga,
y yo a usted pescado, que está delicado".

- "Pues tanto le peta, no gaste etiqueta:
"Repita sin miedo". Y él dice: - "Concedo".
Mas ¡ay! que una espina se le atasca indina,
y Ñoña la hermosa que es habilidosa
metiéndole el fuelle le dice: "¡Resuelle!"
Mirriña a Cuca le golpeó en la nuca
y pasó al instante la espina del diantre,
sirvieron los postres y luego el café,
y empezó la danza bailando un minué.
Hubo vals, lanceros y polka y mazurca,
y Tompo que estaba con máxima turca,
enreda en las uñas el traje de Ñoña
y ambos van al suelo y ella se desmoña.
Maullaron de risa todos los danzantes
y siguió el jaleo más alegre que antes,
y gritó Mirringa: "¡Ya cerré la puerta!
¡Mientras no amanezca, ninguno deserta!"
Pero ¡qué desgracia! entró doña Engracia
y armó un gatuperio un poquito serio
dándoles chorizo de tío Pegadizo
para que hagan cenas con tortas ajenas.

APENDICE

1. **INTRODUCCION**.....4
2. **HASTA EL INFINITO Y MAS ALLÁ** 13
El primer año de vida de nuestra hija adoptada
3. **ME LLAMO MAGDALENA Y SOY MADRE ADOPTIVA**..... 62
4. **CUANDO YO LLEGUÉ**97
5. **DIGAMOS QUE YO NACÍA DE TI**135
El concepto de Resiliencia
6. **¿DE VERDAD TU QUIERES A TU HIJA?**.....155
Sobre cómo se construyó el deseo para adoptar a nuestra hija.
7. **LAS LAGRIMAS NOS FORTALECEN**..... 173
Ideas para soportar la larga espera del proceso de Adopción en Colombia.

8. LOS PATITOS FEOS SE CONVERTIERON EN CISNES.....	195
9. AGRADECIMIENTOS.....	218
10. CUENTOS:	
Amor y Jamón	221
El Hada Madrina Lily	231
Virginia y el abuelo Mariano	237
11. POESIA DE RAFAEL POMBO	
El Renacuajo Paseador.	251
La Pobre Viejecita.	255
Simón el Bobito.	259
La Pastorcita.	263
Mirringa Mirronga.	265
12. APENDICE.	